

Dialéctica

Marcos Roitman Rosenmann

La criminalización del pensamiento

UNAM
BIBLIOTECA CENTRAL
PROV <u>POLME</u>
FACT <u>212021</u>
FECHA <u>4-03-19</u>
PRECIO _____
F2 _____

**Guillermo
Escolar**
E D I T O R

UNAM
BIBLIOTECA CENTRAL

CLASIF. BX637

C4 R65

2018

MATRIZ 2047977

NUM. ADQ. 820172

820172

PENSAR COMO EL AMO

Al fin y al cabo, actuar sobre la realidad y cambiarla, aunque sea un poquito, es la única manera de probar que la realidad es transformable.

Eduardo Galeano

2ª edición, 2018

- © Marcos Roitman Rosenmann
- © Del prólogo, Ángel Cappa
- © Escolar y Mayo Editores S.L.
Avda. Ntra. Sra. de Fátima 38, 5ºB
28047 Madrid
info@guillermoescolareditor.com
www.guillermoescolareditor.com

Diseño de cubierta: Javier Suárez

Maquetación: Equipo de Guillermo Escolar Editor

ISBN: 978-84-17134-33-4

Depósito legal: M-3160-2018

Impreso en España / Printed in Spain

Kadmos

Compañía 5

37002 Salamanca

Reservados todos los derechos. De acuerdo con lo dispuesto en el Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes, sin la preceptiva autorización, reproduzcan o plagien, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Vargas Llosa, que al entrar en «la edad de la razón» puso todo su talento al servicio de las élites dominantes, escribió un artículo en *El País* hace 16 años que resume la principal aspiración del capitalismo: convertirse en un hecho natural. No se trata de una forma más de organización económica, social y política, sino la consecuencia inevitable y final de la historia. Por eso luchar contra el capitalismo (contra la globalización económica, dijo) es luchar contra la ley de gravedad (según sus propias palabras). Si no se destaca por su originalidad, no puede negarse la eficacia de la metáfora.

Un ejército de intelectuales bien pensantes, de periodistas, líderes de opinión y tertulianos, amparados, promocionados y difundidos por los principales medios de comunicación, se ponen en marcha todos los días, infatigablemente, para dirigirnos el pensamiento a la aceptación de un sistema agotado (como lo llamó José Luis Sampedro), que solo se sostiene en su huida demencial hacia el desastre por la falacia de su discurso.

Miles de personas mueren diariamente en el mundo por la miseria, el hambre y enfermedades curables, mientras una minoría inescrupulosa aumenta obscenamente su riqueza. El capitalismo es eso en esencia: desigualdad hasta el límite de que el 1% más rico tiene más que el resto de la población mundial. Es pobreza y marginación, destrucción de la naturaleza y contaminación del medio ambiente. Por eso, el papa Francisco dijo que «este sistema, mata» y alentó a un grupo de militantes sociales que lo visitó en el Vaticano a «luchar para cambiarlo».

/Es una realidad que aquel ejército ideológico trata de ocultar o disfrazar con una sistemática y estudiada desinformación cotidiana. Tampoco la escuela forma ciudadanos críticos. Se enseña para adaptarse a esta realidad, no para cuestionarla. Se trata de dominar las conciencias. «La verdad del opresor reside en la conciencia del oprimido», dice Ernani María Fiori en el prólogo al libro de Paulo Freire *Pedagogía del oprimido*.

Nuestra manera de ver y pensar la realidad será finalmente la que impongan las clases dominantes. «Intentan todo lo posible, decía Julio Cortázar, para imponernos una concepción de la vida, del estado, de la sociedad y del individuo, basada en el desprecio elitista, en la discriminación por razones raciales y económicas...»

/En una conferencia que dio el escritor argentino sobre «las palabras violadas», explicó que «si algo distingue al fascismo y al imperialismo como técnicas de infiltración es precisamente su empleo tendencioso del lenguaje, su manera de servirse de los mismos conceptos que estamos utilizando para alterar y viciar su sentido más profundo y proponerlos como consignas de su ideología».

Las palabras y los hechos

¿Cómo es posible hablar de recuperación económica en España cuando de acuerdo con un estudio de la Fundación FOESSA, presentado por Cáritas a mediados de 2017, si no es falseando los hechos? Esa recuperación no llega a 7 de cada 10 hogares españoles. ¿Cómo puede aceptarse la mejora económica que pregonan, si «la tasa de riesgo de pobreza y exclusión social es de un 27,9% en España», según el índice AROPE, diseñado por la Comisión Europea para medir la pobreza. ¿Cómo se puede anunciar un aumento del empleo cuando se trata de empleos precarios con sueldos miserables? Hasta el Banco de España señaló en su Informe Anual 2016 que si no se incluyeran esos empleos precarios, la desocupación llegaría al 30%. Un estudio de Oxfam 2016 reveló, además, que desde el inicio de la crisis, los salarios más bajos en España han caído alrededor del 28% mientras que los trabajadores con mayores sueldos «apenas se han visto afectados».

Para justificar los desahucios los bancos, los medios de comunicación, los opinólogos, los tertulianos y hasta los políticos más «sensatos» argumentaron que las deudas hay que pagarlas, mientras que el Estado español solicitó un rescate a favor de la banca por un importe de 61.495 millones de euros, del que a la fecha de 25 de mayo de 2015 solo había recuperado un 5%. A día de hoy, el gobierno reconoce que no podrá recuperar el resto, cuando se había comprometido que a los ciudadanos no les costaría ni un euro, dando por perdido el 80%, una deuda que los bancos no pagarán jamás.

Las palabras y los mitos

No es nueva, pero si una táctica renovada del sistema demonizar algunas palabras y sacralizar otras para que su sola men-

Miles de personas mueren diariamente en el mundo por la miseria, el hambre y enfermedades curables, mientras una minoría inescrupulosa aumenta obscenamente su riqueza. El capitalismo es eso en esencia: desigualdad hasta el límite de que el 1% más rico tiene más que el resto de la población mundial. Es pobreza y marginación, destrucción de la naturaleza y contaminación del medio ambiente. Por eso, el papa Francisco dijo que «este sistema, mata» y alentó a un grupo de militantes sociales que lo visitó en el Vaticano a «luchar para cambiarlo».

/Es una realidad que aquel ejército ideológico trata de ocultar o disfrazar con una sistemática y estudiada desinformación cotidiana. Tampoco la escuela forma ciudadanos críticos. Se enseña para adaptarse a esta realidad, no para cuestionarla. Se trata de dominar las conciencias. «La verdad del opresor reside en la conciencia del oprimido», dice Ernani María Fiori en el prólogo al libro de Paulo Freire *Pedagogía del oprimido*.

Nuestra manera de ver y pensar la realidad será finalmente la que impongan las clases dominantes. «Intentan todo lo posible, decía Julio Cortázar, para imponernos una concepción de la vida, del estado, de la sociedad y del individuo, basada en el desprecio elitista, en la discriminación por razones raciales y económicas...»

/En una conferencia que dio el escritor argentino sobre «las palabras violadas», explicó que «si algo distingue al fascismo y al imperialismo como técnicas de infiltración es precisamente su empleo tendencioso del lenguaje, su manera de servirse de los mismos conceptos que estamos utilizando para alterar y viciar su sentido más profundo y proponerlos como consignas de su ideología».

Las palabras y los hechos

¿Cómo es posible hablar de recuperación económica en España cuando de acuerdo con un estudio de la Fundación FOESSA, presentado por Cáritas a mediados de 2017, si no es falseando los hechos? Esa recuperación no llega a 7 de cada 10 hogares españoles. ¿Cómo puede aceptarse la mejora económica que pregonan, si «la tasa de riesgo de pobreza y exclusión social es de un 27,9% en España», según el índice AROPE, diseñado por la Comisión Europea para medir la pobreza. ¿Cómo se puede anunciar un aumento del empleo cuando se trata de empleos precarios con sueldos miserables? Hasta el Banco de España señaló en su Informe Anual 2016 que si no se incluyeran esos empleos precarios, la desocupación llegaría al 30%. Un estudio de Oxfam 2016 reveló, además, que desde el inicio de la crisis, los salarios más bajos en España han caído alrededor del 28% mientras que los trabajadores con mayores sueldos «apenas se han visto afectados».

Para justificar los desahucios los bancos, los medios de comunicación, los opinólogos, los tertulianos y hasta los políticos más «sensatos» argumentaron que las deudas hay que pagarlas, mientras que el Estado español solicitó un rescate a favor de la banca por un importe de 61.495 millones de euros, del que a la fecha de 25 de mayo de 2015 solo había recuperado un 5%. A día de hoy, el gobierno reconoce que no podrá recuperar el resto, cuando se había comprometido que a los ciudadanos no les costaría ni un euro, dando por perdido el 80%, una deuda que los bancos no pagarán jamás.

Las palabras y los mitos

No es nueva, pero si una táctica renovada del sistema demonizar algunas palabras y sacralizar otras para que su sola men-

ción evite explicaciones y facilite la comprensión espontánea de la realidad según el criterio de los que mandan.

Si hablamos de inversores entendemos que se trata de benefactores que solo necesitan nuestro sometimiento para hacernos el bien. Si hablamos de mercado, creemos que nos referimos a libertad y democracia. Si decimos democracia, aceptamos que se trata de votar cada determinado tiempo y esperar en casa que los representantes decidan nuestro destino sin consultarnos nunca más. Ni se nos ocurra poner en duda la economía dominante porque, como señala el economista español Torres López, «cualquier otra política económica diferente al saber convencional dominante, y por supuesto, cualquier otra política económica alternativa a las que se vienen aplicando son aberraciones, utopías irrealizables o incluso peligros que hay que combatir». Y para no abundar en ejemplos, digamos que corrupción se refiere únicamente a los políticos y nunca o casi nunca a los corruptores, que son las principales empresas y los principales empresarios, es decir, los dueños de las decisiones fundamentales.

Del otro lado de la moneda tenemos las palabras demonizadas cuya sola mención hace que nos recorra el cuerpo un escalofrío de miedo. En otros tiempos era «comunismo» o «comunista», que al parecer ya no asustan tanto. Ahora para aterrorizarnos y quitarnos las ganas de saber realmente qué pasa, nos dicen «Venezuela», simplificando y banalizando una realidad compleja que nos ocultan o, peor aún, «bolivariano», ya que esta última palabra hace referencia a un pecado inadmisibles en una democracia parlamentaria: las asambleas con participación directa de los ciudadanos.

Radicales son aquellos que aspiran a algo de justicia, a un reparto un poco mejor de la riqueza, nunca quienes sostienen la injusticia como algo inevitable. Antisistema es quien se

atreve a cuestionar nuestro estilo de vida, donde la desigualdad se ha ensanchado en los últimos años a tal extremo que las 3 personas más ricas de España tienen tanta riqueza como el 30% más pobre. No importa que el papa haya criticado severamente este sistema que tiene al dinero como el único dios verdadero. Tampoco a los que mandan les importa el papa, para qué nos vamos a engañar, salvo que justifique desde la divinidad estas injusticias que «claman al cielo», como dijo Pablo VI en la *Populorum Progressio*.

El pato Donald como instrumento de dominación

Ya en 1972 Ariel Dorfman y Armand Mattelart publicaron en Chile, durante el gobierno de Salvador Allende, un libro esencial para entender la necesidad de emprender una tarea cultural a favor de una concepción propia de la realidad, alejada de la que nos presenta el poder: *Para leer al Pato Donald*. En el prólogo de Héctor Schmucler leemos: «En la frecuentación permanente con las ideas de la clase hegemónica de la sociedad —la que posee materialmente los medios e impone el sentido de los mensajes que emite— los hombres elaboran su manera de actuar, de observar la realidad. Es preciso, por lo tanto, escapar de ese orden y descodificarlo desde otra visión del mundo, es necesario re-comprender la realidad para lograr modificarla».

Por eso el libro de Marcos Roitman es un trabajo imprescindible. Como él mismo dice «la criminalización del conocimiento tiene una máxima: usted no piense, el sistema lo hace por usted». En este libro encontramos gran parte de las herramientas para descubrir, detrás del aparentemente inocente discurso de los «patos Donald» actuales, y de los directamente encubridores de una realidad que no quieren que veamos, los caminos que habrá que recorrer para la construcción

de una sociedad realmente democrática, justa e igualitaria a la que aspiramos. Junto a la lucha de los trabajadores para recuperar los derechos que les arrebató el poder económico, y de las demás organizaciones sociales que enfrentan y rechazan los abusos habituales de que son objeto, este aporte cultural ayuda a repensar la realidad para poder cambiarla. Sin aportes como estos, sería como caminar sin saber a dónde vamos y, lo que es peor, a dónde queremos ir. «Por desgracia para el sistema», dice Marcos desde su optimismo militante, «el pensamiento crítico y reflexivo seguirá existiendo, nunca podrá ser acallado. La conciencia crítica se impone al social-conformismo». *Depende de todos nosotros que así sea.*

Ángel Cappa

INTRODUCCIÓN

A mí me llama la atención que siempre se habla, y con razón, de libertad de expresión. Es obvio que hay que tener eso, pero lo que hay que tener, principal y primordialmente, es libertad de pensamiento. ¿Qué me importa a mí la libertad de expresión si no digo más que imbecilidades? ¿Para qué sirve si no sabes pensar, si no tienes sentido crítico, si no sabes ser libre intelectualmente?

Emilio Lledó

Pensar trae consecuencias. La discrepancia se elimina quirúrgicamente. La literatura de ficción ha sido premonitoria. En 1932, la novela futurista de Aldous Huxley *Un mundo feliz* dibujó un mundo totalitario. Su crítica vaticinaba una sociedad uniforme. Resulto impactante. Para ser feliz había que renunciar al conocimiento, al arte, la filosofía, la historia. El saber creativo representaba un peligro. Quien hacía uso de la facultad de pensar se situaba en los extramuros: persecución y exilio. Huxley completó el cuadro señalando que el mundo feliz se consigue manipulando la realidad, inhibiendo el ejercicio intelectual y condenando la libertad de expresión.

El problema es recurrente. Hoy, las consecuencias de un mundo feliz se desplazan hacia el control de la información. La emergencia del filtro burbuja, donde la dominación ejercida por Google, Facebook, Amazon, Twitter, Microsoft, construye tipologías ad hoc, crea perfiles y sesga el pensamiento. «Cuando entramos en un filtro burbuja, permitimos que las empresas que lo construyen elijan opciones de las que no somos conscientes. Podemos pensar que somos capitanes de nuestro destino, cuando lo cierto es que la personalización puede conducirnos a un cierto tipo de reduccionismo informativo en el que aquello sobre lo que clicamos en el pasado determine lo que vayamos a ver después, un historial web que estamos condenados a repetir una y otra vez. Podemos quedarnos atrapados en una versión estática y cada vez más limitada de nosotros mismos, en un bucle sobre nosotros mismos [...] La burbuja de filtros no está concebida para contener una diversidad de ideas o personas, no está diseñada para introducirnos en nuevas culturas»¹. Solo interesa reafirmar las ideas preconcebidas. Es el sesgo de confirmación, las ideas disonantes y las discrepancias son eliminadas o invisibilizadas.

En el siglo XXI, la pesadilla de habitar un mundo deshumanizado, sometido a la tiranía de los algoritmos, abre la puerta a una dominación impensada. «Poco a poco, emerge una *gubernamentalidad algorítmica*, y no solamente aquella que permite a la acción política determinarse en función de una infinidad de estadísticas y de inferencias proyectivas, sino incluso aquella que a escondidas gobierna numerosas situaciones colectivas e individuales. Es la forma indefinidamente ajustada de una 'administración electrónica' de la vida, cuyas intenciones de pro-

¹ Pariser, Eli, *El filtro burbuja. Cómo la red decide lo que leemos y lo que vemos*, Taurus, Barcelona, 2017, p. 25.

tección, de optimación y de fluidificación dependen en los hechos de un *proyecto político* no declarado, impersonal, aunque expansivo y estructurante. Es el surgimiento de una política de la técnica ubicuamente distribuida y que se caracteriza sólo por la inteligencia del tiempo presente y del futuro inmediato, ya que está programada para analizar, en el aquí y ahora, una infinidad de situaciones, y para sugerir o decidir 'de la mejor forma posible' soluciones 'pertinentes'. Esta dimensión, en vías de consolidación, da cuenta de una 'salida de lo político' fuera del campo usual, descubriendo una *gubernamentalidad robotizada, globalizada, individualizada* y movida por intereses dispares. Es una configuración que contribuye, insidiosamente, a regular el campo social con vistas a converger en la construcción de un entorno destinado a impedir en todo momento la mínima fricción, y que se aborda como un *continuum común indefinidamente liso y altamente dinámico*»².

Cinco siglos antes, Étienne de la Boétie (1530-1563) escribió sobre la «servidumbre voluntaria», la renuncia a ser libres, a pensar. Una actitud cobarde. En su *Discurso*, sentenció: «No penséis que hay pájaro que caiga más fácilmente en la red engañado por el señuelo, ni pez que pique más prontamente el anzuelo encaprichado de su cebo, de lo que los pueblos todos son seducidos por la servidumbre, como quien dice, a la menor carantoña que se les haga. Es asombroso que se abandonen tan prontamente, solamente con que se les regale un poco. Los teatros, los juegos, las farsas, los espectáculos, los gladiadores, las bestias extrañas, las medallas, los cuadros y otras bagatelas semejantes fueron para los pueblos

² Sandin, Éric, *La humanidad aumentada. La administración digital del mundo*, Caja Negra, Buenos Aires, 2017, pp. 137-138. (Las cursivas son del autor.)

antiguos los cebos de la servidumbre, el precio de la libertad, los instrumentos de la tiranía. Este medio, esta práctica, estas seducciones utilizaban los antiguos tiranos para adormecer a sus súbditos bajo el yugo. Así, los pueblos, atontados, encontrando bellos esos pasatiempos, distraídos por el vano placer que les pasaba ante los ojos, se acostumbraron a servir tan neciamente como niños pequeños (mas ello es peor), que aprender a leer por ver las resplandecientes imágenes de los libros ilustrados»³.

Resulta significativo que entre los crímenes de lesa humanidad figure la persecución ideológica y política. Dos esferas de la realidad política han sido las más damnificadas en esta guerra contra el saber y la creación intelectual. La educación y el periodismo. En ambas, sus representantes son objeto de las iras del poder institucional y la violencia. Baste recordar que en España, durante la dictadura franquista, fueron expulsados miles de profesores republicanos de las aulas, muchos hubieron de exiliarse, y otros con menos suerte fueron encarcelados y fusilados. Asimismo, las universidades, en tiempos de dictaduras militares o cívico-militares, sufren las consecuencias de la criminalización del pensamiento, siendo las más afectadas las áreas de ciencias sociales y humanidades. En cuanto al periodismo, se mata directamente al mensajero. El último informe de la Federación Latinoamericana de Periodistas destaca que solo en México, durante el año 2015, fueron asesinados catorce informadores. Mientras redacto esta introducción debemos incorporar los asesinatos en 2017 de Miroslava Breach, Javier Valdez y Cándido Ríos, corresponsales del periódico mexicano La Jornada y periodistas independientes, asesinados en

³ Boétie, Étienne de la, *Discurso de la servidumbre voluntaria*, Trotta, 1ª reedición, 2014, Madrid, p. 45.

plena calle por denunciar la complicidad del poder con el narcotráfico y las autoridades políticas. La lista es larga. Honduras presentó diez casos, Brasil ocho, Colombia cinco y Guatemala tres. Al mismo tiempo, la Federación Internacional de Periodistas apunta que desde 1990 hasta 2015 se contabilizaron 2.297 asesinatos de periodistas. En esa lista, vuelve a destacar México con 120 casos, Rusia con 109 y Brasil con 62.

Todos los días nos enteramos, por los medios de comunicación, de las arbitrariedades del poder político a la hora de criminalizar cualquier opinión discrepante. Sobre todo si en ella se vierten críticas al orden social, a la violación de los derechos humanos, a las fuerzas armadas y cuerpos de seguridad del Estado. Baste que la policía emita informes imputando a organizaciones, personas o movimientos sociales de propagar ideologías «disolventes» para que sus dirigentes sean investigados, detenidos y encarcelados. Asimismo, cualquiera puede levantar falso testimonio y lograr credibilidad cuando la acusación deriva hacia el ámbito del pensamiento y las ideas.

Si en el siglo XIX y XX, el apelativo de terrorista recayó en los movimientos anarquistas, anarcosindicalistas, extendiéndose a socialistas y comunistas, en pleno siglo XXI, se han roto dichas fronteras ideológicas. Ya no asistiremos a un montaje judicial para justificar la persecución ideológica, como sucediese en el juicio contra los anarquistas Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti, incriminándoles de robo a mano armada y asesinato en Estados Unidos, donde se les ejecutó el 23 de agosto de 1927. No hace falta encubrir el motivo. Abiertamente se imputa al políticamente incorrecto de persona antisistema. Sirva como ejemplo el reciente caso del cómico alemán Jan Böhmermann, a quien el presidente de Turquía, Recep Erdogan, acusó de injurias, por haber escrito un poema satírico. Lo peor no es la propia acusación,

sino el consentimiento prestado por Angela Merkel para que se iniciara un proceso judicial por injurias. En la persecución del pensamiento no hay fronteras. En la España democrática de Mariano Rajoy, Hamza Yalçın, un periodista de origen turco con nacionalidad sueca, fue detenido en Barcelona, acusado de insultar a Erdogan. A su vez, el escritor de nacionalidad alemana Dogan Akhanli también ha sido detenido por los mismos motivos. Este último declaró: «Ha sido una experiencia aterradora porque pensaba que en los países europeos estaba seguro y que el largo brazo de la arbitrariedad no me podía alcanzar». En una sociedad de ciegos, el tuerto no es el rey. Está preso.

En la sociedad occidental, democrática y civilizada, se criminaliza la crítica y el pensamiento se tilda de subversivo y antisistémico. Adjetivos que predisponen al uso de la violencia y la razón de Estado para su represión. En Colombia, la Escuela Nacional Sindical entregó un detallado estudio a congresistas norteamericanos subrayando que, entre el 7 de abril de 2011 y el 31 de marzo de 2015, habían perdido la vida en atentados 105 militantes pertenecientes a diferentes sindicatos. Asimismo, la Confederación Sindical Internacional, en su informe anual sobre los derechos sindicales en el mundo, denuncia que fueron asesinados 101 trabajadores por ejercer actividades sindicales. De esos 101 asesinatos, casi la mitad, 48, se registraron en Colombia, 16 en Guatemala, 12 en Honduras, 6 en México, 6 en Bangladesh, 4 en Brasil, 3 en República Dominicana y Filipinas y uno en India, Irak y Nigeria. Dicho informe no considera las amenazas e intentos fallidos de asesinato. En Colombia, mientras se negociaba la paz, grupos paramilitares y fuerzas del estado han dado muerte, entre enero y abril de 2017, a 41 líderes sindicales y defensores de los derechos humanos. De acuerdo con el documento la ONG

INFORMA, entre 2002 y 2016 fueron asesinados un total de 558 dirigentes políticos, sindicales y defensores de los derechos humanos. Y la Fundación Paz y Reconciliación, ONG nada proclive a posiciones «izquierdistas», subraya que solo entre el mes de enero y febrero de 2017 fueron abatidos 12 líderes sociales y defensores de los derechos humanos a manos de las fuerzas gubernamentales o paramilitares.

Igualmente, la censura se extiende en los campus universitarios. El miedo se apodera de muchos académicos que ven peligrar su carrera si emiten opiniones contrarias al poder dominante. La libertad de cátedra está siendo cuestionada. En el mismo sentido, la censura hace su presencia descarnadamente y se ceba con quienes no sintonizan con los saberes hegemónicos, que encuentran muy mermadas sus posibilidades de publicar en revistas de «prestigio».

Desde los atentados a las Torres Gemelas, el 11 de septiembre de 2001, el fantasma del terrorismo se ha convertido en una excusa para controlar la crítica política y el ejercicio de la libertad de expresión. En el saco del terrorismo se incorporan todo tipo de acciones y pensamientos. La vara de medir está bajo mínimos. Cuando más democracia y libertades se dicen reconocer, más se reprime la facultad de pensar. Ya no se diferencia entre pensamiento crítico y terrorismo. Al poder le es indiferente, no distingue y lo que es peor, no quiere establecer dicha distinción. La crítica teórica y la reflexión han sido materialmente despreciadas, están mal vistas; su praxis se condena, constituye una amenaza. El poder político se siente propietario de las formas del pensar y del actuar. Quienes practican la noble actividad de pensar a contracorriente, militantes políticos y sindicales, deportistas, científicos, periodistas, escritores, actores, artistas plásticos, grupos musicales, etc., son objeto de escarnio, mofa y presiones. No son pocos, sobre

todo en el mundo del espectáculo, los que han visto cómo sus carreras profesionales se truncaban por proferir declaraciones consideradas malsonantes. Si es preciso, las propias empresas rescinden los contratos de sus patrocinados o simplemente les tiran a la cuneta, los bombardean a base de insultos y, en no pocas ocasiones, logran generar gran animadversión social hacia ellos, aislando o ridiculizando sus opiniones. Existe una guerra-declarada al pensamiento en todas las dimensiones de la vida social.

El ejercicio crítico de pensar subvierte el orden y cuestiona el statu quo. Personas y medios que lo impulsan son atacados por el poder. Las medidas aplicadas van desde la censura hasta la clausura de medios de prensa, programas de radio y televisión; todo es bienvenido si se acallan las voces discordantes. Basten dos ejemplos. En México, Lydia Cacho fue detenida arbitrariamente, torturada y encarcelada por denunciar abusos de poder de Mario Marín, por entonces gobernador de Puebla, entre los que no fue el menos grave fomentar una red de pederastia. Los hechos fueron probados. Asimismo, Carmen Aristegui, una de las más destacadas periodistas de América Latina, fue censurada por realizar preguntas incómodas antes de ser despedida por ejercer su trabajo de forma crítica y sin ataduras al poder. El secuestro de libros, las presiones para no publicar y el boicot en caso de hacerlo son el pan de cada día.

En España, cualquier libro crítico con la monarquía, los grandes empresarios y los poderes fácticos es rechazado o tiene problemas para ser distribuido. Los ejemplos sobran, pero baste recordar el caso que tuvo lugar en el año 1991, con el libro de Félix Marín: *Dineros del narcotráfico en la Prensa Española*. Fue judicialmente requisado antes de salir de imprenta, cosa inédita en la España dizque democrática. Nunca vio la

luz, un juez decretó su secuestro. En el texto se aludía a los vínculos entre el presidente del grupo PRISA (Cadena Ser, El PAIS, entre otros), Jesús de Polanco, con el narcotráfico y los cárteles colombianos. Igualmente se aportaban datos sobre las inversiones de los carteles en el grupo PRISA, además de señalar que dichas actividades eran conocidas y toleradas por el gobierno del PSOE y por el propio Felipe González. Igualmente se ponían al descubierto los lazos del propietario de la revista Cambio 16 y de Diario 16, Juan Tomás de Salas, con la mafia del narcotráfico. Tras la muerte del dictador Francisco Franco, la democracia española mostraba los límites de la crítica permitida y el poder de Jesús de Polanco para presionar a jueces y magistrados. De la misma manera, editoriales del grupo Planeta se han negado a editar libros que eran considerados un peligro para sus intereses.

Hoy, los servicios de inteligencia y los aparatos de seguridad del Estado se ocupan de buscar irredentos. Intervienen correos electrónicos y teléfonos móviles, graban en aulas de clase, restaurantes o centros comerciales. Ningún espacio público está exento de vigilancia. El pensamiento crítico debe ser atado en corto. Y quienes lo denuncian son objetivo militar y político. Es de sobra conocido el caso de Julian Assange, fundador de WikiLeaks, quien pidió asilo a la República de Ecuador por temor a ser extraditado a los Estados Unidos, bajo acusaciones falsas de violación, cuando lo cierto es que se le persigue por publicitar documentos comprometedores sobre la actuación del Departamento de Estado de los Estados Unidos, que le fueron suministrados por funcionarios norteamericanos. Lleva desde el 19 de junio de 2012 en la embajada de Ecuador en Londres, pendiente de poder viajar a dicho país. Curiosamente, el país solicitante, Suecia, cerró en 2017 la investigación por violación, con lo que exonera a

Julian Assange de los cargos imputados, pero este sigue sin poder viajar a Ecuador. Scotland Yard mantiene vigente la orden de extradición por delitos sexuales y se reafirma en la detención, si abandona la Embajada. Otro caso bien conocido es el de Richard Snowden, ex-empleado de la Agencia Nacional de Seguridad de los Estados Unidos, quien hizo público los programas de vigilancia masiva a nivel mundial desarrollados por la SNA y la CIA. Perseguido y acusado de criminal, se exilió en Rusia, donde reside en la actualidad.

Las guerras del siglo XXI han ampliado el espectro de los genocidios civilizatorios. Tecnologías de muerte. Drones y armamento de última generación se utilizan para acallar voces e imponer valores imperiales. Desde las primeras invasiones, los ejércitos triunfantes han dado muestra de su profundo odio al pensamiento y la cultura del otro, del diferente. Destrucción de archivos bibliográficos y museos, quema de libros, robo de obras patrimonio de la humanidad, marcan el expolio de los vencedores. Son actos recurrentes. «En China, uno de los consejeros del emperador Zhi Huang Di, llamado Li Si, el filósofo más original de la escuela legalista, propuso la destrucción de todos los libros que defendían el retorno al pasado, lo que en efecto sucedió el año 213 antes de Cristo. Esto, por desgracia, no era nuevo, pues en el *Tao Te Ching*, el venerable Laozi, mejor conocido como Lao-Tse, había propuesto: 'Eliminad a los sabios, desterrad a los genios y esto será más útil al pueblo'. También escribió: 'Suprimid los estudios y no pasará nada'. Fray Diego Cisneros, fundador de la Universidad de Alcalá y promotor de la llamada Biblia Sacra *Polyglota*, en griego, hebreo y caldeo, con traducción al latín, quemó los libros de los musulmanes en Granada. Fray Juan de Zumárraga, creador de la primera biblioteca de México, quemó en 1530 los códices aztecas. Un hombre tan tolerante como David Hume no vaciló en exigir

la supresión de todos los libros de metafísica. El movimiento de los futuristas, en 1910, publicó un manifiesto literario, donde pedía acabar con todas las bibliotecas. Los poetas nadaístas colombianos quemaron ejemplares de la novela *María* de Jorge Isaacs hacia 1967, convencidos de que era necesario destruir el pasado literario del país. Joseph Goebbels, un bibliófilo consecuente, gestó las quemas nazis en 1933. En 1939, los bibliotecarios de St. Louis Public Library rechazaron *Uvas de la Ira* de John Steinbeck y quemaron el libro en una pira pública, que sirvió para que los oradores advirtieran al resto de escritores estadounidenses que no tolerarían lenguajes obscenos ni doctrinas comunistas. Vladimir Nabokov, profesor en las universidades de Stanford y Harvard, pidió destruir el Quijote en el Memorial Hall, ante más de seiscientos alumnos»⁴.

Todo intento de crear pensamiento puede caer en desgracia y ser considerado subversivo. «Vivimos un cambio de era, entramos en una extraordinaria era de la comunicación a partir de una herramienta revolucionaria. Esa herramienta individual, portátil, se hará ubicua y según algunos (sus partidarios) va a acercar a los hombres. Va a permitir el intercambio y la difusión de la cultura, del conocimiento científico, permitiendo el ejercicio de la razón y de la imaginación. Para otros, que tienen más reservas, va a encerrar a los hombres en una especie de burbuja de la información, va a crear exclusiones entre los que saben y no saben usarla. Va a crear exclusiones entre los que pueden y no pueden comprarla. Y además, la mayor parte de las informaciones que traslada son en una sola lengua (80%). Puede ser vehículo de pornografía. Puede ser un vehículo para eludir a las instituciones: por lo tanto, hay que controlarlo, regularlo». Ustedes pensarán

⁴ Báez, Fernando, *Nueva historia de la destrucción de libros*, Destino, Barcelona, 2011, p. 37.

que esta frase ha sido pronunciada estos días por algún dictador, político conservador, fundamentalista religioso, enemigo de la libertad de prensa o miembro de los consejos de seguridad nacional de cualquier país. Se equivocan: la frase fue pronunciada en 1478 por el Rector de La Sorbona. La Universidad adquiriría un nuevo instrumento, la imprenta. El libro impreso era un peligro. Se podían editar miles de ejemplares. Desde ese momento la inquisición procuró tener su lista de libros prohibidos, pensadores herejes, revolucionarios, subversivos y cismáticos.

Recordemos la sentencia del reino de Aragón contra Miguel Servet. «Porque su libro llama a la Trinidad demonio y monstruo de tres cabezas... , por decir que el bautismo de los pequeños infantes es obra de brujería... Por estas razones te condenamos, M. Servet, a que te aten y te lleven al lugar de Champel, que allí te aten, prendan fuego y tu cuerpo quede reducido a cenizas, y así termines tus días para que quedes de ejemplo para otro». El 27 de octubre de 1553 fue quemado en la hoguera junto a su obra. Hoy la hoguera se sustituye por la cárcel, el exilio, la tortura, la infamia y el asesinato. Estas, entre otras son las consecuencias de la criminalización del pensamiento para doblegar la conciencia crítica.

La razón de Estado expresa esta guerra abierta, librada en todos los frentes, que urden el poder visible y las redes invisibles que feje para perseguir sin límites al pensamiento. El gobierno presidido por ella intoxica. Miente y criminaliza el pensamiento, trasgrede leyes y genera miedo. Constituye, parafraseando a Norberto Bobbio, la negación de la democracia. Juan Pablo Cardenas, periodista excepcional, premio nacional de periodismo en Chile en el año 2005, nos señala que la tarea del pensamiento crítico es parte de una labor ética de concienciación que consiste en desnudar al poder y exponer sus vergüenzas. Ponerla en práctica conlleva que sea considerado, como lo ex-

pone en el título de su obra, *un peligro para la sociedad*. Han sido muchos quienes han sufrido la persecución del poder, los que han visto cómo se mancillaba su honor o se les despedía de sus trabajos, si es que no se amenazaba a sus familias o ardían sus viviendas. El poder no tiene límites para ejercer la violencia y poner su casa en orden. Todo con tal de acallar e invisibilizar el pensamiento crítico. En esta política, las presiones juegan un papel destacado. La lógica del premio y el castigo y la autocensura se convierten en compañeros de viaje.

Baste recordar lo sucedido en España durante la transición. Se impuso el discurso del consenso y la reforma política. La crítica y el disenso fueron arrinconados, o peor aún, considerados como un peligro que inmediatamente identificaba a sus valedores con grupos extremistas, intelectuales frustrados, inconformistas, locos o marginales: con quienes querían desestabilizar la naciente democracia. Se ocultó el carácter represivo y violento sobre el cual se construyó la transición. «Durante la transición, la violencia indiscriminada desarrollada a través de la represión policial se cobró un total de 54 víctimas mortales. Esa cifra es superior a los 49 muertos causados por los grupos incontrolados, los 16 de la guerra sucia y los 9 detenidos/presos que perdieron la vida por violencia institucional bajo custodia. En el primer trienio de la transición, durante un período de grandes movilizaciones de masas (1975-1978), la represión en la calle se cobró 39 vidas humanas y 482 heridos. Una cifra visiblemente superior a las otras variantes de violencia institucional: a los 16 muertos y 77 heridos por grupos incontrolados, y a los dos muertos y 194 heridos bajo custodia, producidos en comisarías, cuartelillos y cárceles. Como dato significativo de la gran represión policial desencadenada en ese período de manera sistemática, en la Memoria de 1978, referida al año de 1977, el fiscal del Reino desvela que durante

ese año crucial (en el que se realizaron las primeras elecciones generales y se abrió el período constituyente). Las Fuerzas de Orden Público cargaron contra 788 manifestaciones en la calle, que suponen el 76,66% del total de las manifestaciones realizadas: 1.028. Si a este dato sumamos las otras movilizaciones, encierros, ocupación de edificios oficiales, sucesos de cárceles...) la represión durante ese año asciende a 2.402 acciones de las Fuerzas de Orden Público»⁵.

La mayoría se reconocía en la reforma política avalada por la Corona, símbolo de la unidad patria y en los valores universales del consenso adscritos a la Constitución de 1978. Pocos recuerdan el discurso de coronación del Rey, hoy, emérito, Juan Carlos I, el 22 de noviembre de 1975. Resulta difícil encontrarlo en red. Allí ponía al descubierto sus principios: «Juro por Dios y los santos evangelios cumplir y hacer cumplir las leyes fundamentales del reino y guardar lealtad a los principios del Movimiento Nacional [...] Una figura excepcional entra en la historia. El nombre de Francisco Franco será un jalón del acontecer español y un hito al que será imposible dejar de referirse para entender la clave de nuestra vida política contemporánea. Con respeto y gratitud quiero recordar la figura de quien durante tantos años asumió la pesada responsabilidad de conducir la gobernación del Estado. Su recuerdo constituirá para mí una exigencia de comportamiento y de lealtad para con las funciones que asumo al servicio de la Patria. Es de pueblos nobles y grandes saber recordar a quienes dedicaron su vida al servicio de un ideal. España nunca podrá olvidar a quien como soldado y estadista ha consagrado toda la exigencia a su servicio». Esta es la razón por la cual no pudo

⁵ Sánchez Soler, Mariano, *La transición Sangrienta. Una historia violenta del proceso democrático en España (1975-1983)*, Península, Barcelona, 2010, p. 362.

jurar ni defender la Constitución de 1978: cometería perjurio. Firmó y mantuvo su fidelidad al caudillo. Nunca ha sido un demócrata.

El golpe de Estado del 23 de febrero de 1981 supuso un punto de inflexión. La derecha había triunfado y el PSOE, si alguna vez había sido una opción de la izquierda española, soltaba amarras con su pasado. Los vínculos de algunos de sus dirigentes con el 23-F, la decisión de apoyar un gobierno de unidad nacional, con un militar a la cabeza, el general Alfonso Armada, destapaban los claroscuros de un partido que mutaba hasta apartar de su seno todo aquello que oliese a pensamiento radical, marxista y, por qué no decirlo, hasta democrático⁶. No puede pasar desapercibido el texto escrito por el General de Brigada, Jefe de la Escuela de Mandos Superiores, Gobernador Militar de Murcia, Subdirector de la Escuela Superior del Ejército y Secretario General del Servicio de Contraespionaje en tiempos del franquismo, Manuel Fernández-Monzón Altolaguirre, al referirse al papel del PSOE y Felipe González en los años postreros de la dictadura: «Felipe González sabía muy bien que cuando se planteó la dicotomía entre el PSOE histórico, de Llopi, en el exilio, y el PSOE renovado, Carrero Blanco fue definitivo al decirle a Heinemann (Presidente de la entonces República Federal de Alemania, y mano derecha de Billy Brandt, por entonces presidente de la internacional socialista) que por favor rogara a Billy Brandt que aceptara como partido socialista al renovado. Esto es tan cierto que cuando yo se lo recordé a Felipe González el primer día que hable con él, en un restaurante de la calle Santa Engracia, me dijo 'no se preocupen ustedes, que

⁶ Cf. Garces, Joan, *Soberanos e intervenidos. Estrategias globales. Americanos y españoles*, Siglo XXI, Madrid, 1996.

no olvidaremos nunca a Carrero Blanco. Soy perfectamente consciente de ello, de nuestra boca no saldrá jamás una crítica contra el almirante carrero Blanco'. Y lo han cumplido, curiosamente, entre tanta barbarie de memoria histórica. Ha sido como si se respetara esa consigna. El contacto de Carrero con Gustav Heinemann se debía a que habían sido ministros de la Presidencia al mismo tiempo... Cuando Carrero le insinuó que había que favorecer a los de dentro, los del sector renovado en el caso del PSOE, Heinemann se lo comentó a Brandt. A mí me lo dijo el propio Carrero. Y Felipe González estaba al cabo de la calle, no sé si porque a él se lo diría Billy Brandt. Es sorprendente que lo hayan respetado. En todos estos años no ha salido una sola palabra de los dirigentes felipistas del PSOE contra Carrero Blanco»⁷.

La sociedad española se estremecía, el fantasma de un pasado inquisitorial y la guerra civil fueron maniqueamente utilizados para plegar velas y renunciar a la crítica política, social y cultural; en definitiva, a la memoria histórica. Entre leyes de amnistía, ensalzamiento de la Corona y las fuerzas armadas, se fue tejiendo una España acrítica, mediocre, sin referentes teóricos de pensamiento subversivo. Quedaron pocos, les invisibilizaron. Otros fueron cooptados, hasta convertirse en publicistas del orden establecido. Algunos se enquistaron en las instituciones, pasaron a ser catedráticos, gentes de bien. El poder nacido de la transición lograba su objetivo, la complicidad de unos y otros. Era lo pactado para eliminar las pruebas de los crímenes de lesa humanidad cometidos por la dictadura. La impunidad se firmó entre quienes tenían la obligación

⁷ Monzón Altolaquirre y Santiago Mata, Manuel, *El sueño de la transición. Los militares y los servicios de inteligencia que lo hicieron posible*, La esfera de los Libros, Madrid, 2014, p. 74 y ss.

de pedir responsabilidades. Ha pasado medio siglo, la ignominia se mantiene.

El pensamiento crítico fue lentamente dismantelado. Las revistas que habían sido un referente en los últimos años de la dictadura franquista y los primeros tiempos de la transición política, como *Triunfo*, *Cuadernos para el Diálogo*, *Argumentos*, *Cárabo*, *Cuadernos del Ruedo Ibérico*, *Viejo Topo*, *Ajoblanco*, entre otras, fueron cerrando sus cabeceras. En su lugar emergían sucedáneos, un pensamiento sistémico, sin filo, ni crítica mordaz. Los nuevos censores seleccionan y fijan los conocimientos. Salvo excepciones, los espacios para el debate político, el pensamiento crítico y democrático se ven reducidos a la nada. El panorama en la España de los años ochenta fue transformándose, hasta llegar al yermo intelectual de nuestros días. Una élite complaciente, reacomodada y servil al orden internacional, con reminiscencias autoritarias, por no decir totalitarias, se asienta en el poder político.

En 1986, el giro se completó. El PSOE firmaba la incorporación de España a la OTAN. El nuevo discurso estuvo plagado de alusiones a la defensa de la «civilización occidental» frente al enemigo, encarnado en la Unión Soviética, los movimientos de liberación nacional y los países no alineados. El pensamiento crítico en España había perdido la batalla. Su recuperación será lenta y difícil. Sobrevive, que ya es mucho, en medio de una avalancha de mediocridad. Hoy todo coincide. La crítica política muta en tertulia. El espacio público desaparece para reconstruirse en el salón de casa. La acción pedagógica del saber y las dinámicas educativas de formación de ciudadanía plena, responsabilidad, valores éticos y vivencia colectiva, son reemplazadas por normas de competencia, interés mezquino, pragmatismo y un egoísmo galopante. Discursos vacuos y personajes que venden y compran votos ocu-

pan su lugar. Todo está impregnado de superficialidad, donde el conocimiento se convierte en un handicap. Ha triunfado el consumidor frente al ciudadano responsable. El idiota social se consolida en sistema que combate el pensamiento. El saber no ocupa lugar, pero hoy tampoco representa un valor estratégico.

Una especie de tedio y de socialconformismo genera un operador sistémico, un robot alegre. Mucho ruido, voces alisonantes, pero poca reflexión, escaso conocimiento y mucha ignorancia. En este campo de condiciones, el pensamiento subversivo, crítico, nada contra corriente, es denostado y criminalizado. No es novedad, las élites en el poder siempre actúan inquisitorialmente. No importa que sean viejas o nuevas. Coinciden en una propuesta, cualquier crítica debe ser reprimida. Es la reedición de un orden totalitario inmerso en la razón cultural de occidente.

Son estos, entre otros, los motivos que me han llevado a escribir este ensayo. Un compromiso militante en defensa del pensamiento democrático, ético y subversivo. Es un esfuerzo por explicar las causas de tanta censura y represión, bajo el manto de la democracia representativa o en dictaduras y autocracias. El texto es una reflexión sobre el pensamiento crítico y la subversión en la historia. Constituye un llamamiento a pensar nuestro mundo desde una perspectiva democrática como actitud creadora de saberes y valores éticos. Dividido en nueve capítulos, presenta la relación entre poder, dominación y criminalización del pensamiento. Recorre los puntos más conflictivos, el papel de las anti-élites y las grandes ideas emancipadoras. El capítulo séptimo es en cierto modo una revisión de *El Pensamiento sistémico. Los orígenes del socialconformismo*, editado en 2003 por Siglo XXI México. Es también el resultado de una conferencia magistral que se me invitó a

pronunciar en el marco del xxx Congreso de la Asociación latinoamericana de Sociología (ALAS), en San José de Costa Rica, en 7 de diciembre de 2015, al que lamentablemente no pude asistir. Desde aquí quiero expresar mi agradecimiento al dr. Daniel Camacho Monge, catedrático de sociología y ex-decano de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Costa Rica, así como a la Presidenta del Comité Organizador, la dra. Nora Garita. Estoy en deuda con ellos. Como lo estoy con ALAS.

Por otra parte, las reflexiones que siguen son parte de los debates que durante estos últimos años he mantenido con los estudiantes de Grado de Sociología y Relaciones Internacionales, en las materias de Estructura Social Contemporánea y Sociología General, en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense. A ellos agradezco sus intervenciones en clase, el cuestionamiento de mis propuestas teóricas y sus acertadas críticas, que sin saberlo, han enriquecido el texto. También son deudoras de quienes con su vida ejemplar, convicciones y principios han sido un referente en la lucha contra la mentira y el fraude intelectual.

No quisiera concluir esta introducción sin hacer público mi agradecimiento a los lectores del manuscrito de este libro. Sus comentarios han sido un gran apoyo y me han animado a publicarlo. En especial a Santiago Úbeda-Portugués Caravantes, compañero de viajes y charlas, cuya incisiva lectura han permitido mejorar el texto. De la misma manera, a Francisco Pozuelo Sánchez-Molina, amigo con quien comparto las mismas inquietudes sobre el futuro, pero también los valores de la amistad; a Mario Casassus, periodista crítico donde lo haya; a Carlos Gómez Cabaleiro, joven y crítico economista, cuyo compromiso por construir una España democrática es digno de imitar. Desde luego a mi gran amigo Fran Pérez, Se-

cretario General de Izquierda Republicana, quien me animó repetidas veces a publicar el manuscrito y me acompañó en el proceso de elaboración; a Francisco Ochoa de Michelena, editor y amigo, cuyo sentido del humor me permite saber que la vida es más que un conjunto de conocimientos eruditos y que es necesario el compromiso; a Ferran Montesa, Director general de *Le Monde Diplomatique* en español, cuyas pertinentes aportaciones han sido un aliciente; y, en esta segunda edición, a Daniel Manzano Méndez, con quien mantuve interesantes conversaciones y debates sobre la izquierda chilena y española. También a un nuevo amigo y ex-alumno de la Universidad de Mayores de la Universidad Complutense, Eugenio Bermúdez Gonzalez, quien se ha tomado la molestia de cotejar ambas ediciones de muto propio, sugerirme ideas y corregir datos. Algunas de sus aportaciones están en el texto, y en su empeño veo reflejado el de todos sus compañeros de clase, que me han enseñado el valor de la amistad y su amor al conocimiento, sin mediar más que las ganas de aprender. A todos ellos mi agradecimiento más sincero. Por último a Aurora, siempre presente en todo lo que hago, y a mi hija, Talía, cuyo ejemplo me recuerda continuamente el valor del compromiso ético y la responsabilidad de mantener la palabra dada.

CAPÍTULO 1

SUBVERTIR EL CONOCIMIENTO

La subversión tiene mala fama. El apelativo se utiliza para descalificar cualquier acción o pensamiento que presuponga una crítica al poder. Ha legitimado la persecución ideológica y política. Sobre los trasgresores recae un sinnúmero de adjetivos: herejes, cismáticos, terroristas. Son el diablo personificado. En otras palabras, supone llevar colgado un San Benito: ¡peligro!, está usted en presencia de un ser infame. Movimientos políticos y sociales, científicos, hombres, mujeres, jóvenes pueden considerarse subversivos en potencia. El calificativo se extiende a todos los órdenes de la vida. Al arte, el cine, el teatro, la literatura, la ciencia o la economía. Igualmente, se asocia a un uso ilegítimo de la violencia cuyo fin es desestabilizar. En este contexto, mejor ladrón que subversivo. Los atracadores de joyerías, bancos, vehículos blindados, transportes de seguridad, museos, etc., que huyen con el botín sin dejar rastro, pasan a la historia como ladrones de guante blanco. En ocasiones son venerados por la ciudadanía. Por el contrario, intelectuales, artistas, académicos, militantes políticos y sindicalistas, adjetivados como subversivos, no gozan de la misma benevolencia ni podrán desprenderse de su San Benito. La ex-presidenta de Brasil, Dilma Rousseff, el ex presidente de Uruguay, José

Mujica, o ex-militantes de movimientos de liberación nacional quedan marcados por sus expedientes policiales. Durante la dictadura franquista, fiscales y jueces tuvieron a bien distinguir entre delincuentes y agentes de la subversión, sin derecho al habeas corpus. Degradados a la condición de bestias, se les torturó y su muerte podía considerarse la liberación de su alma putrefacta. En cualquier caso, la dualidad delincuente-subversivo ha sido utilizada por regímenes políticos sin distinción. En América Latina, en la Unión Soviética y en sus países aliados se siguió un patrón similar en la aplicación del concepto.

Cuestionar el orden político no presupone una actitud crítica frente al poder. Es perfectamente compatible interpelar al sistema político y no cuestionar sus estructuras, normas, valores e instituciones. De ahí que el concepto de subversión y el acto subversivo no puedan homologarse a procesos de restauración política, o denuncia por la pérdida de derechos sociales, políticos, económicos, étnicos y culturales. En este sentido, aquí se apunta a la subversión como una categoría perteneciente al pensamiento emancipador, para el que la libertad, la justicia social, la igualdad, la dignidad y la lucha contra la explotación constituyen sus referentes.

Los avances científicos y las luchas emancipadoras son posibles gracias a las ideas subversivas. Sus defensores se enfrentan al statu quo, nadan a contracorriente, sufren persecución, escarnio público, censura y descalificación. Sus vidas pueden llegar a convertirse en un calvario y sus familiares sufrir directamente las consecuencias. No han sido pocas las ocasiones en las que se les ha despojado de sus bienes, arrojándolos a la indigencia o al exilio interior o exterior.

Las clases dominantes no aceptan de buen grado el cambio social. Se muestran refractarias a él e intentan bloquear cual-

quier atisbo de transformación que haga tambalearse su poder. De ahí la persecución y criminalización del pensamiento crítico. Históricamente, quienes han sido tildados de subversivos ponen en jaque el establishment. Hoy, en pleno siglo XXI, cuando el neoliberalismo consolida su revolución, ser subversivo se homologa a la condición de terrorista, de antisistema. No existe país occidental, sea centro o periferia, católico o protestante, ni país islámico o musulmán, donde las leyes antiterroristas no contemplen la figura del subversivo.

Pensar no es una tarea fácil. Durante mil quinientos años, el conocimiento estuvo adscrito a una representación de lo terrenal y lo divino. El mundo se concibió como un conjunto de esferas cuyo centro inmóvil lo ocupada la tierra. En total siete esferas, Luna, Mercurio, Venus, Sol, Marte, Júpiter y Saturno, más las estrellas fijas, que coronaban el universo. Fue Ptolomeo quien puso en boga y describió, en su obra *Almagesto*, en el siglo II de nuestra era, la teoría que hoy conocemos como el nombre de geocéntrica. En ella analizó los movimientos celestes; identificó, puso nombre y justificó matemáticamente cada uno de los argumentos en favor del geocentrismo. En quince siglos hubo propuestas cuestionando el sistema, pero no contaron con el beneplácito de los sabios de la «época». Se descartaron por absurdas y pasaron al baúl de los trastos inservibles. Astrónomos griegos, cuatro siglos antes que Ptolomeo, habían sugerido que la tierra giraba en torno al sol, al igual que el resto de los planetas. Aristarco de Samos fue uno de esos precursores de la teoría heliocéntrica. Según los críticos, desde los supuestos de la física y la matemática la teoría ptolemaica de las esferas, epiciclos y deferentes no podía dar respuesta a los movimientos observables de los planetas. Sus observaciones cayeron en saco roto. Solo en el siglo XIV la teoría geocéntrica perderá adeptos. En 1543 vio luz el estudio

del astrónomo, teólogo, filósofo y matemático polaco Nicolás Copérnico: *Sobre las revoluciones de las esferas celestes*. Su edición trajo tormenta. Los detentadores del poder y el conocimiento no fueron indiferentes y se levantó una ola de descalificaciones y condenas. Consciente de sus repercusiones, y para evitar represalias, Copérnico solicitó a un amigo que guardara el manuscrito y retrasara su edición tras su muerte. El sistema heliocéntrico de Copérnico se impuso, y para ratificar la importancia de su descubrimiento, hoy denominamos «revolución copernicana» a cualquier cambio radical en las formas de pensar y concebir el mundo. Sin embargo, su propuesta se asentó en la teoría de las esferas de Ptolomeo y, por tanto, en el carácter finito del universo e inmóvil de las estrellas. Quienes asumieron sus principios fueron perseguidos, considerados herejes o quemados en la hoguera. Giordano Bruno, uno de los seguidores de Copérnico, tuvo la osadía de cuestionar el carácter finito del universo, dotando a todos los cuerpos celestes de movimiento. Sus estudios fueron rechazados para salvaguardar la doctrina de un Dios finito. No era posible concebir la existencia de universos infinitos. Cambiar la doctrina, modificar el conocimiento de Dios, el origen de la vida y la centralidad de la tierra era demasiado pedir para un tiempo cuyo orden social se articulaba bajo el dominio de la cruz y la espada.

«Bruno emplea el principio de la plenitud de una manera patentemente despiadada, rechazando todas las restricciones con las que los pensadores medievales trataban de limitar su aplicabilidad y extrayendo de él con audacia todas las consecuencias que entraña. Así, a la vieja y famosa *quaestio disputata* de por qué no ha creado Dios un mundo infinito (pregunta a la que la escolástica medieval dio una respuesta tan buena, consistente, en efecto, en negar la posibilidad misma de una

criatura infinita), Bruno responde, y es el primero que lo hace, que Dios lo ha hecho; es más, Dios no hubiera podido hacerlo de otro modo»¹. Asimilar semejante proposición abría un cisma. Fue rechazada y sus postulados criminalizados. La nada, el vacío, espantó a quienes no podían imaginar un mundo infinito. La nueva astronomía sufría reveses; muchos matemáticos y físicos no podían concebir la idea de un universo abierto. Sus detractores levantaron la voz, destacando entre ellos el mismísimo Johannes Kepler. Sus razones, explica Koyré, «se derivan principalmente de sus creencias religiosas. Ciertamente Kepler, un cristiano devoto, aunque un tanto herético, ve en el mundo una expresión de Dios que simboliza la Trinidad e incorpora en su estructura un orden y armonía matemáticos. Orden y armonía que no se pueden hallar en el universo infinito, y por tanto informe —o uniforme— de Bruno».

No será el único ejemplo. El conocimiento científico ha estado y está impregnado de concepciones de época, sometido a un fuerte control ideológico y político. El poder también se valdrá de las profecías, como el animismo o el milenarismo, para mantener intacta su organización, controlar el miedo y administrar el conocimiento. No era extraño encontrar físicos, médicos, filósofos o matemáticos que asentaban sus conocimientos en visiones apocalípticas desde las cuales vaticinar el día del juicio final, datar el diluvio universal o que, simplemente, consideraban que las piedras tenían un alma fría, caliente, templada, capaz de sanar enfermedades. Pasarán siglos hasta que la astronomía sustituya del todo a la «astrología»; la química a la alquimia; el pronóstico político a la profecía y el oráculo.

¹ Koyré, Alexandre, *Del mundo cerrado al universo infinito*, Madrid, Siglo XXI, 1979, p. 45.

La emergencia del Estado tendrá una importancia fundamental en el control del pensamiento político y social. La necesidad de articular el dominio bajo la fórmula de la gubernamentalidad tuvo que consentir con abrir los espacios políticos a las nuevas clases sociales emergentes. El proceso de secularización del poder se tornó en una necesidad imperiosa para consolidar el poder de los burgos. «La génesis del Estado absoluto va acompañada de una lucha sostenida contra las profecías políticas y religiosas de cualquier tipo. El Estado consigue a la fuerza monopolizar el dominio del futuro, reprimiendo las interpretaciones apocalípticas y astrológicas. De este modo, asume una tarea de la Iglesia antigua, aunque ciertamente fijándose un fin anti eclesial. Enrique VIII, Eduardo VI e Isabel de Inglaterra promulgaron prohibiciones estrictas contra cualquier tipo de estos vaticinios. A los profetas reincidentes les esperaba la cadena perpetua»². Pensar trae consecuencias. Todo aquello que rompa los estándares será incorporado a la categoría de pensamiento subversivo. Es más práctico dejarse llevar y asumir el saber institucional, punto de llegada de la domesticación del conocimiento y la sumisión de la voluntad. El miedo al ejercicio crítico a la hora de construir pensamiento se traduce en una renuncia a la creación intelectual. Romper este círculo vicioso es un acto de compromiso político y ético. Por el contrario, poner trabas, perseguir y evitar que cobre fuerza es labor de la inquisición, cuyo objetivo no es otro que la criminalización del pensamiento.

² Koselleck, Reinhart, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993, p. 29.

CAPÍTULO 2

PODER Y SABER. LA CRIMINALIZACIÓN DEL PENSAMIENTO

Las formas represivas del pensamiento evolucionan. La civilización occidental, desde sus orígenes greco-romanos, desarrolla un sinnúmero de mecanismos para controlar qué y cómo se presenta el conocimiento. Por un lado, convierte la facultad de pensar en un acto subversivo y, por otro, transforma a quienes la ejercen en personas non-gratas. La consideración de la subversión como acto proscrito y, a su vez, *criminalizado*, es decir, transformado en acto jurídico, sirve a la aniquilación de cualquier forma de praxis crítica.

Asimismo, lo que en un momento ha sido pensamiento subversivo acaba por transformarse en pensamiento institucional, represivo y reaccionario. Si recurrimos a la historia, los ejemplos se multiplican. Los procesos emancipatorios son un buen lugar para escudriñar este fenómeno. Las luchas por la independencia en Estados Unidos (1776) constituyeron un punto de inflexión. Las contra-élites encabezadas por Jefferson, Washington, Adams y Franklin, entre otros, se enfrentaron al Imperio Británico. Sus reivindicaciones soltaron amarras con la Metrópoli, al tiempo que señalaban el camino de las revoluciones anti-imperialistas. Sin embargo, en menos de un siglo su carácter liberador cambió de signo. Lentamente se convir-

tieron en una potencia opresora. Despojaron a Francia de la Luisiana, a España de Florida y compraron Alaska al Imperio Ruso. Igualmente, se adueñaron de gran parte del territorio mexicano, Texas, Nuevo México, Colorado, y se expandieron en el Pacífico anexionando Hawái y, en el Caribe, Puerto Rico. En esta expansión imperialista no cabe olvidar la conquista del Oeste. Cruzar los Apalaches supuso el exterminio de las etnias originarias, la puesta en práctica de políticas genocidas en las que se popularizó el negocio de cabelleras indígenas como demostración de fuerza y superioridad étnico-racial. En el ámbito de la política exterior, la Doctrina Monroe, «América para los americanos», puso cerco al pensamiento emancipador latinoamericano, buscando su desarticulación. Su diplomacia emprendió una labor de zapa. Dividió, financió el pensamiento reaccionario pronorteamericano en detrimento de las posiciones anticoloniales, con el fin de adueñarse de la región. Simón Bolívar retrató dichas intenciones al pronunciar una frase que pasará a la historia: «Los Estados Unidos parecen destinados por la providencia para plagar la América de miseria en nombre de la libertad». Las contra-élites son un acicate para el desarrollo del pensamiento emancipador. Son portadoras del cambio social. Innovadoras, se constituyen en un punto de referencia para la construcción de alternativas. Rediseñan el futuro, plantean reivindicaciones rupturistas proyectando nuevas formas de actuar y pensar. Se enfrentan al poder constituido. Marcan el tempo del cambio, generando anti-valores y contra-normas. Rompen la dominación de las élites y en este sentido son revolucionarias.

Si nos atenemos a la modernidad, el pensamiento representado en manos de la Iglesia fue el punto de inflexión. Se opuso a la Reforma y orquestó un proceso inquisitorial con la finalidad de mantener el poder y el control del conocimiento. El

Concilio de Trento vetó y persiguió cualquier tipo de pensamiento rupturista. Las nuevas concepciones provenientes de la astronomía, la física y la matemática, pero también las innovaciones en las artes, chocaron con la intolerancia religiosa. Los reformadores fueron acusados de herejes. Eran las anti-élites emergentes, cuyos miembros se reclutaban entre monjes y sacerdotes. En no pocas ocasiones, las anti-élites fueron apadrinadas por la nobleza y por miembros de la curia. Provocaron un cisma y se enfrentaron a los aparatos de dominación. Muchas veces pagaron con su vida tal osadía. Lutero, Calvino, Copérnico, Giordano Bruno, Galileo fueron algunas de las víctimas del poder. La respuesta tenía un claro mensaje: quienes osaban enfrentarse a la Iglesia, cuestionando el orden del saber divino, serían castigados con la hoguera, la cárcel, el exilio, el ostracismo y la expropiación de bienes. Los personales de la inquisición abren tiempos de oscuridad. La persecución, nuevos suplicios y tormentos, adecuados al tipo de ofensa cometida, comenzaron a aplicarse sobre las personas, hombres y mujeres, acusadas de subvertir el orden inmutable de Dios. Las ciencias y las artes sufrirán las consecuencias. La libertad de pensamiento se castigó con la hoguera.

Pasaron siglos hasta que los descubrimientos científicos, los avances en las ciencias de la materia y la vida, se convirtiesen en un acervo del conocimiento, pudiéndose enseñar sin necesidad de caer en la hoguera. El proceso de secularización contribuyó al cambio. A medida que la Iglesia perdió el control político, lo ganaron las clases sociales emergentes. Las ideas de la burguesía fueron copando paulatinamente espacios antes en manos de la Iglesia o inexistentes. Con la aplicación de la ciencia a la industria, el capitalismo reivindica para sí el conocimiento, recuperando a herejes y mal-ditos. Los mismos personajes que habían sido rechazados

serán reivindicados como sabios. Fue el comienzo de la ilustración y el liberalismo. Las ciencias acabarían conquistando el espacio de la reflexión y el juicio crítico. Su aprendizaje se hizo posible y el método científico se impuso al razonamiento religioso y la fe. La idea de progreso inundaba todo el espacio político. Las universidades, fundadas en el siglo XI, se convierten en el siglo XIX en el espacio para la formación intelectual de la élite. A las disciplinas tradicionales, medicina, derecho y teología, se suman las matemáticas y la física. Con el advenimiento de la revolución industrial, las enseñanzas se diversifican. Nuevos conocimientos pasan a ser objeto de estudio sistemático. Las universidades adquieren relevancia en el desarrollo del pensamiento, trascendiendo la mera formación académica. En el siglo XX alcanzan todo su esplendor. La sociedad de masas, el desarrollo del capitalismo, la emergencia de los sectores medios, que demandan movilidad social y prestigio, impulsan la reforma universitaria, transformando la elección de sus claustros y autoridades, cambiando planes y programas de estudio, y estableciendo mecanismos de accesos fundados en la meritocracia. El pensamiento humanista, las ciencias sociales, disciplinas como la sociología, el periodismo, la historia, la literatura, la pedagogía, la economía, la psicología, la antropología o la filología se convierten en carreras universitarias. Las ingenierías, las ciencias de la complejidad y sistémicas amplían su campo en la medida en que se despliegan los nuevos saberes que lo acompañan. Sin embargo, en el siglo XXI las universidades públicas sufren un embate. El neoliberalismo las ataca, vaciándolas de contenido, y las degrada a una función intelectualmente decorativa, la de expender títulos para el mercado. Instituciones privadas, empresas transnacionales y centros financieros ocupan su lugar, ejerciendo un control sobre los

saberes, al tiempo que lastran el desarrollo del pensamiento crítico y humanista, arriñonando como saber inútil.

Las luchas por controlar la dirección del conocimiento y combatir el pensamiento crítico y subversivo manifiestan resabios inquisitoriales. Actualmente nos encontramos con el rechazo, por los sectores más retrógrados de la Iglesia y los grupos conservadores, de todo aquello que cuestiona su versión creacionista del universo. Las teorías evolutivas siguen siendo cuestionadas, perseguidas y demonizadas. En Estados Unidos, profesores fundamentalistas se niegan a explicar a Darwin y la teoría de la evolución, decantándose por la pseudo-ciencia de la llamada inteligencia creadora. Los claustros, la exclusión deliberada de autores, conocimientos y teorías marcan las enseñanzas en la mayoría de los países del mundo. Saberes censurados, ciencias malditas, persecución ideológica, profesores expulsados de la academia, mecanismos de selección corporativa, sistema de prebendas para sumisos y castigos para discolos son algunas de las herramientas utilizadas para la castración intelectual y el mantenimiento del statu quo.

Michel Foucault nos recuerda la necesidad de incorporar la persecución del conocimiento al quehacer rutinario del poder. Sugiere estudiar los vínculos existentes entre el saber institucional y el poder político que lo legitima, para revelar cómo, bajo estrictos criterios de control, el poder selecciona saberes, potenciando unos y despreciando otros. Su objetivo, transformar la acción y facultad de pensar en una actividad sumisa al orden político que lo cobija. Todo exceso de saber será adjetivado como subversión del orden, criminalizado y castigado. Saber y poder constituyen un arma en manos de las élites dominantes. El saber no dispara flechas, balas o misiles, pero es un arma más potente. Dispara ideas, propuestas

de dominación para mantener bajo control el pensamiento. Busca la destrucción del sujeto crítico y el pensamiento democrático. Sobre esta realidad se construye la arquitectura de los panópticos del poder, cuya evolución corre paralela a las transformaciones tecno-industriales. Imponer la voluntad, conseguir disciplinar el cuerpo y la mente, sobre todo la mente, puede llevarse a cabo mediante técnicas comunicativas insertadas en las nuevas tecnologías. Los videojuegos de guerra y sumisión, toda la parafernalia que incorporan —simulación de violaciones, héroes castigadores o personajes cuya violencia ensangrienta la pantalla— proyecta una conducta y modela, de manera eficiente, el carácter de los usuarios, hasta trasladarse a la vida cotidiana.

Hoy, en la cultura de occidente, resulta contraproducente aplicar castigos lacerantes, marcar a fuego a maleantes y meretrices o colgar un San Benito para escarmio público a los destructores del capitalismo. La población rechaza la aplicación de penas y castigos infringidos públicamente, prefiere su invisibilidad, alejarse lo más posible. Resultan inhumanos el garrote vil, la guillotina, la silla eléctrica, la hoguera o la horca. Se rebela, aunque sólo sea por no verlo. Se resiste a la legalización de la tortura y clama en contra de la guerra, aunque pueda ser descendiente a la hora de criminalizar las acciones políticas de trabajadores y sindicalistas, defensores de los derechos laborales, sociales, políticos y culturales. En este caso, su actitud es beligerante, no consiente que una huelga cuestione sus vacaciones, obligue a cambiar de itinerario o dificulte el transporte. Cuando ocurre, su comportamiento se torna agresivo, violento y en muchos casos, se convierte en el principal destructor de los derechos políticos y democráticos.

Las actuales técnicas de represión disminuyen el rechazo de una parte de la población, si se utilizan selectivamente. Las

aplicaciones psicosociales del control de masas, como azuzar el miedo, crear pánico, doblegar voluntades y fomentar la sumisión al poder son el objetivo a conseguir. Es más eficiente hostigar y denigrar a la persona, crear indefensión jurídica, restar derechos sindicales, criminalizar la crítica social y política, considerar el pensamiento un acto de terrorismo, que ejercer la violencia física. Lo cual no supone excluirla, sino hacerla imperceptible, ocultándola, para de esa manera aplicarla minimizando las repercusiones sociales. «El poder se caracteriza por unir y encajar. La trasgresión y el delito, en cambio, definen a la violencia. Tanto el poder como la violencia sirven de una técnica del doblegamiento. El poder se inclina hacia el otro hasta doblegarlo, hasta encajarlo. La violencia se inclina hacia el otro hasta quebrarlo»³.

La criminalización del conocimiento tiene una máxima: usted no piense, el sistema lo hace por usted. La guerra psicológica, la estigmatización y el rechazo de la sociedad buscan desarticular la resistencia al pensamiento sistémico. En pleno siglo XXI y en la llamada sociedad de la información, los medios de comunicación y sus difusores juegan un papel fundamental a la hora de proponer los temas y definir la agenda de la opinión pública. No hablamos de opinión ilustrada, con capacidad para incidir en las decisiones, se trata de un pensar banal, estéril, articulado sobre la incapacidad para reflexionar, tomar distancia y problematizar el mundo. Es la inmediatez, lo efímero, lo prescindible el centro de atención de los medios de comunicación. Su lógica: presentar un relato de fácil digestión, funcional al orden político. El enemigo a combatir se traslada al campo del pensamiento. Solo se debe pensar en

³ Chul-Han, Byung, *Topología de la violencia*, Herder, Barcelona, 2016, pp. 102 y 103.

una dirección, la presentada por el sistema. El orden social se construye bajo este principio. En su interior, todo está pensado. Usted puede elegir entre las diferentes opciones que le proponen. Ser de izquierdas, de derechas, liberal, conservador, progresista. Defender los derechos de los animales, la economía verde, el decrecimiento económico, pero siempre en el interior de la economía de mercado. Asimismo, puede ser un consumidor de comida rápida o un gourmet. Igualmente puede seleccionar entre los distintos espacios de ocio. Ir a un centro comercial, caminar por un parque, ir de rebajas, al cine, al teatro, quedarse en casa. Todo está permitido: si se cumple la máxima del sistema: formar parte de los productos que se incluyen en la carta. Carta que el sistema le propone y de la cual no puede evadirse.

El ciudadano, transformado en operador sistémico, ha de saber comportarse y no cuestionar las decisiones que adoptan las élites dominantes sobre lo que está dentro o fuera del sistema. Pensar es pensar en el sistema y para el bien del sistema. La conciencia se elimina de la acción y los valores éticos desaparecen del horizonte político. En su lugar emergen la teoría de la acción comunicativa, el pragmatismo y los efectos no deseados de la acción. El enemigo a combatir no está fuera de nosotros, no es un agente perturbador, es uno mismo quien se infringe el castigo, se deprime o trata de vivir lo mejor posible dentro del orden y el sistema, recurriendo a sus premios y castigos. Pensar es pensar desde el orden, para el orden y con el orden. Cualquier otra perspectiva es malpensar y tiene consecuencias.

Son los tiempos de un totalitarismo del conocimiento en cuyo marco las fronteras de la dominación, la disciplina y la obediencia se han difuminado. No hay límites, el sistema es el límite. Peligroso avance que acaba por convertir el pensa-

miento crítico en objeto de persecución. La frontera entre la guerra y la paz, decretada por el sistema, en realidad desaparece; todo es guerra cuando se trata de conseguir el control de la voluntad y la conciencia. «Se trata, como vemos, de lo mismo en la paz política y en la guerra: del dominio de la voluntad del enemigo/La guerra se continúa en la paz por otros medios: invadiendo la política del cuerpo y la cabeza de las personas. El objetivo es idéntico, no hay diferencia entre la paz y la guerra, y solo los medios difieren. Pero estos medios psicológicos se utilizan –en la política interior del estado– antes que recurrir a los medios físicos: antes de hacer visible el fundamento guerrero de la política. Si hay guerra psicológica hay guerra continua: no hay campo de paz, sino solo apariencia de tal, mientras se los vence y domina de otro modo. La lucha psicológica se transforma así en permanente, universal y total. Permanente porque la agresión psicológica no distingue entre tiempo de paz y tiempo de guerra. Universal porque los medios modernos de difusión no se detienen en las fronteras y porque el “enemigo” recluta sus aliados entre las mismas filas adversario. Total, en fin, porque la lucha es llevada hasta el espíritu mismo de la persona»⁴.

El pensamiento subversivo expone las contradicciones del sistema, plantea alternativas, no se presenta como una utopía, nace y se elabora colectivamente. Articula voluntades políticas para el cambio social. Así, las luchas anticoloniales dieron lugar al pensamiento emancipador. Los genocidios y etnocidios, fundados en el derecho de conquista, pusieron los cimientos del humanismo. Baste recordar la obra de Bartolo-

⁴ Rozitchner, León, «Efectos psicosociales de la represión», en Martín Baró, Ignacio (coord.), *Psicología social de la guerra*, UCA, San Salvador, 1990, p. 114.

mé de las Casas. En el siglo XX fue el rechazo al fascismo y el nazismo la base material para definir los crímenes de guerra como crímenes que ofenden a toda la humanidad y, por tanto, no prescriben. Igualmente, el pensamiento anti-imperialista, la teología de la liberación o el socialismo caen bajo esta denominación. Por consiguiente, la lucha contra todo proyecto totalitario, sin importar el principio sobre el cual fundamenta su represión, es y constituye pensamiento subversivo.

El pensamiento crítico no se dedica a indignarse. Visibiliza lo que el poder hace, lo explica, le exige responsabilidades, pone en conocimiento de la ciudadanía sus consecuencias. Llama a una acción colectiva, construye un «nosotros», se compromete con el cambio democrático. El pensamiento crítico y subversivo proyecta una relación conflictiva entre el poder y el saber, forma parte de una lucha teórica y política por apropiarse de la realidad. Sus militantes asumen los valores de la justicia social, la dignidad, los derechos humanos y los principios democráticos. En este sentido, al decir de Wright Mills, el pensamiento crítico y subversivo tiene una responsabilidad ética. Por tanto, quienes ejercen la crítica, situándose en el campo de la subversión, deben mantener un comportamiento ejemplar. Son tres los principios básicos a la hora de construir la argumentación y dirigir su mensaje: <i>i)</i> a los que tienen el poder y lo saben les imputa grados variables de responsabilidad por las consecuencias estructurales que, según descubre su trabajo, están decisivamente influenciadas por sus decisiones o por sus emociones. <i>ii)</i> A aquellos cuyas acciones tienen esas consecuencias, pero parecen no saberlo, les atribuye lo que ha descubierto acerca de las mismas. Intenta educar y después, de nuevo, imputa responsabilidad. <i>iii)</i> A quienes regularmente carecen de tal poder y cuyo conocimiento se limita a su ambiente cotidiano, les revela con su trabajo el sentido de

las tendencias y decisiones estructurales en relación con dicho ambiente y los modos como las inquietudes personales están conectadas con los problemas públicos; en el curso de esos esfuerzos, expone lo que ha descubierto en lo concerniente a las acciones de los más poderosos. Estas son sus principales tareas educativas, y son sus principales tareas públicas cuando habla a grandes auditorios»⁵.

Pensar a contracorriente, bajo un sistema de dominio y control del conocimiento, ha significado en no pocos casos, como hemos visto, la muerte. Nada más peligroso para el poder y el saber hegemónico que un conocimiento crítico, capaz de cuestionar el orden social. El inmenso aparato ideológico levantado para frenar el pensamiento a contracorriente se condensa en el complejo científico-jurídico que acota y pone fronteras a los saberes, produciendo una fractura en el conocimiento al discriminar entre saberes legítimos e ilegítimos. Los saberes políticamente correctos forman parte del proyecto de dominación y marcan el ritmo de pulsión del poder. Quienes levanten la voz serán castigados. En la sociedad digital del siglo XXI, un nuevo tipo de persecución, la persecución en red, penaliza las opiniones políticamente incorrectas expresadas en internet. Comentar por Twitter, Facebook, WhatsApp, blogs, etc. puede llevar a la cárcel, ocasionar sanciones económicas, despidos laborales, o provocar el linchamiento de una persona, organización o asociación, mediante la saturación de una información falsa, lanzada por el poder con el fin de anular o disminuir su influencia. Los vigilantes del gran hermano se expanden bajo el paraguas de lo políticamente correcto. En este rublo inquisitorial hay coincidencia, se penaliza cualquier tipo de opinión, aunque sea banal e irrelevante. En otros tér-

⁵Wright Mills, *La imaginación sociológica*, FCE, México, 1977, pp. 196-197.

minos, se trata de llevar a efecto una acción ejemplarizante para el infractor, lanzando un mensaje al resto de la población: no piense por sí mismo, hacerlo puede traerle consecuencias graves. Entre otras, ser tildado de terrorista.

El futuro debe ser controlado, su diseño mostrar límites claros, no puede tener aristas ni llevar a equívocos. No está abierto a la acción humana. Los espacios relativos y los vacíos absolutos de poder no existen, son deliberadamente contruidos para ser administrados discrecionalmente. Se legisla sobre la incertidumbre. El desborde social siempre está presente, no se puede prever. Hay que adelantarse a los acontecimientos, aunque ello suponga reprimir. En este campo de condiciones, el pensamiento debe ser sometido a un riguroso examen y selección. Sin embargo, el control total es una quimera. El pensamiento crítico y la subversión acaban minando el poder, construyendo nuevos relatos, abriendo el mundo a las alternativas contingentes, siempre más democráticas.

CAPÍTULO 3

EL PODER Y LA SUBVERSIÓN

El *homo sapiens sapiens* sabe que *sabe*. *Es consciente de sus actos*. Su capacidad para construir mundo le sitúa en un lugar de privilegio. Despliega facultades como el lenguaje, la comunicación oral y escrita. Es virtuoso con la palabra. Asimismo, hace alarde de una memoria prodigiosa, capaz de almacenar y transmitir conocimientos. Su inteligencia parece no tener límites. Tales peculiaridades deberían, en condicional, acompañarse de un comportamiento acorde a su condición de especie social-cooperativa. El bien común, la virtud ética y una vida digna habrían de estar entre sus objetivos prioritarios, anteponiéndose a acciones mezquinas e insolidarias. La justicia social, la condena de la explotación del ser humano por el ser humano, principios irrenunciables para cumplir dicha tarea, deberían ser prioritarios. Lamentablemente, no ha sido el camino seguido por el *homo sapiens sapiens*. Sus pasos van en la dirección contraria. Su conducta está plagada de actos irracionales. Se ha convertido en un depredador. Aniquila todo cuanto cree que le pertenece. Se adueña de la naturaleza y busca someterla por la violencia. La realidad es tozuda. Un proceso de deshumanización lleno de guerras, armas químicas, biológicas y atómicas, capaces de exterminar cualquier vestigio de vida, domina el planeta. Utili-

za su inteligencia para crear campos de concentración, realizar matanzas étnicas, fomentar la tortura y perpetrar crímenes que ofenden a la humanidad.

Con el advenimiento del capitalismo, esta tendencia se consolida. Se hace sistémica y se articula desde los estados. Gobiernos bajo el poder de las transnacionales y los lobbies empresariales patrocinan invasiones a fin de someter culturas y pueblos a los cuales consideran inferiores. Las élites políticas sucumben ante el complejo militar-industrial. Desde la Primera Guerra Mundial nada será igual. La muerte se industrializa. Los campos de batalla acaban convirtiéndose en cementerios improvisados, recordatorios de masacres. Millones de muertos poblarán carreteras, pueblos y ciudades. La guerra total hizo su aparición sin llamar a la puerta. Nadie quedará exento de ser objetivo militar. Hombres, mujeres y niños se transforman en enemigos aniquilables. Lo que se consideraba una excepción en la historia, repudiada por su brutalidad, abrió paso al exterminio como estrategia de guerra. El horror del holocausto se expande hasta nuestros días dejando una huella profunda y un testimonio de la lenta deshumanización en la cual estamos inmersos. Occidente se retrata bajo el signo de la muerte y la inquisición del pensamiento. Persecución ideológica, política, social, étnica y cultural. Tras la Segunda Guerra Mundial, «el ser humano es considerado el fin prioritario en una guerra política. Concebido como un objetivo militar, el punto más crítico del ser humano es su mente. Cuando su mente es alcanzada, el animal político ha sido derrotado sin que necesariamente haya recibido un proyectil. El objetivo es la mente de la población civil, de toda la población»¹.

¹ Fazio, Carlos, *Terrorismo mediático. La construcción del miedo en México*. Debate, México, 2013, p. 23.

Han sido cinco siglos en los cuales la esclavitud se mezcla con la muerte. Parafraseando a Marx, desde sus orígenes el capitalismo chorrea sangre por sus poros. Se adhiere a su historia y es una seña de identidad de la economía de mercado. Al igual que la usura, la piratería y la plutocracia, al decir de Sombart. En la actualidad, las cárceles y campos de concentración se han reinventado. Bajo nombres que las encubren, se denominan centros de refugiados o campos de retención para inmigrantes ilegales. Verdaderos espacios de confinamiento cuya existencia presupone comportamientos xenófobos y racistas. Son miles las personas que huyen de guerras espurias en todo el planeta. En su diáspora, son víctimas de mafias que ofrecen un mundo nuevo. Viajan confinados en pateras o barcos piratas. Emprenden un camino sin retorno. Siguen la estela de la muerte buscando el sueño de ser explotados. Occidente *construye su imaginario colectivo* de libertad y opulencia, tolerancia y respeto, multiculturalidad e integración. Quienes deciden emprender el camino del éxodo son las víctimas propicias de este relato. Buscan el paraíso en la tierra y lo identifican con el capitalismo. Europa y Estados Unidos se convierten en su edén particular. Es la justificación para hipotecarse, sufrir penurias y hasta perder la vida en el intento. Los sobrevivientes se adentran en un mundo hostil. La Europa culta y civilizada les rechaza, expulsa y convierte en chivos expiatorios. Africanos, asiáticos y latinos son utilizados como argumento para el desarrollo de políticas represivas. Sus saberes son menospreciados y sus conocimientos ridiculizados.

Mientras, Estados Unidos les hace sentir su poder y su prepotencia, vanagloriándose de las deportaciones y las humillaciones de quienes fueron embaucados por el sueño americano. En ambos casos, sobresale el concepto de odio racial. Los habitantes del tercer mundo no tienen sitio en la globalización

neoliberal, salvo convertirse en esclavos. Su presencia en las calles de Madrid, Berlín, Londres o París se mira con recelo. El pensamiento reaccionario se refuerza bajo un lenguaje de miedo, odio y desprecio. Medios de comunicación, partidos políticos e instituciones construyen un discurso excluyente donde priman las caricaturizaciones, la ridiculización y los estereotipos de los extranjeros problemáticos. En la sociedad de la opulencia es el momento adecuado para cambiar leyes, cerrar fronteras y aislar al extranjero, «con o sin papeles». Considerados escoria, portadores de enfermedades, borrachos, fundamentalistas, herejes, islamistas radicales, terroristas y delincuentes, su presencia se percibe como un problema de orden público y seguridad nacional. Suficiente para airear una opinión distorsionada pero eficaz. La mentira triunfa falseando la realidad. Los emigrantes son un problema y sus culturas horadan nuestra respetada civilización y nuestro proyecto democrático.

Bajo el concepto «civilización occidental» el imperialismo étnico-racional y cultural de la burguesía diseña una política de autoengaño. Su mito constituyente, orden y progreso, presenta un conjunto de etapas cuya meta, la sociedad de consumo de masas, esconde una visión edulcorada del capitalismo. Se trata de una visión lineal de la historia donde los seres humanos se encaminan inexorablemente hacia la economía de mercado, autogenerada y expansiva. De la prehistoria a la historia y de allí a la globalización neoliberal. Es una clausura del tiempo histórico. Transitamos de lo tradicional a lo moderno, de lo moderno a lo post-moderno, de la economía de subsistencia a la economía monetaria, del feudalismo al capitalismo y del capitalismo al cielo. Todo, para hacer creer que las relaciones capitalistas de producción son el resultado natural de la evolución y la selección natural de los aptos. Tomar

otro camino supondría poner en peligro a la especie humana. Por consiguiente, al igual que sucede con los peces, cuya naturaleza les impide vivir fuera del agua, los seres humanos no pueden ir contra natura. Contaminar la economía de mercado se paga con la extinción de la especie.

Los ideólogos del capitalismo construyen su proyecto de dominación política de acuerdo con tales principios. Concebidos como un proceso natural, los saberes y el conocimiento son reinterpretados, reelaborados y presentados bajo la racionalidad del capital. El mundo es occidente y occidente su razón universal. Causa suficiente para bloquear otros lenguajes, otros conocimientos, y vetar praxis teóricas, achacándolas la condición de subversivas y peligrosas. El capitalismo bloquea las alternativas contrarias a su racionalidad, ejerciendo un control global del tiempo. Tiempo de trabajo, de ocio, de producción y conocimiento. Una sola racionalidad, un solo tiempo de vida. El capital se alza como referente para la socialización política y cultural. Otros estilos de desarrollo se criminalizan. La historia se resuelve en su proyecto político, en tanto la economía de mercado no tiene rival. El capitalismo clausura las alternativas. Capitalismo global o sociedades arcaicas, primitivas y pueblos sin historia. «Existe aquí una conjunción fatal. Las tendencias destructivas de los individuos se conjugan admirablemente con la necesidad casi total por parte de la institución social de clausurarse, de reforzar la posición de sus propias leyes, valores, reglas, significaciones como únicas en su excelencia y en sus verdades, a través de la afirmación de que las leyes, las creencias, los dioses, las normas, las costumbres de los otros son inferiores, falsas, malas, asquerosas, abominables, diabólicas. Y esto, a su vez, está en completa armonía con las necesidades de organización identificatoria de la psique del individuo. Ya que para la misma

todo lo que se encuentra más allá del círculo de significaciones que tan difícilmente invistió a lo largo de su camino hacia la socialización es falso, malo, desprovisto de sentido»². Es el discurso de la colonialidad del saber y del poder. Lentamente el desarrollo del capitalismo se impone como la «racionalidad inmanente» a la condición humana, donde las subjetividades y mundos preexistentes se ignoraron o simplemente pasaron a ser adminículo de la historia del capitalismo colonial. «La incorporación de tan diversas y heterogéneas historias a un único modo dominado por Europa significó para ese mundo una configuración cultural, intelectual, en suma intersubjetiva, equivalente a la configuración de todas las formas de control del trabajo en torno al capital, para establecer el capitalismo mundial. En efecto, todas las experiencias, historias, recursos y productos culturales terminaron también articulados en un solo orden global en torno a la hegemonía europea occidental. En otros términos, como parte del nuevo patrón de poder mundial, Europa también concentró bajo su hegemonía el dominio de todas las formas de control de la subjetividad, de la cultura, y en especial del conocimiento, de la producción del conocimiento»³.

En su dimensión política, el capitalismo socializa la violencia, al tiempo que se desprende de la historia que le resulta incómoda. Bajo los criterios de la colonialidad del saber, es capaz de eliminar el nazismo o el fascismo como fenómenos inherentes a su racionalidad. Lo que a ojos vista son experiencias históricas unidas de su entrañas se reinterpretan como hechos extempo-

² Castoriadis, Cornelius, *Figuras de lo pensable*, FCE, México, 2001, p. 192.

³ Quijano, Anibal, «Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina», en Lander, Edgardo (comp.): *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, CLACSO, Buenos Aires, 2000, p. 209.

raneos a fin de evitar un juicio condenatorio de su racionalidad. Las dictaduras militares en América Latina, Asia o África y el holocausto nazi deben juzgarse como excrecencias inherentes a la naturaleza humana. El capitalismo sería una víctima de ellas, y no el responsable de los regímenes que le acompañan. En otras palabras, no serían achacables a su historia ni a su configuración ideológica-política. Nada en su interior haría albergar motivos capaces de pervertir la democracia representativa y poner en duda las virtudes de la economía de mercado.

La sociedad abierta a sus enemigos justifica la emergencia de autocracias, dictaduras y totalitarismos como parte de los peligros de la democracia representativa. En eso consiste la fuerza y la debilidad intrínseca del orden democrático, que nunca está libre de sufrir el embate de sus enemigos: el comunismo y el socialismo. La obligación de la democracia será vigilar y prevenir su triunfo. «Aquel que acepte el principio de la democracia en este sentido no estará obligado, por consiguiente, a considerar el resultado de una elección democrática como expresión autoritaria de lo que es justo. Aunque acepte la decisión de la mayoría, a fin de permitir el desenvolvimiento de las instituciones democráticas, tendrá plena libertad para combatirla, apelando a los recursos democráticos, y bregar por su revisión. Y en caso de que llegara un día en que el voto de la mayoría destruyese las instituciones democráticas, entonces esta triste experiencia solo serviría para demostrarle que no existe en la realidad ningún método perfecto para evitar la tiranía. Pero esto no tendrá por qué debilitar su decisión de combatirla ni demostrará tampoco que su teoría es inconsistente»⁴. Unir capitalismo y democracia,

⁴ Popper, Karl, *La sociedad abierta y sus enemigos*, Paidós, Buenos Aires, 1967, vol. I, p. 196.

contraponiéndolo al socialismo, facilita descalificar el pensamiento crítico, clausurando el futuro a las alternativas emancipadoras. En términos pedestres: *democracia, la mía*. De esta guisa: 1) se liberan de condenar como propios el nazismo y el fascismo; 2) convierten las alternativas en proyectos utópicos y quimeras políticas.)

Nuevas formas de pensar y actuar son inviables. Los sueños de una sociedad fundada en la justicia social, la igualdad y la democracia radical se transforman en pesadillas. Por consiguiente, son una farsa, y su puesta en práctica un infierno en la tierra. Nuevamente Popper: «El esteticismo y el radicalismo deben conducirnos, forzosamente, a rechazar la razón y a reemplazarla por una desenfrenada esperanza de milagros políticos. Esta actitud irracional originada en la embriaguez que ocasionan los sueños de un mundo hermoso y mejor es lo que llamamos Romanticismo. Bien puede buscarse el modelo de ciudad divina en el pasado o en el futuro, bien puede predicarse “el retorno a la naturaleza” o el “avance hacia un mundo de amor y belleza”; pero su llamado estará siempre dirigido a nuestras emociones y no a nuestra razón. Aun inspirados por las mejores intenciones de traer el cielo a la tierra, solo conseguiremos convertirla en un infierno, ese infierno que solo el hombre es capaz de preparar para sus semejantes»⁵. La idea consiste en proponer una lectura exculpatoria del capitalismo, negando su carácter totalitario. El argumento facilita que se reúnan y descalifiquen en un mismo paquete a Hitler, Stalin, Pol-Pot, Mussolini o Pinochet, descontextualizando su emergencia y desarrollo histórico. En los años setenta del siglo XX se le dio consistencia al análisis a fin de ser benevolentes con aquellos dictadores cuyas políticas se articularon al interior del neoliberalismo.

⁵ *Ibid.*, p. 261.

Perdonar la violación de los derechos humanos y hacer la vista gorda con regímenes políticos donde el uso de la violencia física se ejerció indiscriminadamente sobre la población, bajo el relato de salvaguardar los valores culturales de la civilización occidental, se transformó en doctrina política. Jeane Kirkpatrick, embajadora de Estados Unidos ante Naciones Unidas durante la administración de Ronald Reagan, afirmaba: «De vez en cuando un gobernante realmente bestial puede alcanzar el poder en cualquiera de ambos tipos de autocracia—Idi Amin, Papa Doc Duvalier, José Stalin, Pol Pot son algunos ejemplos—, pero ninguno de los dos tipos produce regularmente esos monstruos morales (como si la democracia previniera regularmente su ascenso al poder). Hay sin embargo diferencias sistemáticas entre las autocracias tradicionales y revolucionarias que surten un efecto previsible sobre su grado de represión. Generalizando, los autócratas tradicionales toleran la desigualdad social, la brutalidad y la pobreza, mientras las autocracias revolucionarias las crean. Los autócratas tradicionales dejan intactas las asignaciones existentes de poder, prestigio y otros recursos, que en la mayoría de las sociedades tradicionales favorecen a unos pocos pudientes y mantienen a las masas en la pobreza. Pero adoptan dioses tradicionales y observan tabúes tradicionales. No alteran los ritmos habituales de trabajo y ocio, los lugares habituales de residencia, los patrones habituales de relaciones familiares y personales. Como las penurias de la gente común que, criada en esa sociedad, aprende a arreglárselas, tal como los niños nacidos de intocables en la India adquieren habilidades y aptitudes necesarias para la supervivencia en los míseros papeles que están destinados a cumplir. Tales sociedades no crean refugiados. Con los regímenes comunistas revolucionarios ocurre exactamente lo contrario. Crean millones de refu-

giados porque reclaman una jurisdicción sobre la vida entera de la sociedad y plantean exigencias de cambio que violan en tal extremo los valores y hábitos internalizados que los habitantes huyen con la notable expectativa de que sus actitudes, valores y metas "encajen" mejor en un país extranjero que en su tierra nativa»⁶.

En este sentido, se adopta una doble moral a la hora de situar a las víctimas de autocracias, dictaduras y golpes de estado. La dictadura comunista es totalitaria. Quienes sufren su represión son genuinos representantes de los valores y los derechos humanos. Elevados a la condición de mártires, su quehacer político se transforma en la biografía de vidas ejemplares. Son disidentes, exiliados de los Gulag. Por el contrario, las víctimas de la represión capitalista, los perseguidos del macartismo y las dictaduras militares anticomunistas son invisibilizados o amortizados como un coste necesario en la lucha por la democracia. Fue necesario crear una doctrina política ad hoc para explicar esta doble vara de medir y justificar teóricamente esta diferencia de análisis. Por un lado, se habló de sistemas totalitarios (comunistas) y, por otro, de regímenes autoritarios (dictaduras como las de Francisco Franco en España, Stroessner en Paraguay, Augusto Pinochet en Chile o Anastasio Somoza en Nicaragua). Juan Linz, su ideólogo más destacado, señala la diferencia entre ambos: «Las dimensiones que tenemos que retener como necesarias para caracterizar un sistema como totalitario son las de una ideología, un partido único de masas y otras organizaciones que lo movilizan, y un poder concentrado en un individuo y sus colaboradores o en un pequeño grupo que no tiene que responder a un

⁶ Kirkpatrick, Jeane, *Dictadura y contradicción*, Sudamericana, Buenos Aires, 1983, pp. 55-56.

amplio sector de la población y no puede ser apartado del poder por medios institucionalizados y pacíficos. Cada uno de estos elementos puede darse separadamente en otros tipos de sistemas no democráticos, y solo su presencia simultánea hace que un sistema sea totalitario [...] Hablamos de regímenes autoritarios, más que de gobiernos autoritarios, para indicar la relativamente baja diferenciación de las instituciones políticas. A menudo penetran en la vida de la sociedad, evitando, incluso por la fuerza, la expresión política de ciertos intereses de grupo (como la religión en Turquía y México después de la revolución, o el mundo laboral en España) o conformándolas mediante medidas intervencionistas (como la de los regímenes corporativos). Y hablamos de regímenes y no de sociedades, como algunos de los que analizan el totalitarismo, porque la distinción entre Estado y sociedad no está completamente borrada incluso en la intención de los gobernantes. El elemento pluralista es el rasgo más distintivo de estos regímenes»⁷.

Este proceso de blanquear dictadores y reciclar genocidas, transformándolos en héroes de la civilización occidental, no es nuevo. La historia de la cultura occidental se construye desde sus inicios bajo este manto purificador. Nos llaman a venerar a conquistadores, si estos han favorecido el advenimiento de la civilización occidental. Personajes como Hernán Cortés, Francisco Pizarro, Pedro de Valdivia o Diego de Almagro forman parte del pabellón de honor de la historia con «mayúsculas» de la modernidad. Asimismo, se rinde pleitesía a los representantes de las más variadas casas reales. Borbones, Habsburgo, Orange, Tudor, Saboya, Estuardo, por no

⁷ Linz, Juan, *Sistemas totalitarios y regímenes autoritarios*, en *Obras escogidas*, vol. 3, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2009, pp. 79 y 157.

decir Windsor, Holstein, Bernadotte o Grimaldi. Reyes como Felipe II, Leopoldo II de Bélgica, Isabel II de Inglaterra, presidentes como Ronald Reagan, George Bush, primeros ministros como Menájem Beguín, Margaret Thatcher o Tony Blair salen airoso de sus guerras genocidas. Travestidos en líderes y defensores de la civilización occidental se les condecora y admira. Nada se dice de sus responsabilidades en el exterminio masivo de la población, en sus guerras de conquista civilizatoria o en la imposición de una cultura totalitaria mientras se destruye otras bajo el argumento de ser contrarias a la economía de mercado.

Esta maniobra forma parte de un pensamiento sistémico que destruye la conciencia, impide la emergencia del juicio crítico y anula la reflexión ética mediante el engaño y la racionalización de las decisiones genocidas. Siempre encuentran un justificante para explicar sus actos. En ocasiones la excusa ha sido la existencia de armas de destrucción masiva, planes revolucionarios, asesinatos de dirigentes opositores, autogolpes y violación de los derechos humanos. Toda una amalgama de relatos que no han resistido la prueba de la historia. Al contrario, se han visualizado como burdos reclamos para realizar sus guerras y promover sus negocios, mintiendo a la opinión pública y generando un estado de ánimo propicio para aceptar las decisiones de manera sumisa. Ni la existencia de pruebas en sentido contrario logra revertir esta situación. «La tendencia a racionalizar es tan intensa que a menudo criticamos, distorsionamos y descartamos las pruebas negativas para que no haya demasiada disonancia cognitiva ni sea necesario un cambio de opinión. El ex presidente Franklin D. Roosevelt arrancó de su hogar a miles de ciudadanos estadounidenses de origen japonés y los confinó en centros especiales durante el resto de la Segunda Guerra Mundial en previsión de po-

sibles deslealtades, de las cuales nunca tuvo ninguna prueba, excepto una sentencia que se ha hecho clásica, enunciada por un general: «El hecho mismo de que no se haya producido ningún sabotaje es un indicio inquietante que confirma que se producirá un sabotaje»⁸.

La utilización de la fuerza para doblegar las voluntades de quienes critican el orden político ha sido un método recurrente en la cultura occidental. No se tolera el cuestionamiento de su organización ni de sus formas de vida. Su tarea se centra en destruir alternativas y cerrar futuros contingentes. Sus métodos y técnicas son múltiples. Hoy van desde la mentira y la invisibilidad pública hasta el terrorismo de estado. En este sentido, integra y subsume las nuevas tecnologías que han nacido bajo su alero. Ha perfeccionado las prácticas de tortura, el armamento se ha vuelto sofisticado. Asimismo, el control político del conocimiento brinda un plus de poder. Se toman decisiones cuyos efectos serán visibles tras décadas de imposición. Saberes, formas de actuar y pensar planificadas de antemano consiguen que se evite cualquier tipo de disfunción cognitiva.

La batalla contra el pensamiento crítico se despliega en el orden político, económico, social, cultural, militar y hasta en el religioso. Sin olvidarnos de la necesidad de mantener el control sobre las esferas educativa, tecnológica, simbólica y normativa. El pensamiento sistémico educa, propone planes y programas de estudio para socializar en los valores del neoliberalismo. Impone una visión pragmática del mundo, apoyada en la exacerbación del individualismo como fuente exclusiva para obtener el éxito personal. Habla de inteligencia emocional, sistémica,

⁸ Trivers, Robert, *La insensatez de los necios. La lógica del engaño y el autoengaño en la vida humana*, Katz, Buenos Aires, 2013, p. 169.

creativa, etc. Asimismo, desarrolla y despliega una tecnología adecuada a tales fines. La informática y la cibernética son instrumentalizadas. Se apoya en una visión autista del individuo, ensimismado en sus redes, las cuales le atan y limitan. El conocimiento muta en información, en el big data. «Parece que ya no necesitamos de teorías ni de prácticas fundamentadas en convicciones personales y corroboradas por las experiencia. Lo que ha cambiado de estatuto es el conocimiento, pues parece que los datos hablan solos, y el conocimiento emerge de los datos, salta a la vista, se impone certeramente. Las correlaciones estadísticas establecen las relaciones entre las cosas y orientan aquellas entre las personas. Ya no somos nosotros quienes construimos un discurso, son más bien los datos los que tienen la palabra; no se trata de otra cosa que de la quimera de la *data-driven society*, el rol de lo humano es prácticamente indiferente, con la única excepción de la dócil condescendencia para liberarlo incluso de la fatiga de tener que elegir y desear. Darnos unas máquinas bastante potentes, seamos transparentes a las máquinas y podremos prever el futuro. El futuro del mercado, por supuesto»⁹.

Controlar el conocimiento permite manipular datos, sesgar información, financiar científicos y contraatacar ideológicamente, profundizando el control de la mente y los cuerpos. Es el nacimiento de un establishment, de una élite en el poder, utilizando la expresión de Mills, capaz de controlar y definir las formas de pensar y actuar. Son los verdaderos detentadores del poder; no se trata de simples beneficiarios de prebendas o de quienes se aúpan a las posiciones del poder formal e institucional. No hablamos de diputados, senadores, alcaldes o

⁹ Ippolita, *En el acuario de Facebook. El resistible ascenso del anarco-capitalismo*, Libros de Enclave, Madrid, 2012, pp. 2014-105

cargos públicos electos. Nos referimos a los poderes fácticos, que actúan en las zonas de penumbra. Para ellos no hay transparencia, ni visibilidad. Así, crean y establecen un ejército de hombres y mujeres dedicados a vigilar, mantener el orden y desarticular el pensamiento subversivo, imponiendo su cosmovisión bajo un saber hegemónico. Dan paso a la formación de un conocimiento articulado en la complejidad, la incertidumbre y la teoría de juegos. Son especialistas en anticipar y proyectar los riesgos de un sistema que no puede racionalizar todo su espacio de actuación.

Desde tiempos inmemoriales, el poder ha tratado de impedir la crítica, conseguir siempre un «sí» y evitar el «no». La oposición es tolerada, a veces recreada, potenciada e incluso subvencionada. Si se comporta adecuadamente, dócil, disciplinada, y acepta las reglas del juego, se la premia. Muchas autocracias y regímenes totalitarios han desarrollado sus propios partidos de oposición a fin de dotar de legitimidad y consenso el orden político. Igualmente han facilitado cierto tipo de crítica, abriendo espacios limitados, hasta convocar elecciones no competitivas. Francisco Franco en España, sin ir más lejos. El conocimiento hegemónico y sus disciplinas se funden en un todo. A medida que los riesgos son mayores y las posibilidades de seguridad y prevención de los mismos aumentan, tanto como el peligro de una crisis orgánica y sistémica, se produce un rearme ideológico, bajo una nueva perspectiva. Sus saberes se reunifican y «sirven para coordinar ideas y objetivos con los requeridos por el sistema predominante para incluirlos dentro del sistema y rechazar aquellos que no son reconciliables con él. El dominio de tal realidad unidimensional no significa que reine el materialismo y que desaparezcan las ocupaciones espirituales, metafísicas o bohemias. Por el contrario, hay mucho de «oremos juntos esta

semana", "¿por qué no pruebas a Dios?", Zen, existencialismo y modos beat de vida. Pero estos modos de protesta y trascendencia ya no son contradictorios con el statu quo y tampoco negativos. Son más bien la parte ceremonial del behaviorismo práctico, su inicua negación, y el statu quo los digiere prontamente como parte de su saludable dieta»¹⁰.

Las tecno-ciencias y el pensamiento sistémico facilitan el control ideológico de la ciudadanía hasta doblegar y amordazar la crítica, transformando al sujeto en una marioneta sin voluntad ni dignidad. «Lo que la gente ve, lee y escucha, lo que viste, lo que come, los lugares a donde va, y lo que cree estar haciendo, han pasado a ser responsabilidades de un sistema de información que fija gustos y valores en función de sus propios criterios de mercado, los cuales a su vez se refuerzan a sí mismos. En otra época el que fijaba los criterios era el empobrecimiento económico»¹¹. Clausurados por decreto, los futuros contingentes y naturalizada la economía, solo cabe plegarse a los designios de un poder totalitario, donde lo político se reduce a un acto banal, perdiendo su capacidad de construcción de ciudadanía. Los nuevos espacios que abren las tecno-ciencias acaban formando parte de un proyecto de sumisión, en el cual no hay lugar para desplegar las facultades del juicio crítico. El sistema se apropia del pensar hasta controlar cuerpo y alma. Es la unión, por primera vez en el desarrollo del capitalismo, de la biopolítica del cuerpo y la psicopolítica de la mente. Es el comienzo de una nueva etapa en el control del actuar y del pensar.

¹⁰ Marcuse, Herbert, *El hombre unidimensional*, Seix Barral, Barcelona, 1972, p. 44.

¹¹ Schiller, Herbert, *Manipuladores de Cerebros. Mitos, técnicas y mecanismos para el control de la mente*, Gedisa, Barcelona, 1979, p. 189.

CAPÍTULO 4

PODER, SUMISIÓN Y CONTROL DEL CONOCIMIENTO

La idea de habitar un mundo en el cual se logre el sometimiento de la ciudadanía, eliminando la crítica, creando robots alegres, operadores sistémicos y social-conformistas, es uno de los sueños fundantes del totalitarismo. Faraones, césares, reyes y tiranos han buscado instaurar un poder omnímodo, permanente y vitalicio, bajo un régimen de terror, miedo y represión. Apoyándose en la superioridad tecnológica y organizativa, sus prácticas se han reproducido a lo largo de la historia. Las técnicas de control político han evolucionado a medida que el proyecto de sumisión global se ha ido perfeccionando. Hemos pasado de la destrucción total de los pueblos conquistados a una dominación sutil, más efectiva. Sin renunciar por ello a las viejas prácticas, resabios recurrentes de la mentalidad colonial.

Sin embargo, el imperialismo rehúye utilizar la violencia descarnada y directa, en la medida de lo posible. Hoy en día, la opinión pública penaliza la decisión de invadir países, promover guerras espurias o realizar operaciones de castigo. Las invasiones de Irak o Libia, la presencia de tropas en Afganistán y el conflicto en Siria han supuesto un punto de inflexión en esta estrategia. No basta con proclamarse defensor del mun-

do libre para legitimar una acción militar, aunque su aval pro venga del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, se despliegan cascos azules o soldados de la OTAN. El verdadero poder del imperialismo y el capital trasnacional se caracteriza por desarrollar políticas de control del conocimiento y tener la dirección del mismo, sobre todo cuando se trata de definir la orientación de la investigación científica y social. Ciencia y técnica se someten a sus dictados.

Neutralizar alternativas y evitar la articulación de un pensamiento revolucionario es el objetivo. Es más eficiente penetrar la mente y proyectar la dominación mediante ideas fuerza que mantener la opresión a través de ejércitos de ocupación. El poder material del imperialismo es cultural, ideológico, científico y militar. Bajo la fórmula de la esclavitud consentida se expande en todas direcciones y consolida su carácter totalitario. La unidad entre capital financiero e industrial, la constitución de un capital monopólico, facilitó su desarrollo. La era del imperialismo fue posible gracias al proceso de internacionalización del capital, la división internacional del trabajo, la producción y los mercados. El poderío militar de las ex-potencias coloniales pasó a ser un complemento, una medida disuasoria, si el control ideológico-político fracasaba.

Los valores, las normas, las instituciones, la tecnología y la moral de una Europa que condenaba la trata de esclavos en el siglo XIX se proyectaron sobre las clases dominantes de las ex-colonias. El pensamiento ilustrado y emancipador de las revoluciones francesa y americana fue un acicate para los movimientos de independencia, pero tuvo otra cara. Las nuevas élites, ya en el poder político, se identificaron con la cultura del imperialismo. Hablaban francés, inglés o alemán y vestían a la última moda de los gentleman. Tomaban whisky e importaban sus costumbres. Las referencias intelectuales e

ideológicas provenían de autores franceses e ingleses. Salvo excepciones, las oligarquías mostraron total sumisión a los países hegemónicos. Todo fue una mala copia, pero el control político-económico de los países dependientes se garantizó gracias a la subordinación mental de las clases cipayas y la sumisión voluntaria.

Hasta la Segunda Guerra Mundial, Europa no vio cuestionada su hegemonía en el orden mundial. Sin embargo, el triunfo sobre el nazismo y el fascismo tuvo contrapartidas. Por primera vez en la historia, el eje del poder se trasladaba de continente. El nuevo mundo tomaba el relevo. Estados Unidos, otrora colonia de Gran Bretaña, se alza triunfante dejando una Europa endeudada y sometida. Las dos bombas atómicas lanzadas sobre Japón dibujaron otro escenario. El protagonismo de Estados Unidos creció hasta convertirse en el centro de las decisiones a nivel internacional. La Guerra Fría fue un campo de batalla en el que se enfrentaron Estados Unidos y sus aliados con la Unión Soviética y los países de su órbita. Cada bloque buscó obtener la superioridad militar mediante el control del conocimiento. Ambos emprendieron un camino en el cual la investigación científica y los avances tecnológicos cobraron relevancia para sus objetivos de dominación política. El desarrollo de las ciencias sociales se potenció para dirigir los procesos de cambio social y apuntalar los regímenes políticos. Disciplinas como la sociología, la ciencia política, la geopolítica, la psicología, la antropología, la economía, la historia o la filosofía fueron armas de primer nivel. El proceso de producción de conocimiento fue instrumentalizado para doblegar el pensamiento crítico. Hubo pensamiento oficial y doctrinas institucionales. Todo estaba delimitado. Las reglas del juego eran claras: no podía existir la crítica más allá de lo tolerado institucionalmente. Para ambos bloques,

sus académicos, intelectuales y creadores estaban obligados a cumplir las reglas so pena de sufrir represión.

Hubo un desarrollo sin precedentes de nuevas disciplinas articuladas en aras del control de las formas de pensar y actuar. Los centros destinados al estudio del funcionamiento de la mente y los mecanismos de sumisión al poder se multiplicaron. Las neurociencias comenzaban su andadura. La cibernética y la informática dieron un paso de gigante. En la Unión Soviética, el estudio de las ciencias sociales se convirtió en cauce destinado en exclusiva a la formación de la nomenclatura. El acceso a las escuelas y facultades de sociología y ciencia política, al igual que en el caso de otras ramas del pensamiento, se limitó a los miembros destacados del partido. Sus jóvenes dirigentes eran premiados, incorporándolos a sus aulas.

En Estados Unidos, por el contrario, no hubo restricciones. Las universidades abrieron sus puertas a todo aquel interesado en estudiar ciencias sociales. Sin embargo, fueron igualmente instrumentalizadas para fundamentar la primacía del capitalismo y fortalecer los argumentos ideológicos contra las doctrinas socialistas, el marxismo y el pensamiento crítico. Sus enseñanzas estaban en consonancia con el poder político. No había disfunción.

En ambos bloques de poder, la teoría social formó parte del juego de dominación social. La crítica se aceptó si el destino era descalificar al enemigo. La mano se cerraba cuando el análisis cuestionaba la política internacional o ponía en entredicho las actuaciones gubernamentales. Se trataba de amordazar el pensamiento en todas sus dimensiones. No hubo descanso en esta labor. Para mantener controlada la protesta social, los servicios de inteligencia se infiltraron en todo aquel movimiento, organización o universidad que pudiera ser contestatario. A la par, se crearon instituciones para la difusión

de su cultura. Se compraron intelectuales, se crearon revistas y editoriales, se sobornó académicos. Los problemas se hicieron patentes cuando la persecución política se generalizó, afectando al desarrollo mismo de las ciencias sociales y destapando agendas y planes secretos¹.

Encasillar el conocimiento para justificar un orden político requirió de una nueva organización de la investigación social y científica y, con ello, de la creación de una agenda de prioridades, la compartimentación de saberes y la financiación selectiva de proyectos. El científico social dejó de ser un individuo aislado dentro de su despacho universitario. Su tarea se vinculó a los objetivos de la dominación y el control del saber teórico. Emergieron los grupos de trabajo interdisciplinar. El pensamiento fue dirigido y cualquier desviación penalizada, aislada o considerada irrelevante. Norbert Wiener, uno de los grandes matemáticos y científicos estadounidenses del siglo xx, fundador de la cibernética, describió la nueva situación de las ciencias en su ensayo *Inventar*. En él, subrayaba: «El gran laboratorio actual, tanto si pertenece a una organización corporativa como a una agencia gubernamental, tanto si es estadounidense como soviético, tanto si su propósito (confesado o no) es obtener beneficios como si es responder a las demandas de una burocracia, está dedicado por lo general a la realización de una tarea específica. Esta tarea está planificada de alguna manera y subdividida en tareas subordinadas, cada cual dentro del dominio de algún especialista. Estos especialistas son contratados fundamentalmente por su competencia en ciertos campos limitados, de los cuales no tie-

¹ En este sentido puede consultarse la excepcional obra de Frances Stonor Saunders, *La CIA y la guerra fría cultural*, Debate, Barcelona, 2001. En ella se recogen todas las acciones que se financiaron en el ámbito de las ciencias sociales, el arte la literatura, el cine y la música con el fin de proyectar la superioridad del capitalismo.

nen por qué salirse ni siquiera para satisfacer su curiosidad. De este modo se evita que pierdan el tiempo. En un gran proyecto, el tiempo probablemente equivale a una considerable cantidad de dinero, y la más ligera desorganización no solo consumirá el tiempo del investigador individual, sino que sembrará la confusión. Por otra parte, el secretismo mantenido por tales organizaciones, de puertas afuera y de puertas adentro, es más que nada una cuestión de temor. En el caso del gobierno, el principal temor es el de una traición que proporcione posibles armas a un enemigo potencial o real. En el caso de una empresa, el análogo del gobierno extranjero es la competencia»².

En esas lides, Estados Unidos ganó terreno, convirtiéndose en un referente en la producción de ciencia, conocimiento y divulgación científica. Sus universidades, centros privados de formación de las élites, se transformaron en receptáculo de «cerebros» de todo el mundo. La carrera por controlar y acotar el pensamiento crítico se decantó a favor de Estados Unidos. El complejo militar-industrial y tecnológico-jurídico, cuya expansión tuvo lugar gracias a la industria armamentística, facilitó la cobertura financiera. Científicos de cualquier procedencia fueron cooptados por el establishment estadounidense. Se transformó el ejercicio de la ciencia y el conocimiento, quedando sometido a la dictadura de los fondos de investigación y la agenda del poder. Una visión instrumental del saber y la creación intelectual se abre camino. Sin fondos no hay ideas, ni pensamiento.

Mientras tanto, en otro orden de cosas, el proyecto vital de los Estados Unidos se expande por el planeta. En menos de un siglo, *el destino manifiesto*, mito político del expansionismo es-

² Wiener, Norbert, *Inventar. Sobre la gestación y el cultivo de las ideas*, Tusquets, Barcelona, 1995, pp. 121-122.

tadounidense, se despliega por el mundo. Desde la guerra fría, su concepción de democracia, de la economía, de las ciencias sociales, de la vida o de la materia, hasta sus gustos y su dieta alimentaria, ganan terreno. Con la caída del muro de Berlín, la difusión de ese *destino* se acelera y permea las viejas repúblicas socialistas, reconvertidas al capitalismo neoliberal. En la mayoría de las capitales y principales ciudades del mundo nos encontramos con multitud de locales que exhiben los anagramas de las cadenas expendedoras de comida rápida y sus salones de café. Asimismo, los habitantes de los lugares más remotos y aislados del planeta, con acceso a la televisión, se sientan ante la pantalla para ver desfilan en su programación diaria la forma de vida americana. Sus series de televisión, concursos, reality shows o acontecimientos deportivos son los más vistos por la audiencia. Su cuota de pantalla supera el 80 % de lo emitido en un día. Asimismo, su prensa y sus agencias de noticias se consideran ejemplo de imparcialidad, de buen hacer periodístico, convirtiéndose en criterio de autoridad para los profesionales de los medios. Por no hablar del lenguaje informático, de los sistemas de hardware y los programas de software empleados por millones de personas delante de sus ordenadores personales. Dos compañías monopolizan el mercado, Microsoft y Apple. Igualmente, el buscador más importante, Google, cotiza en el NASDAQ. Las grandes compañías de tarjetas de crédito pertenecen a grandes fondos de inversión. Y dos de las tres agencias más importantes de calificación de riesgo son estadounidenses, Standard & Poor's y Moody's. La lista puede ampliarse al mundo del cine, el arte, la literatura, sin olvidarnos de las ventas en internet, donde Amazon controla el mercado.

Con todo ello se consolida un comportamiento cultural neocolonial en el que la pluralidad de culturas y saberes cede paso a la uniformidad totalitaria y a lo políticamente correcto.

Es la macdonalización del mundo, bajo la cultura Walt Disney. De esta forma, Estados Unidos logra una dominación global, controla el proceso de toma de decisiones mientras sus aliados se transforman en agentes subordinados y dependientes. En otros términos, el poder de la cultura estadounidense se presenta como un espacio de *dominación y disciplina*. En esta dimensión distribuye el conocimiento de manera asimétrica. El capitalismo transnacional encuentra en ello motivo suficiente para desentenderse de cualquier propuesta democrática. No otra ha sido su justificación para cometer golpes de estado, acosar proyectos emancipadores en el tercer mundo o desestabilizar gobiernos con el apoyo y complicidad de sus aliados.

La construcción de un poder social y político despojado de dominación ha sido defendida por los movimientos sociales y políticos populares. Igualmente, la alternativa democratizadora de los saberes y el conocimiento, condición sine qua non para una emancipación mental y política, solo es posible si cabe «[...] construir un Estado que podríamos llamar plural, es decir, un Estado que admira una multiplicidad de culturas, de formas de vida distintas, de razas diferentes. Sería un estado diferente al Estado "homogéneo", el cual, siguiendo una concepción calcada en muchos países de la modernidad occidental, admite una cultura predominante, una lengua común, un solo orden legal, un único poder político. En la igualdad ante la ley, un Estado homogéneo rechaza, de hecho, a todos los que tienen otra cultura, a los que siguen formas de vidas y fines y valores diferentes al grupo dominante. Frente a la idea del estado homogéneo, se presentaría la de un estado plural, es decir, un Estado que reconociera la pluralidad de culturas en su seno»³. En la medida en que el saber y el conocimiento son

³ Villoro, Luis, *La alternativa*, FCE, México, 2015, p. 44.

secuestrados por la élite en el poder, las formas de actuación democrática palidecen. Mientras el *régimen político controle* el acceso al conocimiento no hay alternativa democrática. Los saberes se institucionalizan y pierden su capacidad subversiva hasta el punto de transformarse en dogmas. Asimismo, el conocimiento muta en un saber cosificado, bajo el principio de objetividad y modelo neutral-valorativo, asegurando la reproducción de una teoría acrítica.

Obedecer exculpa del castigo, negarse puede suponer la muerte. Entre ambas opciones hay un sinnúmero de posibilidades. Sin embargo, la pasividad, el consentimiento y el deseo de no ser castigado constituyen un mecanismo de defensa para justificar la sumisión al poder. Es el miedo a manifestar el desacuerdo lo que termina trastocando la prudencia en cobardía. Construir un orden sumiso y complaciente forma parte de una razón cultural totalitaria. Los hornos crematorios del Tercer Reich funcionaron a plena luz del día. Cuando se encendía, el olor a carne humana alcanzaba a los pueblos cercanos, pero los alemanes corrientes prefirieron agachar la cabeza, cerrar los ojos y taparse la nariz. Sabían de la existencia de los campos de concentración y de sus fines. No protestaron, ni alzaron la voz. Se encontraban cómodos, compartían el proyecto vital de dominación nazi. Mientras el Tercer Reich fue la seña de identidad del pueblo alemán, sus gentes fueron disciplinadas, obedientes y sumisas. Nadie se llamó a engaño. El genocidio fue un acto consentido. La mayoría se apuntó al partido nazi, a sus juventudes y organizaciones de masas, siendo activos militantes en la difusión de su ideología.

«La revolución nazi [...] tuvo dos ideas clave fundamentales que estaban relacionadas: una empresa destructiva, que fue la revuelta total contra la civilización, y una empresa constructiva, que consistió en un intento singular de formar

un hombre nuevo, un nuevo cuerpo social y un nuevo orden nazificado en Europa y más allá. Era una revolución insólita porque en la esfera doméstica tuvo lugar, aun a pesar de la represión política de la izquierda en los primeros años, sin coacción y violencia generalizadas. La revolución fue ante todo la transformación de las conciencias, la inculcación en los alemanes de un nuevo carácter distintivo. En general, fue una revolución pacífica a la que accedió de buen grado el pueblo alemán. En la esfera doméstica, la revolución nazi alemana fue, en su conjunto, consensuada»⁴. Mientras Hitler y el partido nazi no encontraron obstáculos, el odio racional, el discurso identitario de pertenecer a una raza elegida, superior cultural y étnicamente, no fue problema. Al contrario, fue la solución final.

⁴Goldhagen, Daniel Jonah, *Los verdugos voluntarios de Hitler. Los alemanes corrientes y el holocausto*, Taurus, Barcelona, 1988.

CAPÍTULO 5

VIOLENCIA, DISCIPLINA Y MITOS POLÍTICOS

Max Weber, sociólogo por excelencia del estudio de las formas de dominación política, llevó el análisis del poder social a su radicalidad, al tiempo que propuso una definición de la dominación basada exclusivamente en «la probabilidad de encontrar obediencia para un mandato por parte de un conjunto de personas que, en virtud de actitudes arraigadas, sea pronta, simple y automática [...] —además de— enlazar un sentido de obediencia habitual [...] sin resistencia ni crítica»¹.

Por consiguiente, si el poder político se asienta en un hecho probabilístico, dicha probabilidad debe crear fuertes bases ideológicas para su viabilidad; de lo contrario, la posibilidad de lograr obediencia habitual se reduce al mínimo, poniendo en cuestión el orden social. En un equilibrio inestable, la dominación puede oscilar entre un régimen consensuado y un orden político donde la violencia asume el protagonismo y se generaliza. Las dictaduras militares, las autocracias y el despotismo se caracterizan por un uso continuado y permanente de la fuerza. El Sha de Irán, Pinochet, Videla, Idi Amin o Stroessner fundaron su régimen en el terror y el miedo. Mientras lo

¹Ibid., p. 43 y ss.

ejercieron omnímodamente, la resistencia fue silenciada y la divergencia reprimida. Sin embargo, eran sistemas frágiles, cuya capacidad de sobrevivencia radicaba en el control tiránico de su población. La violencia copaba todos los espacios de la vida cotidiana y su visibilidad era un elemento de socialización.

Invisibilizar los aparatos represivos, ocultar los medios de control social, justificar la utilización de la violencia en defensa de la patria o la seguridad nacional constituyen mecanismos de consenso. El poder se sirve de la necesidad ciudadana de sentirse protegida para establecer límites nebulosos entre la razón de estado y la ley. Los vuelos que durante la segunda guerra del Golfo transportaban prisioneros detenidos ilegalmente hacia Guantánamo, utilizando aeropuertos civiles en sus escalas, suscitaron reprobación, no contaron con el beneplácito de la mayoría. Las dudas sobre su legitimidad fueron silenciadas con un acuerdo generalizado de los gobiernos afectados, que condenaron formalmente su existencia, al tiempo que los justificaron con el salvoconducto de la lucha anti-terrorista y la necesidad de conseguir información al precio que fuera, aunque ello supiese violar el orden internacional y los derechos humanos de los detenidos. «Lo que coloca a la seguridad y la ética en mutua oposición de principios es el contraste entre la conflictividad y la comunión: el impulso de separar y excluir, que es endémico a la primera, versus la tendencia unificadora constitutiva de la segunda. La seguridad genera un interés en detectar riesgos y seleccionarlos para su eliminación y por tal motivo elige fuentes potenciales de peligro como blancos de la acción exterminadora «preventiva», que se lleva a cabo de forma unilateral. Los blancos de esta acción, asimismo, se excluyen del universo de la obligación moral. A los individuos y grupos o categorías de individuos se les

niega la subjetividad humana y se les presenta como objetos puros y simples, situados de modo irrevocable en el extremo receptor de la acción. Se convierten en entidades cuya sola relevancia para quienes aplican las «medidas de seguridad» en favor de aquellos cuya seguridad se presume o se declara bajo amenaza, es la amenaza que esos individuos o grupos ya constituyen, podrían constituir o podrían ser creíblemente acusados de constituir. La negación de la subjetividad descalifica a los blancos seleccionados como potenciales interlocutores en el diálogo: cualquier cosa que digan, o que hubieran dicho de habérselos otorgado voz, se declara a priori irrelevante, si es que siquiera se la escucha»².

La falta de hegemonía política, de dominación consensuada, a la hora de legitimar las decisiones políticas, puede derivar en la destrucción de las instituciones sobre las cuales se asienta el orden social. En la actualidad, asistimos a un conjunto de situaciones donde la deriva de tal fenómeno se expresa en la emergencia de estados fallidos o canallas, administrados por señores de la guerra, castas, crimen organizado o mafias. El estado no logra articularse como institución capaz de orientar desde lo colectivo los intereses de clase. Aumentar la legitimidad del orden social potencia, al tiempo que favorece, la cohesión del proyecto político de dominación. En este sentido, elaborar un relato unificador sobre el cual levantar un proyecto de identidad nacional se torna imprescindible. Conseguido requiere sumar un conjunto de factores cuya urdimbre se teje en forma de mitos políticos. Las constituciones respondan a este momento fundacional del estado. Su objetivo no consiste en definir normas jurídicas; más bien se trata de

² Bauman, Zygmunt, *Daños colaterales. Desigualdades sociales en la era global*, FCE, España, 2011, p. 83

dar cohesión a un orden de dominación bajo valores, normas e instituciones capaces de proporcionarle identidad colectiva a un proyecto político de clase. Igualmente, se trata de mitos cuya urdimbre religiosa les confiere ese aspecto divino que los entronca con la teología política.

La creación del mito político comporta la elaboración de un relato ad hoc con el que se definen los contenidos de la dominación social de una nación, desde su origen y desarrollo hasta las políticas imperialistas sobre las cuales puede sustentarse su expansión ideológica, cultural y territorial. Históricamente dos ejemplos nos pueden ayudar a comprender su valor: 1) El mito político de la fundación de Roma, por los gemelos Rómulo y Remo, amamantados por una loba. La acción de Rómulo, tras dar muerte a su hermano, desplegará sobre la ciudad todo su poder, poblándola, ganando guerras y desarrollando instituciones. Su reinado marca el punto de inflexión para consolidar el imperio romano. 2) El mito de la superioridad étnico-racial de España, cuya identidad se asienta en la conquista de América, la expulsión de moros y judíos y el triunfo de los Reyes Católicos, que culmina la reconquista del territorio peninsular. El mito de la superioridad étnico-racial facilitó y consolidó el sistema colonial. La cruz y la espada fueron símbolos de la corona para legitimar el genocidio y el etnocidio en nombre de Dios y la Corona. España entra en la modernidad bajo este mito político. Si fuera de otro modo no podríamos entender que el día de la celebración de la identidad nacional sea el 12 de octubre de 1492.

Ernst Cassirer, uno de los grandes filósofos del siglo xx, escribió sobre la importancia de los mitos políticos en el proceso de construcción de una cultura. En su obra *El mito del estado* subraya la función que cumplen, al tiempo que destaca

que no surgen por generación espontánea, sino que forman parte de una premeditada acción de las élites hegemónicas en aras de consolidar la dominación política: «Los nuevos mitos políticos no surgen libremente, no son frutos silvestres de una imaginación exuberante. Son cosas artificiales, fabricadas por artífices muy expertos y habilidosos. Le ha tocado al siglo xx, nuestra gran época técnica, desarrollar la técnica del mito. Como consecuencia de ello, los mitos pueden ser manufacturados en el mismo sentido y según los mismos métodos que cualquier otra arma moderna, igual que ametralladoras y cañones. Esto es una cosa nueva, y una cosa de importancia decisiva. Ha mudado la forma entera de nuestra vida social. Fue en 1933 cuando el mundo empezó a preocuparse algo respecto al rearme de Alemania, y de sus posibles repercusiones internacionales. Pero, de hecho, este rearme había empezado muchos años antes, aunque pasara casi inadvertido. El verdadero rearme empezó con la aparición y el auge de los mitos políticos. El rearme militar posterior era tan solo una complicidad posterior al hecho; pero el hecho era un hecho consumado mucho antes. El rearme militar era solamente la consecuencia necesaria del rearme mental producido por los mitos políticos»³.

En este orden de cosas, los mitos políticos forman parte de la lucha por apropiarse del conocimiento. Proponen una cosmovisión integradora a la población, sobre la cual proyectan su efecto socializador. Cuando esto ocurre estamos en presencia de mitos de dominación primigenia. Sobre ellos recae una labor constituyente. Cumplen la función de transferir la violencia pre-política, en manos de la sociedad civil, a la sociedad política, facilitando el advenimiento del pacto social. Trasfor-

³ Cassirer, Ernst, *El mito del Estado*, FCE, México, 1974, pp. 333-334.

man la fuerza en violencia legítima. Dotan de legitimidad a las instituciones, a la par que garantizan su monopolio. No hay estado contemporáneo en el cual no exista un relato constituyente regulador de las relaciones de dominio y disciplina. Su cuestionamiento se produce cuando el relato se debilita y no consigue mantener el consenso. Cuando acontece tal situación de crisis, se recurre a la creación de nuevos momentos fundacionales, reasentando el pacto social, redefiniendo los valores, generando nuevos principios ideológicos sobre la base de nuevos mitos. Son los procesos constituyentes que refuerzan las dimensiones de la identidad nacional, tanto como definen el papel del estado.

Las políticas neoliberales de los años setenta del siglo pasado están fundadas en mitos constituyentes. La economía de mercado y su mano invisible, las leyes de la oferta y la demanda son su relato. Es ciertamente una cuestión de fe, de fe teológica, la creencia en la capacidad del mercado para organizar un orden complejo articulado bajo el principio del capital, la empresa privada y los valores del egoísmo pragmático. Su papel ha sido fundamental para legitimar la reforma del estado, sintetizada en tres aspectos: i) la modernización del proceso de gobierno o gestión pública, redefiniendo las funciones estatales en lo económico y lo social, privatizando, desregulando, descentralizando; ii) la reforma del régimen político, consistente en redefinir la división de poderes y los sistemas electorales mayoritarios y iii) el nuevo diseño del ámbito normativo de lo público y lo privado.

Bajo este mito fundante es posible comprender los cambios introducidos en las estructuras de dominación capitalistas o el papel asignado al conocimiento de la economía de mercado, así como la emergencia de las doctrinas ideológicas de encubrimiento. Me refiero a los valores que subyacen a

pensar la economía como ciencia natural, auto-regulada, donde los factores sociales que la definen y dan sentido son sustituidos por «leyes divinas» a las cuales se somete. Los saberes y disciplinas se reconvierten para poder explicar tal mutación. Desde la sociología, la ciencia política, la historia, la antropología o la filosofía. Lo que parece no ser cuestionado en este mito fundador, sean cuales sea las reformas asignadas al estado, es su papel como garante de la paz social, al tiempo que su uso indiscriminado de la fuerza. Sin obviar los claroscuros de las torturas y la violación del habeas corpus, mantiene irreflexivo el monopolio de la violencia legítima, lo cual no impide que en determinadas áreas sus competencias sean delegadas a la iniciativa privada por medio de contratos de «prestación de servicios» con los que se encomiendan a empresas de seguridad labores de vigilancia en aeropuertos, universidades, centros comerciales, espectáculos, etc.

Por otro lado, tenemos un segundo nivel en la formación de mitos políticos. Son los mitos expansivos. Su papel, abrir la puerta a relatos complementarios. Van a rebufo de los mitos constituyentes y refuerzan los mecanismos de dominación, revalidando el orden social. «En este terreno aparecen las racionalizaciones y las ideologías y los valores que deforman u ocultan los verdaderos objetivos que se buscan. Marcan la frontera entre lo permitido y lo prohibido. Ponen cotas, direccionando el conocimiento, articulando los llamados nuevos complejos de poder, en los que se proyectan los campos de conocimiento hegemónicos como «unidades integradas que constituyen el poder detrás del Estado». Muchos engaños y autoengaños se ocultan a los propios actores e investigadores, por no decir a los competidores o a las víctimas actuales y potenciales, a quienes se debilita y hace perder eficacia mediante políticas de desinformación, de desorganización, de pérdida

de sentido de la realidad, de conformismo, desentendimiento, desidia mental y material, virtual y real»⁴.

Ambos mitos, constituyentes y expansivos, configuran el proceso de socialización, dando sentido a las formas que adopta la cohesión social en cada momento histórico del desarrollo del orden de dominación. En tanto mitos actúan en la fundación territorial de identidades autónomas e independientes, como una trasfiguración política del poder. Al referirse al papel de los mitos políticos, Manuel García Pelayo, teórico constitucionalista, exiliado español durante la dictadura franquista, y después Presidente del Tribunal Constitucional, señalaba lo siguiente: «Mas como no hay unidad política sin poder, como el poder implica una relación de mando y de obediencia, y como el poder ha de ejercerse por el hombre, resulta, entonces, que hay que dar a ese hecho un sentido o una forma que lo trasfigura, hasta hacerle perder su carácter de dominación interhumana. En el desarrollo de esta pretensión, la historia del pensamiento político ha creado unas fórmulas de trasfiguración que, valederas para unas situaciones históricas, se convierten en inoperantes para otras, al descubrirse que tras ellas sigue ocultándose el aborrecido poder del hombre sobre el hombre, y entonces otras fórmulas han de venir a cubrir el vacío abierto por a falta de convicción en las existentes»⁵.

Si la política se reconoce como un campo de fuerzas donde se disputan el horizonte histórico y las alternativas de futuro, los mitos políticos ejercen un papel regulador. De su consistencia

⁴ González Casanova, Pablo, «Capitalismo corporativo y ciencias sociales», conferencia inaugural, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, CLACSO, México, 2012.

⁵ García Pelayo, Manuel, *Los mitos políticos*, Alianza, Madrid, 1981, p. 38.

depende la capacidad para mantener la cohesión social. Los mitos, auténticas armas políticas en manos de la clase dominante, facilitan racionalizar y fortalecer un relato histórico de manera rápida, sencilla e inmediata. Al decir de Weber, sin resistencia; de lo contrario, la violencia perdería legitimidad.

Es conocida la importancia de un cierto relato político, construido como mito, que las sociedades «occidentales» han puesto en circulación para protegerse y defender su idiosincrasia frente al otro. Desde la xenofobia al racismo, el extranjero ha sido demonizado hasta permitir su destrucción. Hoy lo vemos en las decisiones políticas de la Unión Europea frente a los emigrantes. Cierra fronteras, los expulsa con la excusa de no tener papeles, no porque sean refugiados políticos. Sin posibilidad de entrar al mundo «culto y civilizado» de Europa occidental, son repatriados a sus países de origen o confinados en centros de reclusión hasta cumplir las sentencias de expulsión. «Solo quedan los muros, el alambre espinoso, las puertas vigiladas, los guardias armados. Son estas las cosas que definen la identidad de los refugiados o mejor; las que acaban con su derecho a autodefinirse, aún más, a autoafirmarse. Todos los desperdicios, incluidos los humanos, tienden a amontonarse de forma indiscriminada en el mismo basurero. El acto de asignar la categoría de desperdicio acaba con las diferencias, las individualidades, las idiosincrasias. El desecho no necesita finas distinciones ni sutiles matices, a menos que esté destinado al reciclaje; pero las posibilidades que tienen los refugiados de ser reciclados como miembros legítimos y reconocidos de la sociedad son, como mucho, vagas e infinitamente remotas. Se han tomado todas las medidas para garantizar la permanencia de su exclusión. Personas sin atributos han sido depositadas en un territorio sin denominación, mientras que se han bloqueado para siempre los cami-

nos que llevan a lugares con significado y a los sitios en los que pueda forjarse, y se forjan a diario, significados socialmente legibles»⁶.

La nueva situación a la que se enfrentan los inmigrantes, los refugiados políticos que huyen de guerras incentivadas por el complejo militar-industrial para adueñarse de materias primas, y desarticular culturas milenarias, el robo de su memoria, de su historia, responde, en suma, a una versión modificada del mito expansivo del «enemigo interno». No es posible abrir las fronteras a quienes pretenden destruir y corroer las instituciones democráticas. El que antes era subversivo y comunista, infiltrado en los espacios de la vida social y política, hoy es adjetivado como terrorista musulmán yihadista. Esta caricatura permite aunar voluntades y facilita la emergencia de partidos neoconservadores abiertamente xenófobos y racistas, con apoyo nada despreciable de la población.

Las sociedades se enfrentan a un enemigo que los desorienta, que les crea pánico, que les hace entrar en estado de ansiedad. Es este el caldo de cultivo propicio para emprender acciones destinadas a bombardear a la ciudadanía con relatos ideológicos centrados en la emergencia de una guerra de civilizaciones. El enemigo interno se despliega en todas las direcciones posibles, no hay espacio que no controle, donde no esté presente o ejerza su actividad destructora. Poblaciones enteras han sido seducidas por este mito político. Su plasticidad y su versatilidad ideológica es una excelente arma psicosocial de control de masas si se trata de lograr la criminalización de la diferencia, la censura del pensamiento y las restricciones en los derechos civiles. En nombre de la seguridad nacional, el mito

⁶ Bauman, Zygmunt, *Tiempos líquidos. Vivir una época de incertidumbre*, Tusquets, Barcelona, 2017, p. 62.

del enemigo interno es tremendamente eficaz en su dimensión reguladora. Asimismo, un discurso asentado en el miedo facilita que todo acto de violencia del estado se convierta en una acción protectora hacia el ciudadano, pese a instalarse directamente en la razón del estado, cuyo objetivo es aislar y desarmar el pensamiento crítico. Cuando las sociedades entran en un estado de pánico colectivo, las libertades políticas se verán restringidas. Una sociedad en guerra total censura la información, cercena el conocimiento e impide la crítica al poder, buscando una total anuencia a sus decisiones, como un mecanismo de cerrar filas frente al enemigo interno.

Recordemos que el compromiso del intelectual cobra sentido en la crítica a la razón de estado. Émile Zola inaugura el tiempo del pensamiento subversivo en su contra. Desentraña la manipulación, falsedad y burla de la justicia por parte del Estado francés. Su manifiesto *Yo acuso*, condenando en el caso Dreyfus la actuación de jueces, instructores, fuerzas armadas y poder político —ministros y presidente incluidos—, fue un punto de inflexión. Zola fue insultado, considerado un antipatriota, censurado y llevado a juicio. Su actitud de repudio a la razón de estado acabó con su prestigio y le obligó a exiliarse. A su regreso a Francia, muere en extrañas circunstancias. Sin embargo, dejó constancia de la mentira y la manipulación. Así se expresaba: «Cada mañana, al leer lo que tú parece pensar de este lamentable caso Dreyfus, aumenta mi estupor y mi razón se rebela aún más. ¿Eres tú, Francia, la que está ahí, formando tus convicciones con las mentiras más evidentes, enfrentándote en compañía de una turba de malhechores a algunas personas honradas, enloqueciéndote con el pretexto imbécil de que se insulta a tu ejército y que se conspira para venderte a tu enemigo, cuando el deseo de los más sabios, los más leales de tus hijos es, por el contrario, que sigas siendo,

ante los ojos de Europa, la nación de honor, la nación de la humanidad, de la verdad y la justicia? Es verdad que la gran masa está ahí, sobre todo la masa de los modestos y humildes, la gente de las ciudades, casi todas las provincias y todos los campos, esta mayoría considerable formada por cuantos aceptan la opinión de los periódicos o de los vecinos, que carecen de medios para documentarse o reflexionar. ¿Qué ha pasado pues?, ¿cómo ha podido Francia, tu pueblo de buen corazón y sentido común llegar a esa ferocidad del miedo, a estas tinieblas de la intolerancia? Se le ha contado que un hombre posiblemente inocente sufre la peor de las torturas, que hay pruebas materiales y morales, que es necesaria una revisión del proceso, y he aquí que rechaza violentamente la luz, que se alinea detrás de sectarios y los bandidos, detrás de gente cuyo interés es dejarlo reducido a cadáver, jese mismo pueblo que aún no hace mucho habría asaltado de nuevo la Bastilla para sacar a un prisionero! ¡Qué angustia y qué tristeza, Francia, en el alma de aquellos que te aman, que quieren tu honor y tu grandeza! Me asomo con aflicción a ese mar turbio y encrespado de tu pueblo, y que me pregunto dónde están las causas de la tempestad que amenaza con asolar tu mejor gloria. No hay nada que tenga una gravedad más mortal, y veo ahí síntomas inquietantes. Osaré decirlo todo, pues solo he tenido una pasión en mi vida, la de la verdad, y aquí no hago más que proseguir mi obra. ¿Te has dado cuenta de que el peligro está justamente en las tercas tinieblas de la opinión pública? Cien periódicos repiten a diario que la opinión pública no quiere que Dreyfus sea inocente, que su culpabilidad es necesaria para la salud de la patria. ¿Advertes hasta qué punto serías culpable si ese sofisma se utilizase, de forma destacada, para ahogar la verdad? Sería Francia la que lo habría querido, eres tú la que habrías exigido el crimen y ¡qué responsabilidad! Por lo tanto,

aquellos de tus hijos que te honran y te aman, Francia, en esta hora aciaga, solo tienen un deber candente, el de actuar poderosamente sobre la opinión pública, iluminarla, conducirla, salvarla del error al que las ciegas pasiones le empujan. *No hay nada más útil, no hay labor más agradable que esta*⁷.

Resulta aleccionadora la situación descrita por Zola a la hora de visualizar cómo se puede construir una opinión pública, manipularla y hacerla parte del juego político de la legitimidad de una decisión a todas luces injusta. Salvando las distancias, algo similar sucederá en Chile, el 11 de septiembre de 1973, con el golpe de Estado que acabará con el gobierno de la Unidad Popular y con su presidente, Salvador Allende, quien se suicidó en La Moneda después de resistir largas horas de asedio militar. Durante los tres años del gobierno popular (1970-973), la desestabilización, la mentira política, el sabotaje y la guerra psicológica e informativa sentaron las bases para legitimar el pusch militar. Para la opinión común, el gobierno de Salvador Allende debía ser derrocado y la paz restablecida. Así lo recuerda el juez Juan Guzmán Tapia, el mismo que el 11 de septiembre dice brindar con champagne por la caída del gobierno constitucional, pero que en 1998 comenzará a instruir los procesos criminales contra Augusto Pinochet. Veamos cómo vivió ideológicamente el momento del golpe: «Con vencidos de que se había evitado lo peor, no éramos conscientes de que, en realidad, lo peor estaba por venir [...] Destapamos una botella de champaña antes de desayunar. Brindamos por el fin de la pesadilla, esos tres años de escasez socialista que queríamos olvidar de prisa. Al llevarme la copa a los labios, estaba lejos de imaginar que una repre-

⁷ Zola, Émile, «Carta a Francia», en *Yo Actúo*, El Viejo Topo, Barcelona, 1998, pp. 65-67.

sión implacable se abatiría sobre Chile durante largos años. Habían aplastado el derecho y la justicia, los valores en que entonces más creía, y yo alzaba la copa. Las grandes convulsiones políticas nos suelen cegar y nos hacen perder de vista nuestros marcos de referencias»⁸.

Socializar en la violencia política requiere una labor pedagógica de hondo calado. Para ello, las instituciones educativas son el vaso comunicante. Desde el orden político-económico se elabora un relato destinado a doblegar las conciencias. Planes y programas de estudio tienen esa función socializadora. Si lo referimos a la actualidad, fortalecer los valores de la economía de mercado. No puede haber cortocircuito. Niklas Luhmann, sociólogo por excelencia de la teoría de sistemas y defensor de la economía de mercado, sugiere que en esta fase de control de pensamiento nos relacionemos con el poder como si se tratase de un medio de comunicación: «Y precisamente en esto consiste la función del poder: asegura las cadenas posibles de efectos, independientes de la voluntad del participante sujeto al poder, lo deseé o no. La causalidad del poder consiste en neutralizar la voluntad, no necesariamente en doblegar la voluntad del inferior. La función del poder consiste en la regulación de la contingencia. Como cualquier otro código de medios, el código del poder se relaciona con una discrepancia posible —no necesariamente real— entre las selecciones del alter y ego: acaba con la discrepancia [...] Precisamente por esto es por lo que el poder solo se entiende como un medio de comunicación simbólicamente generalizado. El hecho de desarrollar formulaciones abstractas por medio de complejos de selección controlados simbólicamente, al mis-

mo tiempo asegura que el poder no se considere como algo dependiente de la acción directa, o una interferencia por parte del poseedor del poder sobre la persona sujeta al poder»⁹.

El sistema despoja al sujeto de su voluntad, posibilitando la sumisión del cuerpo y de la mente. Es la unidad entre la biopolítica y la psicopolítica. Razón suficiente para separar la violencia irracional del poder legítimo. Así, la violencia la condenamos y rechazamos cuando no hay explicación plausible ni existen atenuantes. Brutalidad policial, maltrato doméstico, cualquier actividad puede irradiar violencia irracional. En todos los casos, la respuesta será siempre una, la condena y rechazo. El estado puede ser arbitrario, pero nunca actuar impunemente. Las sanciones por su abuso están tipificadas. Pero no consideramos actos de violencia leyes represivas, recortes salariales, el despido libre o la pérdida de derechos políticos. «Una de las distinciones más obvias entre poder y violencia es que el poder siempre precisa el número, mientras que la violencia, hasta cierto punto, puede prescindir del número porque descansa en sus instrumentos. Un dominio mayoritario legalmente restringido, es decir, una democracia sin constitución, puede resultar muy formidable en la supresión de los derechos de las minorías y muy efectiva en el ahogo del disenso sin empleo alguno de la violencia. Pero eso no significa que poder y violencia sean iguales»¹⁰.

Los nuevos relatos de los mitos expansivos proyectan una actitud complaciente del sujeto hacia el poder. Son los llamados *storytelling*, cuyo principio «no trata solo de contar historias a los asalariados, de ocultar la realidad con un velo de funciones engañosas, sino también de compartir un conjun-

⁸ Guzmán Tapia, Juan, *En el borde del mundo. Memorias del juez que procesó a Pinochet*, Anagrama, Barcelona, 2005, p. 81 y ss.

⁹ Luhmann, Niklas, *Poder*, Anthropos, Barcelona, 1995, pp. 18-19.

¹⁰ Arendt, Hannah, *Sobre la violencia*, Alianza, Madrid, 2006, p. 57.

to de creencias capaces de suscitar la adhesión o de orientar los flujos de emociones; en resumen, de crear un mito colectivo constrictivo: las historias pueden ser prisiones. Una vez inscritos en las historias, con unos personajes y una intriga, estamos implicados con otros que esperan que reaccionemos, hablemos y evolucionemos de una cierta manera. En la familia, interpretamos ciertos papeles, tenemos ciertos guiones que se repiten constantemente. Estamos enganchados a ciertas historias, nuestro personaje nos importa y acechamos el momento capital en que interpretamos nuestra escena favorita. Las historias y el *storytelling* pueden compartir la mirada panóptica y la hegemonía del poder»¹¹. De esta manera, la violencia desaparece del contexto cotidiano y solo se utiliza para combatir la subversión y el pensamiento antisistémico. El resto es disciplina y obediencia.

«En el actual proceso capitalista de trabajo, la disciplina parece actuar por cuenta propia. Ejercida y sufrida, la disciplina aparece indudablemente como la forma normal, normalizada y normalizante de la relación de subordinación del trabajo al capital. Cuando se manifiesta en exceso produce indignación, y regocijo cuando se flexibiliza, pero en general se la acepta. Solamente se reconocen «buenas» y «malas» disciplinas, y la historia de las progresivas mejoras de las condiciones de trabajo podría aproximadamente escribirse como la historia de la progresiva supresión de las disciplinas malas —aquellas que no manifiestan más que opresión en estado puro— y un desarrollo coextensivo de las disciplinas fundadas en la adaptación de los hombres a las técnicas aplicadas a la producción»¹². Para evitar que se caiga en un ejercicio conti-

¹¹ Salimon, Christian, *Storytelling*, Península, Barcelona, 4ª ed., p. 120.

¹² Gáudemar, Jean Paul, «Preliminares para una genealogía de las formas

nuado de malas disciplinas y se recurra a la violencia, deben optimizarse las opciones de sumisión del pensamiento. Ya hemos apuntado que no es viable un orden en el cual la violencia se convierte en una herramienta cotidiana; es necesario que la violencia se encubra, que desaparezca de la vista. Aquí, el lenguaje y la manera de enunciar el problema se convierten en el eje de la argumentación. Nuevamente es Weber quien mejor comprende tal circunstancia, y no sin causa justifica da denomina *pacíficos* «aquellos medios de lucha donde no hay violencia efectiva». En esta lógica de trasmutación de la violencia, Weber señala que la lucha por imponer la propia voluntad contra la resistencia de la otra parte y otras partes debe llamarse *competencia* «cuando se trata de adquisición formalmente pacífica de un poder de disposición propio sobre las posibilidades deseadas también por otros», y concluye que tal competencia se puede mantener si una institución es capaz de crear un cuadro administrativo en exclusiva para realizar dicha función.

Hannah Arendt nos informa de esta realidad en *Los orígenes del totalitarismo*: «la primera consecuencia de la exportación de poder fue el hecho de que los instrumentos de violencia del estado, la política y el ejército que en el marco de la nación existían junto a otras instituciones nacionales y eran controladas por estas, quedaron separados de este cuerpo y promovidos a la posición de representantes nacionales en países incivilizados o débiles. Aquí, en regiones atrasadas, sin industrias ni organización política, donde la violencia disfrutaba de más campo que en cualquier país occidental, se permitió crear realidades a las llamadas leyes del capitalismo. El

de disciplina en el proceso capitalista del trabajo», en *Espacios de Poder*, VV.AA., La piqueta, Madrid, 1981, p. 85.

huero deseo de la burguesía de hacer que el dinero engendre dinero como los hombres engendran hombres siguió siendo un feo sueño mientras el dinero tenía que recorrer un largo viaje de la inversión a la producción; ningún dinero había engendrado dinero, pero los hombres habían hecho cosas y dinero. El secreto de este nuevo logro afortunado era que las leyes económicas ya no se alzaban en el camino de la rapacidad de las clases poseedoras. El dinero pudo por fin engendrar dinero, porque el poder, con desprecio complejo por todas las leyes —tanto económicas como éticas—, podía apropiarse de la riqueza. Solo cuando el dinero exportado logró estimular la exportación de poder hizo realidad los designios de sus propietarios. Solo la ilimitada acumulación de poder logró producir la ilimitada acumulación de capital»¹³.

¹³ Arendt, Hannah, *Los orígenes del totalitarismo. El Imperialismo*, Alianza, Madrid, p. 223

CAPÍTULO 6

REACCIONARIOS Y NUEVA DERECHA CONTRA EL PENSAMIENTO CRÍTICO

Las raíces del pensamiento reaccionario se hallan en el rechazo de los tradicionalistas a la Revolución Francesa. Reivindicar los principios de libertad, igualdad y fraternidad fue una estocada para los defensores de la monarquía constitucional y los derechos dinásticos. Edmund Burke (1729-1797), miembro del parlamento inglés y representante del partido *whig*, sentó las bases de lo que se conocerá como pensamiento reaccionario. Acérrimo detractor de los derechos del hombre y los ciudadanos, partidario de la monarquía, deslegitimó el pensamiento democrático y emancipador emergente en Francia. Abjuró del nuevo orden, alertando a sus correligionarios de los peligros inherentes a un poder cuyos fundamentos renegaban de las tradiciones. Firme defensor de la visión providencialista de la historia, con un profundo sentido religioso, reivindicaba una organización jerárquica en función del honor, el estatus y la posición de clase, descartando los derechos de ciudadanía asentados en la igualdad social. Su ensayo *Reflexiones sobre la revolución francesa* (1790) se convirtió en una obra de referencia (once ediciones en el primer año), y puso los cimientos para criticar las formas republicanas de gobierno. Sin rehuir los cambios, entendía que una revolución debía ser conser-

vadora, transformar aquellos factores que impedían el normal funcionamiento del cuerpo social, para a posteriori devolver el poder a sus legítimos dueños. Una monarquía rejuvenecida, dispuesta a escuchar la voz de sus súbditos. Burke, crítico de Voltaire, Condorcet, Diderot, Rousseau y del pensamiento emancipador del siglo XVIII, los consideraba propagandistas de una ideología inmoral y atea. Profesó una aversión a cualquier orden constitucional anclado en la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, promulgada por la Asamblea Nacional el 26 de agosto de 1789, sobre todo de su artículo 1º: «Los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos. Las distinciones sociales solo pueden fundarse en la utilidad común». Así se expresa en sus *Reflexiones*: «Calculad las ventajas: ved lo que se ha obtenido con estas especulaciones extravagantes y presuntuosas que han enseñado a vuestros jefes políticos a despreciarse a sí mismos, hasta llegar a convertirse en hombres verdaderamente despreciables. Si-guiendo esas falsas luces Francia ha obtenido verdaderas calamidades a precio mayor que cualquier nación obtuviera los favores más equivocados. ¡Francia ha comprado la pobreza con el delito! Francia no ha sacrificado su virtud a su interés, sino que ha abandonado su interés para poder prostituir su virtud. Todas las demás naciones han empezado el edificio de un nuevo gobierno, o la reforma de un gobierno antiguo, estableciendo originariamente o vigorizando con mayor precisión unos y otros ritos religiosos. Todos los demás pueblos han echado los cimientos de la libertad civil en costumbres más severas y en un sistema de moral más austera y masculina. Francia, al aflojar las riendas de la regia autoridad, se ha vuelto doblemente licenciosa, adquiriendo costumbres de una desbordada disolución y de una insolente irreligiosidad en el pensamiento y en la acción; extendiendo por todos los estratos sociales, como

si otorgara algún privilegio o como si descubriera algún bien recóndito, todas las desdichadas corrupciones que constituían ordinariamente la enfermedad de la riqueza y el poder. Este es uno de los nuevos principios de la igualdad en Francia»¹.

Eran tiempos convulsos, se imponía el pensamiento racionalista y la ilustración se abría paso. El conocimiento científico impregnaba todas las disciplinas y los principios newtonianos marcaron un punto de inflexión, como en su momento la revolución copernicana. Las leyes de Newton permitieron conocer mejor el comportamiento de los cuerpos y la materia, sometidos a la ley de gravedad. No por casualidad la prehistoria de la sociología encuentra en el positivismo de Augusto Comte y su *Física social* el texto germinal. La trasposición de los principios físicos al análisis de la sociedad derivó en el uso de categorías y conceptos provenientes de la mecánica clásica y la medicina a las ciencias sociales. Por consiguiente, el pensamiento reaccionario mantiene relación con la tercera ley de Newton, cuyo enunciado se sintetiza en el siguiente principio: «Con toda acción ocurre una reacción igual y contraria: lo cual quiere decir que las acciones mutuas de dos cuerpos siempre son iguales y dirigidas en sentido opuesto». De esta manera, las fuerzas expansivas actuantes en la Revolución Francesa habían provocado una reacción en sentido contrario con el mismo grado de intensidad que sus adeptos. Cuna de la reacción, el devenir del pensamiento reaccionario adquirió carta de ciudadanía. Desde el siglo XVIII hasta nuestros días ha ido desarrollando un ideario acorde a la dinámica de los cambios sociales que han supuesto una democratización de las estructuras oligárquicas y tradicionales. Profundamente

¹ Burke, Edmund, *Reflexiones sobre la revolución francesa*, RIALP, Madrid, 1989, p. 70.

religiosa, la reacción ejerce una militancia contra los derechos de igualdad de género, se define homofóbica, chovinista, xenófoba, racista y refractaria a la democracia.

Sus actuaciones políticas se han homologado a la contrarrevolución. Bajo un fundamentalismo que permea su ideología, han combatido el cambio social cuando este afecta a los valores de la sociedad tradicional. Se pueden reconocer tres momentos en su bitácora, que a la vez son puntos de inflexión en las luchas sociales por establecer un orden social fundado en los principios de dignidad, justicia, igualdad y libertad. El primero conlleva una oposición a la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. Sus argumentos facilitaron la contrarrevolución en Europa a finales del siglo XVIII y principios del XIX. El segundo se relaciona con la oposición al sufragio universal, las primeras reivindicaciones de las mujeres en favor de sus derechos civiles y políticos y el rechazo al sindicalismo de clase. Refractarios a la sociedad de masas, la consideraron el principio de la decadencia de occidente y su cultura. El tercero se inicia en la crítica al estado del bienestar, las políticas públicas de inversión en sanidad, educación, vivienda, seguridad y, sobre todo, a los derechos laborales y sindicales de las clases trabajadoras. La reacción se extiende hasta nuestros días.

El pensamiento reaccionario subsume e integra todas las visiones y doctrinas que suponen apoyar sus postulados políticos de refundación neoligárquica del poder. Su preocupación ha sido construir un pensamiento consistente. No le importa valerse del nazismo, el fascismo o el pensamiento neoconservador, rejuvenecido por la llamada nueva derecha. Siempre se ha movlizado y ha contado con adeptos para divulgar su programa, considerándose un movimiento cultural restaurador del orden político. Baste recordar que el fascismo

contó con el beneplácito de artistas, escritores, poetas y profesionales, cuyos trabajos sirvieron para justificarlo y legitimar su proyecto totalitario. «En 1925, Giovanni Gentile da origen a un célebre 'Manifesto degli intellettuali fascisti' publicado por el diario del partido nacional fascista, *Il Popolo d'Italia*, firmado por muchas de las figuras más importantes de la cultura italiana de esa época, de Gabriele D'Annunzio a Curzio Malaparte, de Luigi Pirandello a Filippo Tommaso Marinetti, de Ugo Spirito a Gioacchino Volpe y Ardengo Soffici. La respuesta llega de Benedetto Croce y Giovanni Amendola, que publican en *Il Mondo* un manifiesto contrario, firmado por otras tantas personalidades destacadas: escritores como Corrado Alvaro y Sibilla Aleramo, poetas como Eugenio Montale, científicos como Vito Volterra, filósofos como Antonio Banfi, historiadores como Gaetano Salvemini economistas como Luigi Einaudi, etc. Lo que cambia —no solo con respecto al caso Dreyfus, sino especialmente a propósito del nazismo todavía venidero— es que el fascismo no repudia el sustantivo 'intelectual', antes bien se apropia de él. Como la investigación histórica dejó en evidencia durante las últimas décadas, Italia tuvo una cultura fascista, no monolítica pero de perfil definido; y los intelectuales la crearon, la promovieron, hicieron su propaganda y también se vieron beneficiados por ella».

Albert Hirschman describió las estrategias del pensamiento reaccionario como retóricas de la intransigencia. i) Perversidad, ii) futilidad y iii) riesgo. «Según la tesis de la perversidad toda acción deliberada para mejorar algún rasgo del orden político, social o económico solo sirve para exacerbar la condición que se desea remediar. La tesis de la futilidad

¹ Traverso, Enzo, *¿Qué fue de los intelectuales?*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2014, p. 30

sostiene que las tentativas de transformación social serán inválidas, que simplemente no logran 'hacer mella'. Finalmente la tesis del riesgo arguye que el costo del cambio o reforma propuesto es demasiado alto, dado que pone en peligro algún logro previo y apreciado»³.

La nueva derecha bebe de estas fuentes. Con una propuesta elaborada, se proyecta, como lo hizo el fascismo italiano, creando redes de intelectuales y activistas que lo divulgan. El pensamiento reaccionario, unido al nazifascismo y la nueva derecha, se reencuentra en tiempos de crisis del capitalismo. No es mera coincidencia. Sus principios y propuestas teóricas son intercambiables en tanto establecen una crítica global a la cultura, apelan a los instintos y emociones básicas para hacerlo atractivo, al igual que sucediera con el fascismo durante el período de crisis de entreguerras. «El crecimiento del fascismo no hubiera sido posible sin la rebelión contra la ilustración y la Revolución Francesa que barrió Europa a fines del siglo XIX y principios del siglo XX. En cualquier lugar de Europa la rebelión cultural precedió a la política: la ascensión de los movimientos fascistas y la toma del poder fascista en Italia fueron posibles solo debido a la conjunción de la acumulada influencia de la revolución cultural e intelectual con las condiciones políticas, sociales, psicológicas creadas a fines de la Primera Guerra Mundial»⁴.

Nunca como antes las explicaciones se adhieren a una visión de la sociobiología, donde se resaltan los valores individuales de genes egoístas, la competitividad y la sumisión de los genes altruistas, cuya función consiste en garantizar el

buen funcionamiento y el éxito de los genes egoístas. «Los genes compiten directamente con sus alelos por la supervivencia, ya que sus alelos en el acervo génico son rivales que podrán ocupar su puesto en los cromosomas de futuras generaciones. Cualquier gen que se comporte de tal manera que tienda a incrementar sus propias oportunidades de supervivencia en el acervo genético a expensas de sus alelos tenderá, por definición y tautológicamente, a sobrevivir. El gen es la unidad básica del egoísmo»⁵.

Bajo esta premisa, la nueva derecha propone una defensa de lo particular. Una identidad de pueblo que rehúye del universalismo. «Todo el pensamiento progresista se fundaba –y todavía se funda– en los dogmas de la universalidad de la razón, en la homogeneidad de las aspiraciones sociales, en la convergencia deseable de las culturas, en la cuantificación económica de la felicidad, etc. Ahora bien, todos estos dogmas han sido pulverizados por las ciencias sociales o por las ciencias exactas de los últimos decenios. La etología, la genética, la antropología han destruido la ilusión de la uniformidad natural del género humano. El hombre como idea, científicamente ha muerto. Agresivo, territorial, y jerarquizado, el *homo sapiens* se nos muestra completamente diferente a la imagen que de él daba el humanismo, fuese rusioniano, cristiano o marxista»⁶. El relato se extiende a todo el orden político. Edward Wilson, considerado el padre de la sociobiología, facilita más argumentos para justificar la agresividad en la defensa de los valores particulares, al entronar dicha conducta

³ Dawkins, Richard, *El gen egoísta. Las bases biológicas de nuestra conducta*, Salvat, Barcelona, 1997, p. 47.

⁴ Hirschman, Albert, *Retóricas de la intransigencia*, FCE, México, 1991, p. 17.

⁵ Sternhell, Seev, Zsnajder, Mario y Asheri, Maia, *El nacimiento de la ideología fascista*, Siglo XXI, España, p. 14.

⁶ Benoist, Alain y Faye, Guillaume, *Las ideas de la «nueva derecha». Una respuesta al Colonialismo Cultural*, Nuevo Arte Thor, Barcelona, 1986, p. 351.

como una cualidad inherente a los seres humanos, sintetizada en «La defensa y conquista del territorio, la afirmación de dominio dentro de grupos bien organizados, la agresión sexual, los actos de hostilidad por medio de los cuales se pone fin a la lactancia, la agresión en contra de las presas, los contraataques defensivos a los depredadores y la agresión moralista y disciplinaria para cumplir las reglas de la sociedad»⁷.

Los teóricos de la nueva derecha se encargan de aplicar este principio a la defensa del territorio, del espacio vital, del dominio, justificar su «natural» hostilidad hacia el extranjero y el rechazo al inmigrante, como parte de las nuevas revoluciones culturales: «El futuro pertenece a las revoluciones culturales, espirituales y nacionales. El futuro pasa por la destrucción del orden económico internacional y por la consecución de una idea que ya está en camino: la concentración de espacios económicos autónomos en torno a grandes áreas culturales. Pero, tanto en Europa como en el Tercer Mundo, no vencerán nunca estas ideas si no llegan hasta sus últimas consecuencias, es decir, si no se dedican a romper con la ideología occidental, bien sea marxista, tecnócrata, cristiana o liberal. Por lo que se refiere a los pueblos de Europa, es necesario que vayan planteándose progresivamente una revisión ideológica, evidente para algunos, amarga para otros: romper con Occidente, en el que ya no nos reconocemos más, un Occidente que no es nada más que un bazar, un Occidente que mutila bajo nuestros ojos una cultura milenaria, transformándose en un *stress* donde no reina nada que no sea la conciencia práctica. La razón de ser de un pueblo es dejar su huella en la historia, en el espacio continental y temporal, que es también del espíritu. Queremos dejar una huella. Queremos que todos

⁷ Wilson, Richard, *Sobre la naturaleza humana*, FCE, México, p. 144.

los pueblos dejen huellas. No queremos continuar viviendo en una 'cosmopolis' sin alegría, sin deseos, sin aventuras y sin pueblos»⁸.

La nueva derecha en Francia y más tarde en Estados Unidos han sido los referentes teóricos de esta propuesta de refundación del orden neoligárquico. En ambos casos se trata de recuperar una cultura, unas tradiciones, unos valores, amenazados por el racionalismo burgués, el universalismo humanista, las doctrinas socializantes, y sobre todo un quietismo frente a la destrucción de la nación, la patria y el abandono de los mitos constituyentes. «Por primera vez vivimos en una sociedad sin legitimación ni sentido global, donde la alienación psicológica de masas ha tomado el relevo de las ideas y los mitos. Nuestra ambición entonces es proponer ideas como un posible remedio para los hombres de nuestro tiempo y de nuestro pueblo. Pero esta ambición es un combate. Combatimos porque el mundo que nos rodea es la pasividad y el sueño, donde la energía del pueblo se muere»⁹. Su proyección actual se puede rastrear en Europa, entre quienes tienen representación parlamentaria, el Frente Nacional de Marie Le Pen, en Francia, el Partido de la Libertad de Austria o Vlaams Belang en Flandes (Bélgica), Amanecer Dorado en Grecia, Movimiento por una Hungría Mejor, Orden y Justicia en Lituania, Ley y Justicia en Polonia. Otros partidos que se suman a esta visión de la nueva derecha son Neue Rechte en Alemania, Nieuw en Países Bajos y Flandes, Nouva Destra en Italia, Imperi Europa en Malta.

⁸ Benoist, Alain y Faye, Guillaume, *Las ideas de la nueva derecha. Una respuesta al colonialismo cultural*, Nuevo Arte Thor, Barcelona, 1986, pp. 501-502.

⁹ *Op. cit.*, p. 167.

El conjunto del pensamiento reaccionario puesto al día y revitalizado por las derechas nacionalistas, el liberalismo salvaje, el neoconservadurismo político, encuentra en el neofascismo de la nueva derecha su nicho. Donald Trump encabeza en Estados Unidos esta nueva cruzada. Unido al discurso nacionalista se le suma su concepción imperialista de la dominación mundial, de allí que entre en contradicción con Europa y sus aliados naturales. Robert Kagan, uno de los intelectuales y políticos de la nueva derecha y el pensamiento reaccionario estadounidense, es claro al señalar el doble papel de Estados Unidos a la hora de fortalecer su poder imperial. «El mito de la tradición aislacionista de Estados Unidos es notablemente persistente, pero no deja de ser un mito. Por el contrario, la expansión de nuestro territorio y de su influencia ha constituido la incuestionable realidad de la historia estadounidense; y no ha sido una expansión inconsciente. La ambición de desempeñar un papel importante en el escenario mundial está profundamente arraigada en el carácter estadounidense. Desde la independencia, e incluso antes, los estadounidenses, que discrepaban sobre tantas cosas, siempre compartieron la creencia común relativa al gran destino de su nación. [...] Cuando los estadounidenses buscaban legitimación a sus acciones en el exterior, no la buscaban en las instituciones supranacionales sino en sus propios principios. Ello explica que siempre haya sido tan fácil para tantos estadounidenses creer, como muchos de ellos lo hacen todavía, que el avance de sus propios intereses implica el avance de los intereses de la humanidad [...] Las políticas de Clinton y Bush [...] descansaban ambas sobre la presunción común y eminentemente estadounidense: a saber, Estados Unidos como paradigma de 'nación indispensable'. [...] Pero el único orden internacional estable y satisfactorio que pueden imaginar es aquel que tenga como

centro su país. Tampoco pueden concebir un orden internacional que no se defienda por la fuerza, específicamente por la fuerza de Estados Unidos. Si esto es arrogancia, al menos no es ninguna arrogancia de nuevo cuño»¹⁰.

En contraposición, el pensamiento crítico se levanta y construye una alternativa frente a la reacción y la nueva derecha. Su presencia ha sido continuada y ha estado relacionada con las etapas que han marcado la lucha por la democracia, la justicia social y la dignidad. La lucha contra el nazifascismo fue su punto de inflexión, de la misma forma que antes el caso Dreyfus supuso el nacimiento de los intelectuales comprometidos en la defensa de las libertades y el rechazo a la razón de estado.

En España, en pleno auge del nazismo y del fascismo, la Segunda República inaugurada en 1931 se convirtió en un referente para el pensamiento crítico y la intelectualidad mundial. En 1936, con apenas un lustro de vida, los cambios que introdujo supusieron un terremoto político para la dominación de terratenientes, caciques y oligarcas. Las estructuras sociales se modernizaban a ritmos acelerados. La reforma agraria impulsó las organizaciones de campesinos y puso en cuestión el poder de la oligarquía terrateniente. El voto de la mujer mostró el camino hacia la emancipación; su incorporación a los partidos, sindicatos y organizaciones de clase abrió las puertas a su efectiva participación política. Asimismo, la incorporación de las clases trabajadoras al proceso de toma de decisiones creó espacios de articulación democrática. En otro orden de cosas, se puso en marcha un proyecto estratégico de política cultural y científica, sin parangón en la historia contemporánea de

¹⁰ Kagan, Robert, *Poder y debilidad. Europa y Estados Unidos en el nuevo orden mundial*, Taurus, Madrid, 2003, p. 130 y ss.

España. Maestros, poetas, escritores, cineastas, académicos y deportistas participarían activamente en el desarrollo cultural y social de una España que rompía las barreras del caciquismo. No hubo rincón, en la geografía española, donde cambios profundos no se hicieran notar. La vida cotidiana se benefició de una concepción ilustrada y democrática del saber. Desde editoriales, periódicos, escuelas públicas, universidades, todo coadyuvaba a salir del estado de ignorancia y analfabetismo en la cual las clases dominantes habían mantenido a las clases populares.

En el mundo rural, las enfermedades de la pobreza fueron disminuyendo sus efectos sobre la población gracias a la inversión pública y a la acción de los médicos rurales. Las casas del pueblo, las campañas de alfabetización, los proyectos educativos rurales, los ateneos, los periódicos, el cine, la pintura forjaron un aprendizaje y una pedagogía democrática. El teatro fue otro excelente medio para divulgar los valores republicanos. Una generación de jóvenes intelectuales crecía en torno a la Segunda República. Eran años donde las ideas fluían con libertad, sin censura ni restricciones. En el horizonte se vislumbraba un orden social más justo y democrático. Los ojos del mundo veían en la Segunda República una posibilidad real de frenar el nazifascismo.

Defender las conquistas de la clase trabajadora y avanzar en una sociedad republicana fueron metas irrenunciables para los sectores progresistas, de izquierda, republicanos laicos y demócratas. Mientras Hitler y Mussolini consolidaban su poder, sembrando el terror y reprimiendo al movimiento obrero, en España el triunfo del Frente Popular en las elecciones de 1936 desató la ira de la derecha política y social. La conspiración, una constante desde la proclamación el 14 de abril de 1931, tomó cuerpo, y en julio de 1936 un sector de militares sediciosos se

alzará contra el gobierno constitucional. El fracaso en primera instancia del alzamiento abrió las puertas a la Guerra Civil.

En este contexto, la derecha política y social de España contó con el apoyo de la Alemania nazi y la Italia fascista para derrocar al gobierno republicano. Igualmente, la Europa aliada y culta decidió mirar hacia otro lado. El gobierno de la Segunda República carecía de posibilidades materiales para hacer frente a la Guerra Civil. Con escasos apoyos financieros y un parque militar deficiente, fue perdiendo la guerra. Por su parte, la Unión Soviética intervino sacando pingües beneficios de su interesada ayuda económica y militar, limitando igualmente la capacidad de fuego del ejército republicano. Asimismo, las brigadas internacionales y el apoyo popular del movimiento obrero mundial fueron más una actitud de solidaridad y romanticismo militante que un punto de inflexión en el desarrollo del escenario bélico.

La derrota del bando republicano, en 1939, enterró el sueño democrático. Los nubarrones del nazifascismo descargaron su ira con fuerza, dando lugar a una de las peores dictaduras que ha conocido la historia. La larga noche del franquismo perduró durante cuarenta años (1939-1975). Al asesinato político se le sumó la expulsión de miles de maestros, profesores universitarios y catedráticos de escuelas y universidades, así como la persecución, más allá incluso de las fronteras españolas, de intelectuales liberales, laicos, progresistas, conservadores y republicanos. España se retrotrae a los tiempos de la inquisición, la censura y el asesinato político. Trascurridos ochenta años, la cultura autoritaria y el desprecio al pensamiento crítico perviven en la vida cotidiana de una España que sigue negando los crímenes del franquismo.

La burla y el desdén hacia los intelectuales fue una de las señas de identidad del régimen. Al poco de comenzar la

Guerra Civil dos acontecimientos muestran el papel que le reservaban sus dirigentes a los intelectuales, al pensamiento crítico y la creación cultural. El primero fue el asesinato, a manos de la Falange, de Federico García Lorca el 19 de agosto de 1936; el segundo, el incidente que tuvo lugar el 12 de octubre de 1936 en la Universidad de Salamanca, durante la celebración del llamado «día de la raza», entre el general golpista, Millán Astray, y el rector, Miguel de Unamuno. El entonces asesor de Franco, Millán Astray, espetó en medio de su discurso: ¡Viva la muerte! ¡Mueran los intelectuales! Incrédulo ante tal manifestación, el rector, Miguel de Unamuno, tomó la palabra y respondió: «Este es el templo de la inteligencia. Y yo soy su sumo sacerdote. Estáis profanando su sagrado recinto. Venceréis porque tenéis sobrada fuerza bruta. Pero no convenceréis. Para convencer hay que persuadir. Y para persuadir necesitaríais algo que os falta: razón y derecho en la lucha. Me parece inútil el pedir os que penséis en España. He dicho»¹¹. Intelectuales del mundo entero, solidarios con la Segunda República, se volcaron en su apoyo. Su compromiso fue total. Así, al poco de estallar la Guerra Civil, en 1936 será convocado un Congreso de Intelectuales que denunciará el golpe y prestará su apoyo a la cultura y al pensamiento crítico. El lugar para celebrarlo, la sede del gobierno constitucional, Valencia. Las circunstancias no lo harán posible hasta julio de 1937.

¹¹ Miguel de Unamuno había apoyado en un principio el alzamiento nacional, pero pronto se desencantó y su actitud le llevó a ser considerado traidor. El rifirrafe tenía como telón de fondo el establecimiento del cuartel general de los golpistas en Salamanca. Franco fue inmediatamente avisado del desaire de Unamuno. Entre los oradores estaba José María Pemán, falangista y monárquico, quien tras las palabras de Unamuno gritó: ¡abajo los falsos intelectuales! ¡Traidores!

Bajo el nombre genérico de *Alianza de Intelectuales Antifascistas para la Defensa de la Cultura*, representantes de todo el espectro político republicano e intelectuales extranjeros se reunirían los primeros días de julio para hacer pública defensa de los derechos democráticos y del orden constitucional, denunciando el ascenso del nazifascismo en España y Europa. El congreso fue inaugurado por Juan Negrín, presidente de la Segunda República, y José Gaos. Acudieron, entre otros, Antonio Machado, Luis Buñuel, Miguel Hernández, María Zambrano, Ramón Sender, José Bergamín, Vicente Aleixandre, Max Aub, Rosa Chacel, Rafael Alberti, Wenceslao Roces, Ramón Gaya o León Felipe. Entre los extranjeros, el congreso contó con la participación de Pablo Neruda, Nicolás Guillén, Aldous Huxley, Thomas Mann, André Gide, Waldo Frank, Bertolt Brecht, Tolstoi, Ernest Hemingway, Octavio Paz, César Vallejo, André Malraux o Romain Rolland. Fueron cientos de intelectuales a los que unía la defensa de la democracia y la cultura. Socialistas, marxistas, comunistas, liberales, católicos, anarquistas, socialdemócratas o republicanos sin más asumieron el compromiso político al manifestar su repulsa al fascismo y la defensa del pensamiento crítico. El congreso no pasó desapercibido. Ha dejado huella, siendo un recordatorio del papel que cumplen los intelectuales en la denuncia de regímenes totalitarios, dictaduras, autocracias y de la violación de los derechos humanos. Múltiples convocatorias toman el relevo y constituyen un espacio para debatir sin dogmas las ideas y alternativas democráticas. Así, se puede citar el Primer Encuentro Intergaláctico en Defensa de la Humanidad y la lucha contra el Neoliberalismo, organizado por el EZLN en Chiapas, México, al que asistieron destacados pensadores, cuyos trabajos forman parte del acervo cultural del pensamiento humanista y emancipador.

Las élites en el poder y las burguesías transnacionales, por su parte construyen un pensamiento reaccionario que apuntala la contrarrevolución. Como hemos señalado, las teorías que sostienen el pensamiento reaccionario se encuentran a la base de la formación ideológica-cultural de occidente; su visión xenófoba y racista cuestiona la propia condición humana, al tiempo que evidencia su desprecio por la democracia: «El racismo puede, desde luego, llevar a la ruina al mundo occidental y, qué duda cabe, al conjunto de la civilización humana. Cuando los rusos se hayan convertido en eslavos, cuando los franceses hayan asumido el papel de dirigentes de una *force noire*, cuando los ingleses se hayan trocado en "hombres blancos" como ya por desastroso maleficio se convirtieron en arios todos los alemanes, entonces esta transformación significará en sí misma el final del hombre occidental. Porque, pese a lo que cultos científicos pueden afirmar, la raza no es, políticamente hablando, el comienzo de la humanidad, sino su final, no es el origen de los pueblos, sino su declive; no el nacimiento natural del hombre, sino su muerte antinatural»¹². Trascurridos más de dos mil años, occidente no renuncia a ejercer un control omnímodo sobre otras culturas. Combatió y combate a quienes considera razas, pueblos, etnias y culturas subordinadas, inferiores o salvajes. El pensamiento reaccionario elabora teorías antropológicas ad hoc para justificar la «supuesta superioridad» de la «raza blanca y aria». Asimismo, establece estándares dentro de la propia raza blanca para acometer políticas de eugenesia, destinadas a salvaguardar su afebrada visión de la inteligencia y el poder como parte de la teoría de la degradación de la especie.

A principios del siglo XX, los deficientes mentales serán carne de cañón para experimentos médicos y justificarán la

¹² Arendt, Hannah, *op. cit.*, 2.º so.

eugenesia, previendo el deterioro de la raza. El pensamiento reaccionario instrumentalizó los descubrimientos de Mendel sobre la herencia y la genética. De forma manipulada, impregnó las academias de ciencias de la época de criterios biológicos donde se cuestionaba el derecho a la vida de deficientes mentales. La Alemania nazi llevó este argumento al paroxismo. Sin embargo, no olvidemos que tal visión reaccionaria fue asumida en todo el mundo. Sus mayores exponentes se repartían por todos los confines, siendo en Estados Unidos donde tuvieron mayor éxito. Así, por ejemplo, el respetado miembro de la academia de ciencias, el eminente científico H. Goddard, de cuya honorabilidad nadie dudaba, hombre temeroso de Dios y un buen samaritano, subrayó que los deficientes mentales eran el verdadero problema de la sociedad norteamericana, aquello que podría suponer su declive e inexorable degradación: «no solo son incapaces de controlarse, sino también lo son de percibir las cualidades morales; para que no tengan hijos no basta con prohibirles que se casen. De modo que, si hemos de impedir que un débil mental tenga hijos, debemos hacer algo más que vedarle el matrimonio. Para lograr ese objetivo hay dos propuestas: una, la internación en colonias; otra, la esterilización»¹³.

Para legitimar su poder y explotación, el pensamiento reaccionario produce ideologías polivalentes. Ejerce la violencia física y psicológica. En nombre de la civilización occidental y de su sistema social, el capitalismo construye su dominación planetaria. En América Latina, Estados Unidos y Canadá, cientos de pueblos y culturas originarios fueron exterminados. Tainos, Caribe, patagones, Guaycurras, Pe-

¹³ Citado por Jay Gould, Stephen, *La falsa medida del hombre*, Crítica, Barcelona, 1997, p. 172.

ricúes o Cochimíes. En África el camino no fue diferente. Justificaron e impusieron la esclavitud como negocio lucrativo. Se repartieron el territorio, desplazando a los pueblos originarios, destruyendo cualquier vestigio de su cultura. En ambos casos dan lugar a los primeros genocidios y etnocidios de la historia moderna.

El afán de riqueza y el expansionismo colonial se proyecta en el siglo XXI. La cruz y la espada ceden su lugar a las tecnologías, la ideología del progreso, el control de los sistemas de comunicación y la articulación de un pensamiento sumiso, socialconformista. No queda rincón en el planeta donde las empresas transnacionales, de la mano de gobiernos neoliberales, no actúen destruyendo el hábitat de comunidades y pueblos originarios bajo el discurso del extractivismo y la explotación de yacimientos de petróleo, gas, minerales o materias primas. Los megaproyectos, la agroindustria transgénica, el cultivo intensivo de soja, maíz, algodón o arroz, los monocultivos o la producción de etanol son responsables de la deforestación y el colapso ecológico.

Asistimos el nacimiento de una nueva vertiente del imperialismo, el imperialismo verde. Calentamiento global, contaminación de mares, desertización, agotamiento de recursos naturales, control genético de flora y fauna por las compañías transnacionales de alimentación son políticas habituales. Asimismo, el uso de pesticidas y herbicidas en la producción industrial de frutas, verduras y cereales ha dado lugar a mutaciones genéticas y a la aparición de enfermedades hasta el momento desconocidas, cuyos efectos son imprevisibles. Animales engordados con el fin de acelerar su venta en el mercado. Herbívoros consumiendo subproductos cárnicos, harinas de pescado o vísceras. Peces tratados con antibióticos de última generación, cuyos residuos se trasfieren a los seres humanos,

como en el caso de los salmónidos. Plantas con semillas estériles, producidas a gran escala y conocidas como semillas suicidas, ponen en riesgo la biodiversidad. Restada su capacidad para germinar, son propiedad de empresas sin escrúpulos. Su venta y distribución en las comunidades campesinas acaba hipotecando sus vidas y haciendo desaparecer la economía campesina. Males como la encefalopatía espongiiforme bovina, conocida como el «mal de las vacas locas», la fiebre aviar, la disminución de espermatozoides en mamíferos, incluida la especie humana, se unen a la falta de escrúpulos de las compañías farmacéuticas, cuyo lucro aumenta a medida que se extienden las pandemias de última generación, dejando pingües beneficios a empresas transnacionales como Monsanto, Bayer, Aventis, BASF, Dupont o Nestlé.

El capitalismo transnacional no renuncia a sus principios ni tradiciones. Sobreexplotación, persecución política, restricciones a la libertad de pensamiento, guerras e invasiones. Los beneficios del capital financiero y especulativo se realizan a costa de la muerte por inanición, o por enfermedades curables, de millones de personas al año. Casi cuatro millones de niños mueren víctimas del hambre en el mundo. El control monopólico de alimentos, los fondos de capital riesgo y el juego de la bolsa transforman la agricultura en un gran negocio. Los alimentos se trastocan en acciones que se compran y se venden en los mercados financieros. No hablamos de escasez de productos, hablamos de generar ganancias produciendo hambre. La deshumanización se acelera. Son múltiples las exclusiones: racial, social, política, económica y cultural. El desarrollo de las desigualdades nos lleva a una sociedad dual, militarizada, con el consiguiente bloqueo de espacios democráticos. Asimismo, se le pone coto a cualquier legislación fundada en los criterios del bien común y la justicia social.

El resultado de este poder transnacional repercute en la manera de experimentar y vivir la condición humana. A la sobreexplotación externa mediante los mecanismos disciplinarios del trabajo se suma la función de autoexplotación interna. La acción positiva. *El sí puede*, apoyado en el discurso del empoderamiento. Con él, el individuo se flagela, se deprime o estresa, culpándose de no ser suficientemente eficiente ni potenciar sus naturales sentimientos egoístas y competitivos. Se considera un fracasado, un don nadie, en lo personal y económico. Es el nacimiento de la sociedad del rendimiento. «El cambio de paradigma de una sociedad disciplinaria a una sociedad de rendimiento denota una continuidad en un nivel determinado. Según parece, al inconsciente social le es inherente el afán de maximizar la producción. A partir de cierto punto de productividad, la técnica disciplinaria, es decir, el esquema negativo de la prohibición, alcanza pronto su límite. Con el fin de aumentar la productividad se sustituye el paradigma disciplinario por el del rendimiento, por el esquema positivo del poder hacer, pues a partir de un nivel determinado de producción, la negatividad de la prohibición tiene un efecto bloqueante e impide un crecimiento ulterior. La positividad del poder es mucho más eficiente que la negatividad del deber. De este modo, el inconsciente social pasa del deber al poder. El sujeto de rendimiento es más rápido y más productivo que el de obediencia. Sin embargo, el poder no anula el deber. El sujeto de rendimiento sigue disciplinado. Ya ha pasado por la fase disciplinaria. El poder eleva el nivel de la productividad obtenida por la técnica disciplinaria, esto es, por el imperativo del deber. En relación con el incremento de productividad no se da ninguna ruptura entre el deber y el poder, sino continuidad»¹⁴.

¹⁴ Chul-Han, Byung, *La sociedad del cansancio*, Herder, Barcelona, 2012, pp. 27-28.

Calentamiento global, contaminación atmosférica, cambio climático, agotamiento de recursos naturales y reducción de la biodiversidad. Aun así, la sociedad del rendimiento se impone. Produce ideologías para el control total del cuerpo y la mente. No hay vuelta atrás. De esta manera el capitalismo puede justificar su dominio global sobre toda la población mundial, en nombre del colonialismo global transnacional. Culturas adjetivadas como primitivas, sin ideas, ni empoderadas, solo tienen una alternativa: incorporarse a la globalización neoliberal o desaparecer. Son pueblos sin proyección espacial, que deben someterse a una cultura superior. La dualidad «civilización o barbarie», los pares de conceptos «fiel-infiel» o «devoto-herexe» constituyen categorías asimétricas al servicio del dominio militar e ideológico.

Pensar a contracorriente, cuestionar los mecanismos de dominio y explotación, ha sido causa de persecución y muerte. El pensamiento transgresor y humanista asentado en los principios éticos del bien común y la justicia social está en los orígenes del pensamiento subversivo de las anti-élites, portadores de un proyecto de cambio social democrático y aperturista. La lucha contra el colonialismo interno, la servidumbre voluntaria y el social-conformismo dan unidad a las anti-élites, al tiempo que sintetizan las esperanzas de cambio social de las clases dominadas, explotadas, marginadas y excluidas.

Orlando Flas Borda, el sociólogo por excelencia de la subversión, nos aclara: «Una vez que se estudian las evidencias y se analizan los hechos, aparece aquella dimensión de la subversión que ignoran los mayores y los maestros, que omiten los diccionarios de la lengua y que hace enmudecer a los gobernantes: se descubre así como muchos subversores no pretenden "destruir la sociedad" porque sí, como un acto ciego y soberbio, sino más bien reconstruirla según novedosas ideas

y siguiendo determinados ideales, o "utopías", que no acoge la tradición. Como lo observara Camus, el rebelde es un hombre que dice "no"», pero que no renuncia a su mundo y le dice "sí"» por cuanto en ello va el sentido de la conciencia de su lucha. Esta falta de congruencia consciente con la tradición puede ser muy positiva, y hasta constructiva [...] Como en épocas pasadas, cuando hubo similares cismas ideológicos, este esfuerzo de reconstruir a fondo la sociedad es penoso, contradictorio, violento y revolucionario; asimismo va con torneado y forjando en su yunque al nuevo pueblo y al nuevo hombre. Este, en el fondo será un rebelde, y sus actitudes girarán en torno a la rebeldía. El acto de la re-vuelta, con el movimiento contrario que implica la palabra, hace al hombre andar por nuevos senderos que antes no había vislumbrado, lo hace pensar y le hace dudar, adquiriendo, quizás, por primera vez, la conciencia de su condición vital. *Esta conciencia es subversiva*»¹⁵.

Ha sido esta conciencia subversiva, y las consiguientes manifestaciones colectivas de trabajadores, artesanos, esclavos, obreros, industriales, campesinos, mujeres, estudiantes, intelectuales y pueblos originarios contra la explotación y la injusticia social, lo que ha posibilitado el desarrollo de los proyectos políticos más evolucionados. La historia se encuentra llena de casos invisibilizados u olvidados. Baste recordar, como ejemplo, la primera huelga datada en la historia. Según los anales, se produjo en el Imperio Nuevo de Egipto en el año 1166 antes de Deir-el-Medina. Al grito de ¡*Hambre!* los trabajadores libres, no esclavos, pararon de trabajar, reclamaron el pago

¹⁵ Fals Borda, Orlando, *Subversión y cambio social*, Ediciones Tercer Mundo, Bogotá, Colombia, 1968, p. 3 (el subrayado no es del autor).

de sus salarios, el aumento de las porciones de pan, cerveza, dátiles, vestimenta, vasijas y herramientas adecuadas, al igual que la destitución del capataz por corrupción y malversación de caudales políticos. Su acción fue coronada por el éxito. Un acto de subversión y rebeldía.

Las clases dominantes, élites y castas, han tomado buena nota de los comportamientos rebeldes, actuando en consecuencia. Se blindan, se defienden bajo el pensamiento reaccionario. Todo lo que rompa sus preceptos será considerado un atentado contra la moral, el orden y la tradición. Imposición de normas, valores, organización y tecnologías garantizan la explotación y el mantenimiento del orden tradicional. Otro ejemplo nos puede ayudar. En países donde sobrevive la organización de castas y se yuxtaponen a la estructura de castas, la sociedad se construye dualmente: Brahmanes, casta dominante, y parias, descartados y sin lugar en el mundo. Los primeros portan el saber, el conocimiento, el poder; los parias, en cambio, son prescindibles, se les puede dejar morir, avergonzar y maltratar. Las propias leyes de castas escritas en el libro sagrado del Manu lo atestiguan: «cuando nace un brahmana nace un ser superior a la Tierra entera, es señor de todas las criaturas. Todo lo que existe en el mundo es propiedad privada del brahmana. Por excelencia de su nacimiento, él tiene derecho a todo. Es él quien goza, quien viste, quien da a otros, y es través de su gracia que otros gozan».

Al decir de Weber, el orden social en el capitalismo, la forma en que se distribuye el honor entre la población perteneciente a la misma comunidad, es una mezcla de poder, dominio, privilegios, estatus y situación de clase. Los mecanismos habituales en una economía de mercado, el modo en que se distribuyen los bienes y el trabajo, está determinado exclusivamente por los intereses lucrativos y su satisfacción, consti-

tuyéndose en el hecho económico más elemental el «que se halla distribuido el poder de posesión sobre bienes, en el seno de una multiplicidad de hombres que se encuentran y compiten en el mercado con finalidades de cambio, y crea por sí mismo posibilidades específicas de existencia [...] excluyendo a los no poseedores de todos los bienes más apreciados en favor de los poseedores, y monopoliza de hecho su adquisición por estos últimos»¹⁶.

La existencia de un saber tecnocientífico, reaccionario, capaz de legitimar las formas de dominación y establecer un orden social férreamente articulado con los intereses del mercado, se acompaña en la actualidad de una crítica global al pensamiento crítico y anti-sistémico. Sus fundamentos los encontramos en el pensamiento sistémico y social-conformista. El establishment hace una propuesta de ciencia social desideologizada, axiológicamente imparcial, realizada por sujetos «neutrales», descriptores de hechos brutos, donde se sustituye el conocimiento por el dato empírico. Hoy las estadísticas, las encuestas, los estudios de mercado, los análisis cuantitativos se han convertido en el saber validado «científicamente». Modelos donde la teoría se sustituye por la simulación y la experiencia por la realidad virtual. Dicha actitud supone renunciar a la teoría y a su función crítica. Pero renegar de la capacidad de pensar es abdicar de la condición humana y de la propia experiencia de vivir la vida.

En el interior del pensamiento sistémico y social-conformista los sujetos se sienten felices e identificados con un orden social donde se ha roto la relación entre el hacer y el pensar. Actuar sin unir al acto el valor ético y el sentido común que lo constituye y transforma en acción social hace desaparecer

¹⁶ Weber, Max, *Economía y sociedad*, vol II, ed. cit., p. 683.

toda posibilidad de rebelarse. En este sentido, el conformismo social es un comportamiento personal y colectivo cuyo rasgo característico es la adopción de conductas inhibitorias de la conciencia en el proceso de construcción de la realidad. Se presenta como un rechazo de cualquier tipo de actitud que conlleve enfrentamiento o contradicción con el poder constituido. Su articulación social está determinada por la reacción de valores y símbolos que tienden a justificar dicha inhibición en favor de un mejor proceso de adaptación al sistema entorno al que se pertenece¹⁷.

¹⁷ Cf. Roitman, Marcos, *El pensamiento sistémico, los orígenes del social-conformismo*, Siglo XXI, México, 4ª reimpresión, 2010.

CAPÍTULO 7

LA SOCIEDAD DEL CONFORMISMO

La capacidad de representar e imaginar es cualidad exclusiva del *homo sapiens sapiens*. Con su ejercicio tomamos conciencia de nuestra existencia. El ser humano es una fábrica de sueños, proyectos y realidades disímiles. Sin embargo, socialmente el *homo sapiens sapiens* puede construir un orden social capaz de alterar sus facultades mentales y biológicas. Incluso, la exuberancia de sus capacidades le permite imaginar un comportamiento colectivo donde los niveles de conciencia se vean reducidos a su mínima expresión y su existencia sea solo una caricatura de vida.

Las sociedades industriales de capitalismo avanzado han demostrado un elevado nivel de plasticidad, introduciendo cambios continuos en su estructura con el fin de preservar su organización, fundada en la explotación y en la dualidad capital-trabajo. Esta capacidad de adecuarse al medio se asocia directamente, según vimos, a la idea de progreso. Parece ser que la vara de medir del progreso es recurrente a la hora de evaluar las transformaciones que la especie humana logra introducir en su medio social, la sociedad.

Si analizamos el siglo xx, observamos que nuestras relaciones sociales han ido modificándose a medida que nuevos

cambios en las formas de actuar y pensar se han ido sucediendo. Nos referimos a la incorporación de los avances tecnológicos a nuestra vida cotidiana. Si a lo dicho le sumamos los tres lustros vividos del siglo XXI, la afirmación se convierte en un hecho incontestable. Durante el siglo XX, las grandes etapas del progreso fueron visualizadas como dos momentos claves en el desarrollo del capitalismo, la era del ferrocarril, con la siderurgia, y la etapa automotriz, con la metalmecánica y la petroquímica. Mientras tanto, el siglo XXI nos transporta a una época donde las telecomunicaciones y la informática alteran el sentido y la orientación de muchas actitudes y comportamientos sociales.

Hoy se habla de enfermedades nacidas al son del tiempo vivido bajo los dominios de la hiperactividad. Mientras desayuna, uno responde al teléfono móvil, envía whatsapp, entra en twitter, se comunica por facebook, a la par que consulta los horarios de autobús y le pide disculpas a su hijo por no prestarle atención, sin por ello dejar de comentar el último trending topic y estar pendiente de las noticias de la televisión. Estamos ante un sujeto que vive angustiado por el nivel de cobertura, sin tiempo para reflexionar, detenerse, ver el mundo que lo rodea. Incapaz de seleccionar y fijar conocimientos, no distingue lo fundamental de lo irrelevante, ni es capaz de situarse históricamente. Solamente le preocupa no quedarse incomunicado sin las prestaciones de su teléfono móvil. «Los recientes desarrollos sociales y el cambio de estructura de la atención provocan que la sociedad humana se acerque cada vez más al salvajismo. Mientras tanto, el acoso laboral, por ejemplo, alcanza dimensiones pandémicas. La preocupación por la buena vida, que implica también convivencia exitosa, cede progresivamente a una preocupación por la supervivencia. Los logros culturales de la humanidad, a los que pertenece

la filosofía, se deben a una atención profunda, que es reemplazada progresivamente por algo completamente distinto, la hiper-atención. Esta atención dispersa se caracteriza por un acelerado cambio entre diferentes tareas, fuentes de información y procesos»¹.

La robótica, la cibernética y la información introducen formas de comunicación social en las que el uso del tiempo y el espacio adquieren una dimensión significativa a la hora de construir el lenguaje y definir comportamientos individuales y colectivos. Sin embargo, la sociedad no es estática ni ajena a la acción social de los sujetos que la componen. No es, a pesar de las analogías, un organismo biológico, más allá de las interpretaciones organicistas y funcionales. La sociedad es una forma de organización del *homo sapiens sapiens*, que en su naturaleza social se agrupa para mantener la especie. No es la única forma histórica de la cual se ha dotado. La comunidad ha sido otra opción, que se puede rastrear hasta nuestros días en la realidad de los pueblos originarios. Los valores y creencias moldean los comportamientos colectivos y dan cohesión a las relaciones sociales. En esta dinámica, los cambios en los valores y creencias, producto de nuevas ideologías, o de las transformaciones en el conocimiento técnico-científico, modifican la realidad y con ello la propia existencia social.

Durante el siglo XX la razón cultural de Occidente vivió política e ideológicamente bajo la dualidad de capitalismo y socialismo. Al mismo tiempo, el fin de siglo y los tres primeros lustros del siglo XXI han introducido nuevos cambios en la cosmovisión del mundo. No solo la derrota política del comunismo realmente existente, sino también la revolución

¹ Han-Chul, Byung, *La sociedad del cansancio*, Herder, Barcelona, 2012, p. 34.

científico-técnica, articulada junto con las ciencias de la complejidad —la cibernética, el pensamiento sistémico y la informática—, han provocado un terremoto en las ideas y formas de entender el mundo cultural y la vida social. Los dispositivos más variados, robots, como lavadoras, microondas, neveras, cadenas de música, televisores de última generación o teléfonos móviles, comparten una cualidad que les hace diferentes a sus antecesores. Me refiero a los programas y la memoria algorítmica para su puesta en funcionamiento. Su incorporación modifica su uso y obliga al conocimiento por parte del usuario de los códigos que permiten su manipulación. Ya no se trata de conectar el aparato a una red eléctrica. Ahora es necesario decodificar los símbolos, dar órdenes. Controlar el mando, a la vez que operar con los respectivos códigos para accionar el robot. Se programa el microondas, el horno, la lavadora, el lavavajillas, el televisor, el video y el ordenador.

Los niños y la juventud son educados en este entorno. Los juegos por ordenador constituyen parte de su formación. Los video-juegos son muy instructivos para habituar al usuario a los símbolos y al lenguaje sistémico. Igualmente, es una forma de dirigir el intelecto y la memoria hacia el programa propuesto por el sistema. No hay salida, el programa impone las pruebas a superar. Los incentivos y estímulos que recibe el operador consisten en un plus de tiempo para seguir operando en el sistema. La satisfacción se sublima si se vence al sistema, utilizando el programa trazado por él mismo. Un objetivo imposible.

La necesidad de adecuar el uso de los sentidos el orden sistémico genera cambios en la percepción del mundo y en la construcción de la realidad social. El proceso de adecuación del *homo sapiens sapiens* a una sociedad algorítmica transforma su manera de pensar, lo predispone a entablar una rela-

ción social dependiente de los valores y creencias emanados del pensamiento sistémico. Se educa para su integración. El lenguaje informático se extiende y generaliza, deja de ser un código de especialistas o de uso restringido. Sus conceptos se transforman en palabras de uso común identificables con situaciones cotidianas. Sus símbolos se utilizan para denotar acciones sociales, y sus principios se reconvierten en realidad social y pautas de comportamiento. Cada vez con mayor fuerza, el advenimiento del orden social algorítmico muta la forma de actuar y de pensar. Sin darnos cuenta, estamos sumergidos en un mundo nuevo cuyas pautas de comportamiento son completamente distintas. La vida cotidiana incorpora el lenguaje, los códigos y las formas de actuar de los sistemas informáticos; pensamos y orientamos nuestras decisiones tomando en cuenta el modelo robot.

El sistema algorítmico libera las acciones sociales humanas de tener que pensar al margen de los programas existentes. El campo de condiciones se acota. Pensar es pensar en el sistema. Se abstrae el estado de conciencia de la condición humana. La sociedad se transforma en sistema y el pensar en pensamiento sistémico. El sistema, orden social cuya peculiaridad consiste en su poder de autorregulación, diseña un mundo ordenado, sin fisuras, transmitiendo a sus operadores una sensación de bienestar, tranquilidad y seguridad que hace desaparecer del futuro el miedo a la incertidumbre. Descartado del horizonte social el temor a la incertidumbre, el futuro se vuelve transparente, se administra su llegada desde el sistema algorítmico. No hace falta pensar; la facultad misma de hacerlo se le entrega al sistema, que piensa mejor y más ordenadamente, sugiriendo soluciones más adecuadas a los problemas planteados. El estado de conciencia cede paso al estado de vigilia, sin existencia diferenciada del yo consciente.

Ceder la capacidad de pensar al sistema, para que administre y centralice lo pensado, es una acción antinatural. Sin embargo, la emergente sociedad del conformismo social se fundamenta en este principio. Separa actuar de pensar. Crea autómatas humanos y robots humanizados con «inteligencia artificial». No es extraño que sean los teóricos de la mente-cerebro, de las neurociencias, quienes defiendan la complementariedad entre el pensar y el actuar como parte de la condición humana. «Pensamiento y comportamiento contrastados sugieren una cierta complementariedad. El comportamiento es pensamiento hecho acción, actuación sobre el entorno físico y social, persecución de presas o huida despavorida, lucha por la pareja, etc. Todo en el comportamiento es observable y por eso la selección lo toma como referencia. Así, el tamaño y color de las plumas nos hacen más vistosos o demasiado visibles; en el primer caso, somos más reproducibles; y en el segundo, más beneficiables. El pensamiento es comportamiento interior, reproduce en nuestro interior estrategias motoras que no son asequibles al observador. Permite, asimismo, la elaboración y ensayo de pautas comportamentales complejas para ser desarrolladas en un tiempo lejano, por determinar. Ambos son antagónicos en cierto sentido, porque la tarea consciente requiere un cierto recogimiento motor, mientras que un máximo de actividad motora suele estar reñido con graves elucubraciones mentales. Pero, si bien es viable la existencia de animales vertebrados con nula o rudimentaria capacidad mental, lo contrario no es, amén de viable, deseable en ningún caso: una actividad mental en ausencia de movimiento, de comportamiento»².

² Delgado Gracia, José María, «Neurociencia para pobres: un ensayo sobre lo esperable de la actividad cerebral». Trabajo facilitado por el autor.

Una teoría de la acción social que se fundamenta en la dualidad de pensar y de actuar es la referencia para establecer comportamientos colectivos pragmáticos y conformistas. Su lógica es crear redes sistémicas, de entorno, donde se opere sintácticamente con códigos definidos en un programa básico. Es el principio teórico desde el cual se construye la teoría de la acción social comunicativa. El resultado es una sociedad en la cual pensar es una actividad del sistema y no de la naturaleza humana. La capacidad de pensar y conocer se resuelve en el sistema. Conocer es conocer de algo y en algo. La capacidad de pensar se adhiere a la lógica del sistema. «Este concepto de representación es "débil" porque no comporta necesariamente ninguna implicación epistemológica u ontológica fuerte. Así, es totalmente aceptable decir que un mapa representa el terreno sin preguntarse como adquieren los mapas su significado. También es totalmente aceptable pensar que un enunciado representa un conjunto de condiciones sin preguntarse si el lenguaje en conjunto funciona de este modo, o si de veras hay hechos en el mundo separados del lenguaje que puedan ser representados por oraciones del lenguaje. En otras palabras, el concepto débil de representación es pragmático; lo usamos constantemente sin preocuparnos. La obviedad de tal idea, sin embargo, pronto se convierte en un concepto más fuerte de representación que sí tiene fuertes implicaciones ontológicas y epistemológicas. Este concepto "fuerte" surge cuando generalizamos sobre la base del concepto más débil para elaborar una teoría cabal acerca del funcionamiento de la percepción, el lenguaje o la cognición. Las implicaciones ontológicas y epistemológicas son básicamente dobles: damos por sentado que el mundo está predefinido, es decir, que sus rasgos están definidos antes de toda actividad cognitiva. Luego, para explicar la relación entre esta actividad cognitiva y un

mundo predefinido, planteamos la existencia de representaciones mentales dentro del sistema cognitivo. Luego tenemos una teoría cabal que establece que; 1] el mundo es predefinido; 2] nuestra cognición aprehende este mundo, aunque sea en forma parcial; y 3] el modo en que conocemos este mundo predefinido consiste en representar sus rasgos y luego actuar sobre la base de estas representaciones»³.

Este es el campo de condiciones del orden sistémico afinado en el social-conformismo. Su consolidación es un acto contra-natura que debería suscitar un rechazo global en tanto pone en cuestión la propia condición humana. Es poco probable que se elimine la capacidad de pensar del hombre; sin embargo, el advenimiento del social-conformismo puede llegar a producir un letargo en el estado de conciencia que posibilite un mayor grado de control social y un acatamiento acrítico de las órdenes provenientes del poder sistémico.

Desde los orígenes del *homo sapiens sapiens*, su forma de conocer y de construir el mundo se relaciona directamente con la facultad de imaginar y pensar. Igualmente, la memoria y el lenguaje hablado y escrito permiten al *homo sapiens sapiens* desarrollar una existencia diferenciada del resto de vertebrados superiores. Pensar y crear, recordar y transmitir conocimientos, así como explicar y comprender el orden de la naturaleza y los principios que la rigen, son algunos de los retos que están presentes en la condición humana. Preguntarse acerca de la creación del universo, de la vida o de la materia es algo inherente a nuestra existencia. La multiplicidad de respuestas da muestra de la diferencia de pensamientos e ideas que coexisten en la mente humana. Sin embargo, las respuestas, provengan

³ Varela, Francisco, *Conocer. Las ciencias cognitivas: tendencias y perspectivas. Cartografía de las ideas actuales*, Gedisa, Barcelona, 1996, pp. 98-99.

de la esfera de la religión o de la ciencia, comparten un principio: buscan explicar, descubrir los orígenes, la forma de organización y el tipo de orden que rige el movimiento del universo. Tras esta preocupación por descubrir los fundamentos del universo subyace una cualidad de la condición humana que se manifiesta en la necesidad de dotar de orden y de certezas una naturaleza contingente y estocástica. Nuestra mente-cerebro nos lleva por derroteros imprevisibles ligados a los principios caóticos y de organización determinista.

Aceptar esta naturaleza es el principio para asumir la diferencia como principio de organización y relación social. Además, la existencia de tiempos y opciones contrapuestas hace posible mantener activo el estado de conciencia de los sujetos actuantes en sus sociedades. Es el estado de conciencia lo que se pretende castrar de la condición humana para favorecer el advenimiento del pensamiento sistémico e inhabilitar la acción del pensar crítico, del pensar diferente. Estamos ante una acción mutante que propone rehacer la fisiología y la morfología de la existencia y la vida para alterar la condición humana.

Es importante reconocer el problema al que nos enfrentamos cuando hablamos de la sociedad del conformismo. Es una lucha entre maneras de interpretar, de concebir la vida y la existencia. La sociedad del conformismo es un orden fundante que impone sus mitos y sus relatos históricos. Sus mitos «solo pueden ser asimilados si se convierten para la mirada particular en un especie de imposición, a la que está sometida igualmente la sociedad entera, en la que participa el individuo. El mito configurador de valor es, por tanto, la renuncia a la libertad, en cuanto impone un modelo dado, y también una renuncia al comienzo absoluto del ser humano, en cuanto intenta situar a este, es decir, a una sociedad histórica, en una posición ahistórica, absolutamente originaria, prestándole

una dimensión atemporal suplementaria, pues desearía comprenderla relacionándola con un orden atemporal»⁴.

Hoy, los principios de organización social-conformista están contenidos en la posibilidad de asimilar los valores míticos que impone su discurso teórico y su propuesta política. En primer lugar, se construye una existencia sistémica, unificando los tiempos de vida en función del orden y las redes del sistema; a continuación se establecen los límites de actividad permisibles en el sistema, dotando al mismo de mecanismos de seguridad que eviten su ruptura. En segundo lugar, se desarticula una estructura mental y se formaliza otra. En ella se critica la acción de pensar vigente y se impone el criterio de la vida sistémica, para la cual el estado de conciencia social y personal es prescindible. La conciencia se recrea en el programa central del sistema, se dota de vida y naturaleza ontológica. Los sujetos que en él habitan son aleatorios y, en esa medida, prescindibles. El sistema seguirá existiendo como el nuevo Dios regulador y organizador. Su función será controlar los tiempos, el político, el social, el comunicativo, el cotidiano, el privado y el público, todos integrados en la razón sistémica.

La incertidumbre y el caos serán asimilados por el sistema. El miedo a lo contingente, a los futuros imprevistos, a un mundo no planificado, desaparece del horizonte humano. La existencia debe ser plácida, llena de certezas, con un futuro sin fisuras, granítico. Así, la nada y la incertidumbre son reinterpretadas por el sistema, negando al ser la facultad de pensar tiempos alternativos, diferenciados y disímiles. El caos y la incertidumbre, al interior del pensamiento sistémico, adoptan una denominación menos conflictiva, adjetivándose como «vacío sistémico»: ¿Pero qué es el vacío sistémico? La respuesta la en-

contramos en los teóricos del social-conformismo y del pensamiento sistémico. Para estos, el vacío responde una determinación del espacio en el cual actuamos y en el que operamos. Es decir, se trata de un vacío matemático, que se llena continuamente de objetos que pueden ser eliminados en beneficio de otros. Es el conjunto vacío. El sistema lo absorbe, lo construye, le da plasticidad, asegurando de esta manera su reproducción y continuidad. El pensamiento sistémico no es único; es vacío, se puede llenar con cualquier discurso o propuesta comunicativa. El requisito es asumir los referentes para la acción previamente elegida. Elección y deseos acaban siendo coincidentes y unificados mediante los códigos centrales del sistema: poder, amor, dinero y verdad, como señala Niklas Luhmann. En el pensamiento sistémico, incorporar el vacío permite la mutación de la condición humana, de ser social y político a operador sistémico autocomplaciente y conformista.

«Con el universo de los objetos, de la publicidad, de los mass media, la vida cotidiana y el individuo ya no tienen peso propio, han sido incorporados al proceso de moda y de la obsolescencia acelerada: la realización definitiva del individuo coincide con su desubstancialización, con la emergencia de individuos aislados y vacilantes, vacíos y reciclables, ante la continua variación de los modelos»⁵. Ya integrados en el sistema social-conformista, los individuos, transformados en operadores sistémicos, actúan mecánicamente guiados por los mensajes que emite el sistema, cuyos referentes comparan con los demás miembros. En el interior del sistema y en su entorno gravitatorio, el espacio-tiempo del pensar debe ser controlado. Se trata de regular y definir las conductas indivi-

⁴ Kolkowski, Leszek, *La presencia del mito*, Cátedra, Madrid, 1990, p. 30.

⁵ Lipovetsky, Gilles, *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*, Anagrama, Barcelona, 1988, p. 107.

duales y los comportamientos colectivos que optan por tomar referentes externos para constituir acciones sociales referenciales anti-sistémicas.

En el orden sistémico solo cabe la noción de operador. Su reconocimiento social se obtiene gracias a la acción comunicativa vacía de contenido, salvo el proveniente de los signos comunicados, emitidos y recibidos. Así, la existencia humana se reduce a una existencia semiótica. Para los operadores es más fácil aceptar, pragmáticamente, la voluntad del sistema, que concebir y proponer una opción de análisis problemático que recupere la incertidumbre y la contingencia como factores constituyentes de la condición humana. En una situación extrema como la que aquí se enuncia, el hombre se reduce a ser parte de una especie animal formada por individuos aislados, que se reconocen entre sí por los signos y el habla que producen.

«En un proceso de semiotización, el signo debe resultar obligatoriamente mediatizado por un tercer término (el interpretante) para provocar una respuesta del lado del destinatario. El interpretante es pues la condición necesaria de la circulación de todo sentido. Él define el estatuto del signo y garantiza su validez, es decir, da a este último la posibilidad de presentar el objetivo en el interior del circuito de comunicación. En sentido estricto, el interpretante vendría a ser la relación paradigmática entre un signo y otro signo. Es decir, que el interpretante es él mismo otro signo que, en cuanto tal, posee un interpretante. Lo que quiere decir que la semiosis es un proceso ilimitado de reenvíos diferenciales, de signo a signo. La semiosis constituye pues un sistema de interrelaciones sin vínculo con la realidad referencial»⁶. Un operador sistémi-

⁶ Carontini, Enrico y Peraya, Daniel, *Elementos de semiótica general. El proyecto semiótico*, Gustavo Gili, Barcelona, 1979, p. 20.

co ocupa el lugar de un signo desprovisto de capacidad para interpretar y reflexionar sobre su significado y de explicar su existencia.

El sistema reclama para sí la existencia de lo vivo y lo muerto. Como realización global de lo existente, conjunto vacío, construye una explicación natural desde la sociobiología: «En principio, la sociobiología no quiere ser ya una teoría "animal" como tampoco una teoría "humana". Más bien es una teoría biológica que no excluye *a priori* a ninguna especie [...]. Es el estudio de la base biológica de todo comportamiento social. La sociobiología humana tendrá, de hecho, estas tres principales características: a] *La negación del hecho cultural*. Historia, civilización, instituciones serán epifenómenos frente a variables juzgadas más pertinentes: poliginia, exogamia, agresión, altruismo, etcétera; b] *La transformación de explicaciones formales en un discurso sustancialista*. Puesto que hay que rehabilitar en el hombre una animalidad reprimida por la cultura, las virtudes evocadoras del modelo animal se expresan plenamente. Jamás se hablará tanto en sociobiología de «instintos» y de «impulsos» como cuando se trate de la especie humana; y c] la normativa del discurso. Una conducta será juzgada digna de interés tan solo en el momento en que exista una presunta presión selectiva que pueda explicar su aparición»⁷.

El pensamiento sistémico naturaliza su relato mítico, del cual emergen sus signos y mensajes. Así, el orden sistémico naciente es capaz de absorber todo universo posible: «No solo incluye lo real (lo presuntamente real), sino también lo negativo (lo irreal, lo imposible)»⁸. La aceptación mítica del

⁷ Veuilli, Michel, *La sociobiología. Bases biológicas del comportamiento social*, Grigalbo-Conaculta, México, 1990, pp. 80-81.

⁸ Luhmann, Niklas, *Sistemas sociales*, Anthropos, Barcelona, 1996, p. 60.

vació sistémico aporta el estado de consistencia y completud al comportamiento social-conformista. El sentido de incertidumbre y caos determinista son desplazados del campo de condiciones del operador sistémico. Es más, la sociedad deja de considerarse una forma específica de realidad social creada por el hombre, sustituyendo el principio de organización por la lógica sistémica. Luhmann apostilla que el pensamiento sistémico no hubiese sido posible si se siguiese aferrado al postulado que señala que el hombre es un animal social y que la sociedad consta de hombres. Quienes sigan aferrados a esa premisa y busquen defender con ella un objetivo humanitario tienen que aparecer como adversarios de la pretensión de universalidad de la teoría de sistemas⁹.

El sistema, como si de un vampiro se tratase, succiona la vida y la conciencia del *homo sapiens sapiens*, convirtiéndolo en un servidor complaciente y conformista, sometido a la voluntad del sistema. Su existencia no le pertenece. El nacimiento de un operador sistémico obediente y agradecido con su amo, el sistema, le garantiza, sin miedo y sin incertidumbres, desplazarse por todas las redes y circuitos establecidos para reproducir un comportamiento social-conformista donde el vacío no dé lugar a pensar y solo se permita actuar.

Si el vacío constituye la forma más adecuada para configurar un sistema, no lo es para explicar lo social y la condición humana. En este sentido, Humberto Maturana pone de manifiesto las contradicciones existentes entre la condición humana, la creación de un orden y el pensamiento sistémico: «Ciertamente se puede hacer lo que Luhmann hace al distinguir un sistema cerrado definitivamente autopoietico en el espacio de las comunicaciones que él llama sistema social. Lo que yo me pregunto

⁹ *Ibid.*, p. 61.

es si una noción de social como esta surge en el ámbito de lo cotidiano y se aplica adecuadamente a este sistema: es decir, me pregunto si el sistema que Luhmann distingue como el sistema social genera los fenómenos y experiencias que en la vida cotidiana connotamos al hablar de lo social. Yo pienso que no, que no lo hace, y pienso por tanto que la noción de lo social está mal aplicada al tipo de sistemas que Luhmann llama «sistemas sociales». Lo social no pertenece a la sociología, pertenece a la vida cotidiana, y la sociología solo hace sentido como intento explicativo de la vida cotidiana, si no, es solo literatura. Todo lo que Luhmann parece querer explicar con su teoría de los sistemas sociales separando lo humano y dejándolo como parte del entorno, y mucho más que él no puede explicar, como el origen del lenguaje, como el origen de lo humano, se puede explicar sin ese argumento¹⁰.

Sin embargo, desde el punto de vista sistémico las condiciones no representan un problema a la hora de definir sus límites. Sus fundamentos son revolucionarios, puesto que transforman la condición humana. Lo social y lo cotidiano pertenecen al sistema. Para producir esta mutación es necesario crear entornos, ya no estructuras, políticas, sociales, religiosas y económicas que proyecten un comportamiento global, generando una cultura: la cultura del conformismo. En la dimensión aquí analizada, la cultura del conformismo crea símbolos, lenguajes y actitudes cuya finalidad es socializar a los operadores sistémicos en su lógica. El grado de legitimidad que adquiere la cultura del conformismo es directamente proporcional al grado de interiorización de los valores que proyecta el sistema hacia sus miembros.

¹⁰ Maturana, Humberto, *La realidad: ¿objetiva o construida? Fundamentos biológicos de la realidad*, Anthropos, Barcelona, vol. 1, Prólogo, p. xxvii.

La cultura del conformismo se configura como totalidad y en este sentido construye una personalidad social donde los sujetos, ahora operadores sistémicos, actúan en función de dichos principios de socialización. Se trata de una dinámica que fabrica comportamientos conformistas cuyos efectos se proyectan en todo el quehacer cotidiano. Si el estado social e individual de indiferencia pasa a formar parte de la condición humana es porque se corresponde con un estado psicológico donde la conciencia no está plenamente configurada. Es decir, el grado de articulación del yo social aún no se ha producido. La indiferencia se caracteriza por ser una relación donde los sujetos se inhiben de tomar decisiones, positiva o negativamente, al desconocer los motivos y el sentido en virtud de los cuales cada operador actúa de determinada manera. En la indiferencia, la ignorancia es aducida como parte de la decisión tomada. Somos indiferentes ante hechos que suceden a nuestro alrededor o a distancia, pero cuya existencia desconocemos o de los cuales tenemos una visión confusa. Cambiamos nuestra actitud social, revertimos la indiferencia, cuando tenemos los elementos valorativos que nos permiten emitir un juicio crítico. A partir de ese momento, la indiferencia desaparece, resolviéndose sus contradicciones.

El conformismo, en su aspecto social e individual, tiene un principio de configuración distinto. Es el resultado de valorar, es decir, de emitir un juicio de hechos, acatando voluntariamente la dirección de las decisiones tomadas por el sistema. Así surge el conformismo social, un tipo de comportamiento premeditado donde los principios éticos se abstraen a la hora de enjuiciar el orden establecido. Ser conformista es una decisión que imprime carácter y determina la personalidad. En otros términos, el conformismo es una decisión, la indiferencia es una circunstancia. ¿Pero cuál es el carácter y la personalidad social-conformista

que se produce en el sistema? Ya hemos visto que la vida en el sistema requiere operadores que deambulen por sus redes, felices, conformes con su existencia. Ahora bien: «Sabemos, desde luego, que el hombre puede ser convertido en robot por medios químicos y psiquiátricos, por coacción incesante y por la acción de un ambiente controlado, pero también por presiones fortuitas y series de circunstancias no planeadas. Pero, ¿puede obligarse a querer convertirse en un robot animado y complaciente? ¿Puede ser feliz en ese estado, y cuáles son las cualidades y el significado de esa felicidad?»¹¹.

Si señalamos que el conformismo proyecta una cultura, es posible recuperar los argumentos de Freud en sus obras *El malestar en la cultura* y *Más allá del principio del placer* para indicar que psicológicamente la cultura del conformismo tiende a desarrollar técnicas para evitar el displacer. Se trata de sustituir el humano sentir por un estado psíquico de satisfacción y felicidad ligado al mundo exterior. Se inhibe la conciencia y se proyecta un estado de quietud para eludir la motilidad que provoca el reconocimiento social del yo. El sistema, ya lo hemos señalado, reorienta los fines humanos hacia el vacío, tratando de reducir la existencia humana a un conjunto de satisfacciones que desplazan el sentido del placer hacia la posesión de objetos, de modo que la felicidad se halla en la vinculación afectiva que sus poseedores entablan con ellos. Es el sistema, transformado en un organismo vivo, el que sufre. El humano sufrimiento en Freud, reconocimiento consciente de la supremacía de la naturaleza, de la muerte y de la contingencia histórica de las relaciones sociales, es traspasado al sistema.

Para evitar el displacer, el robot alegre, conocedor de los códigos del sistema, asume gustoso su estado de quietud vo-

¹¹ Mills, Wright, *La imaginación sociológica*, ed. cit, pp. 183-184.

luntaria, y cree eludir así las responsabilidades derivadas del estado de conciencia que cuestiona su pasividad en tanto ser social. Es el advenimiento del mundo feliz que Aldous Huxley relató en su novela. El adormecimiento de la conciencia por la administración de fármacos que evitan todo malestar y sufrimiento, creando un mundo sin frustraciones y autocomplaciente. La cultura del conformismo se puede identificar, por tanto, por el tipo de comportamiento social e individual que acompaña a los operadores sistémicos, caracterizado por las actitudes que adoptan frente al orden sistémico, y que pueden sintetizarse en:

- Total acatamiento del orden sistémico.
- Subordinación a los códigos comunicativos del sistema.
- Comportamiento pragmático.

Se pueden ejemplificar las características de la personalidad conformista en las actitudes que identifican a los operadores del pensamiento sistémico. Así, todos sus miembros se reconocen en la práctica del lenguaje operacional del sistema en el cual se desplazan. No cuestionan el engranaje que les mueve en el circuito. Se sienten libres en el interior del orden sistémico y se transmiten la información, reproduciendo la lógica del sistema de manera expansiva. Este criterio, ser libres en la red, les proporciona los argumentos para auto-complacerse. Se reconocen en el pragmatismo. Dominan los códigos del dinero y del poder. Mutan de discurso cuando el sistema lo requiere. Son sofistas, practican la paradoja y el parloteo vano. Un día dicen blanco y al siguiente negro. Su lenguaje es plano y siempre acaba con la frase: «no hay más realidad que el sistema, hay que vivir en él». Descalifican el comportamiento ético. Son individualistas, creen en el éxito personal y rechazan la diferencia, pero son tolerantes. Si nos ceñimos a la personalidad y al comportamiento social-conformista que

proponen los teóricos del pensamiento sistémico, son adúladores del poder. El conformismo y la complacencia son actos sociales premeditados, desarrollados a medida que se reniega de la conciencia social del yo. «Las afectaciones sociales no se desarrollan más que con nuestras luces. La piedad, aunque natural en el corazón del hombre, permanecerá eternamente inactiva sin la imaginación que la pone en juego [...] Quien no ha reflexionado nunca no puede ser ni clemente, ni piadoso: no puede siquiera ser malvado y vengativo. Quien nada imagina nada siente más que así mismo: está solo en medio del género humano»¹². El individuo conformista conoce el comportamiento ético pero huye del él. Hay un abandono consciente del imperativo ético. Por ello, el tipo de carácter que lo acompaña se funde en el prototipo del cobarde, del mentiroso y del débil, necesitando de una fuerza exterior, el sistema, para subsistir.

Del sentido común a la opinión común: la vulgarización del conocimiento

Si la sociedad del conformismo y su cultura niegan el pensamiento fuerte como principio articulador del saber tecnológico, el operador sistémico no requiere más aptitudes que conocer y saber comunicarse a través de los códigos característicos del sistema. Para el pensamiento débil y sistémico, el mantenimiento del sentido común como cualidad humana es un problema al que se enfrenta tratando de disolverlo, mutándolo en opinión pública común.

¹² Rousseau, Jean-Jacques, *Ensayo sobre el origen de las lenguas*, Akal, Madrid, 1980, p.60.

Analizar la función que cumple el sentido común en la formación de conocimiento, en la explicación científica, es vital para reconocer los límites del pensamiento sistémico y aportar los elementos necesarios para la reconstrucción del pensamiento crítico. En otros términos, el sentido común es parte constituyente de la condición humana, participa de forma activa en la creación y producción de conocimiento científico y saber teórico. No se puede separar el sentido común de la condición humana, ni menos eliminarlo de la cognición del mundo tal y como el *homo sapiens sapiens* la experimenta. El contexto y el sentido común no son artefactos residuales que se puedan eliminar progresivamente mediante el descubrimiento de reglas más elaboradas: «Constituyen la esencia misma de la cognición creativa [...] El verdadero desafío que esta orientación plantea es que pone en tela de juicio el supuesto más arraigado de nuestra tradición científica: que el mundo tal y como lo experimentamos es independiente de quien lo conoce. En cambio, si estamos obligados a concluir que la cognición no se puede entender adecuadamente sin sentido común, el cual no es otra cosa que nuestra historia corporal y social, la inevitable conclusión es que conocedor y conocido, sujeto y objeto, se determinan uno al otro y surge simultáneamente. En términos filosóficos: el conocimiento es ontológico».¹³

En concordancia con esta línea argumental podemos abs-trair dos factores propios del sentido común, y analizarlos mostrando la función que cumplen en la formación del conocimiento humano. Dichos factores son complementarios y responden a dos órdenes de explicación autónomos: a) cualidad cognitiva de nuestra mente-cerebro; b) conocimiento

¹³ Varela, Francisco, *Conocer*, Gedisa, Barcelona, 1996, p. 96.

social específico de carácter práctico¹⁴. En ambas perspectivas podemos advertir que el adjetivo «común» es la base para comprender el tipo de conocimiento producido. Sin embargo, antes de iniciar la explicación, debemos contraponer el sentido común al concepto de opinión pública común, aunque solo sea para aclarar las diferencias de principio explicativo existentes entre ambos conceptos. Si el sentido común no está reñido con la formación de conocimiento y forma parte del proceso de cognición, la opinión pública, por el contrario, no forma parte de la acción cognitiva de conocer. Mientras el surgimiento del sentido común es producto de la experiencia y la memoria reminiscente, la opinión pública se presenta como un hecho apriorístico y estadísticamente concebido. «Pues el sano sentido común llamado también «entendimiento común» se caracteriza de hecho de una manera decisiva por la capacidad de juzgar. Lo que constituye la diferencia entre el idiota y el discreto es que aquel carece de capacidad de juicio, esto es, no está en condiciones de subsumir correctamente ni en consecuencia de aplicar correctamente lo que ha aprendido y lo que sabe»¹⁵.

Como facultad intelectual, el sentido común se experimenta prácticamente, es un hecho producido cualitativa y no cuantitativamente. En esta dinámica, se manifiesta la relación existente en el conocimiento adquirido por el sentido común y la experiencia práctica derivada de su ejercicio. Así, el sentido común puede ser comprendido, en su realización y movimiento, como la capacidad de memoria consciente y de

¹⁴ Cf. Schutz, Alfred, *El problema de la realidad social*, Amorrorrtu, Buenos Aires, 1974. Shutz es el sociólogo por excelencia del sentido común.

¹⁵ Gadamer, Hans-Georg, *Verdad y método*, Sígueme, Salamanca, 1993, p. 61.

reminscencia utilizada para producir un acto cognitivo específico. Es el estado de conciencia lo que activa la facultad y la práctica de sentido común. No se trata de un ejercicio memorísticas de vida. El sentido común no busca revivir el pasado: debe memorizar códigos sintácticos y actuar desde la lógica sistemática con el fin de adecuarse a sus mensajes. Vive en la ciudad. En cambio, el sentido común de una existencia diferente y poder de reminscencia al mismo tiempo, y se distingue del mero acto de memorización en tanto «la memoria difiere de la reminscencia no solamente por lo que se refiere al tiempo, sino porque en los animales fuera del hombre, muchos tienen memoria, mientras que ningún animal posee reminscencia, excepción hecha del hombre. La causa de este privilegio es que la reminscencia es una especie de silogismo»¹⁶.

En esta aceptación, el sentido común se presenta como condición para el surgimiento del *zoon politikon*. El sentido común crea realidad y fundamenta conocimiento, es capaz, en tanto facultad, de desarrollarse continuamente, transformando en su movimiento la realidad y la cognición del mundo. Es un hecho constructivo de lo social. Por ello, el sentido común es específico de la condición humana: compartimos con nuestros hermanos vertebrados, en mayor o menor proporción, el sentido olfativo, el tacto, la audición, de modo que el sentido común no puede ser la suma de todos ellos, ni tampoco expresión más completa. El sentido común propone, diferencia y es capaz de configurar un nuevo conocimiento que es producto de su específica función.

¹⁶ Aristóteles, *Parva Naturalia*, 453 a.

«Cabría preguntarse, en fin, con qué finalidad poseemos varios sentidos y no uno solo. Seguramente es así para que no pasen inadvertidos los sensibles comunes y concomitantes, como movimiento, magnitud y número. Y es que, de existir solamente la vista y siendo lo blanco su objeto, estos sensibles comunes nos pasarían más fácilmente inadvertidos: al darse color y magnitud conjuntamente, podría parecernos que ello es la misma cosa. Sin embargo, y puesto que los comunes se dan también en otras cualidades sensibles, se pone de manifiesto la peculiaridad de cada uno de ellos»¹⁷. Asimismo, el sentido común, facultad de la mente-cerebro, está determinado por el tipo de conocimiento producido y la finalidad deseada. El sentido común obliga a realizar una acción deliberante que es capaz de diferenciarlo de la opinión común¹⁸. Recordando la definición aristotélica, Antonio Gramsci señala lo pertinente de diferenciar el *concepto de sentido común*, utilizado como referente ideológico por las clases dominantes para proyectar su dominio hegemónico y su visión del mundo, del *buen sentido*: «Pues el buen sentido es una actitud de la conciencia, una superación de las pasiones bestiales y elementales por una concepción de la necesidad que dé a la acción individual una dirección consciente»¹⁹.

Buen sentido y sentido común en Gramsci y Aristóteles son sinónimos y por ende sus explicaciones son complementarias, a pesar de la distancia histórica que los separa, más de veinte siglos. Constituyen el principio de explicación de los actos sociales de la conciencia, cuyo fin es producir una experiencia social

¹⁷ Aristóteles, *Acercas del alma*, 425b15.

¹⁸ El objetivo del sentido común está definido socialmente por deliberar en función del bien común.

¹⁹ Gramsci, Antonio, *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1971, p. 26.

práctica contingente que sea continuamente transformadora de la realidad construida. Pensar el sentido común como un ejercicio de la conciencia nos permite introducir su segunda acepción: conocimiento social de carácter práctico, donde lo práctico se interpreta como la capacidad humana de producir realidad y conocimiento mediante la experiencia de lo común. En esta acepción, el sentido común es un ejercicio que pone en funcionamiento la acción social de emitir un juicio de razón práctica. En esta dinámica, el sentido común se manifiesta como la capacidad de juzgar lo real existente. La diferencia entre la razón pura y la razón práctica, donde se ubica el sentido común, está determinada por la distancia que separa lo real existente de lo posible representado: «Es indispensablemente necesario para el entendimiento humano distinguir posibilidad y realidad de las cosas. El fundamento de ello está en el sujeto y en la naturaleza de sus facultades de conocer. Pues si para el ejercicio de estas no fueran exigibles dos cosas totalmente heterogéneas, entendimiento para los conceptos, intuición sensible para los objetos, no habría semejante distinción entre lo posible y lo real. Si nuestro entendimiento fuera intuitivo, no tendría otro objeto de lo real. Conceptos e intuiciones sensibles vendrían ambos a desaparecer. Ahora bien: toda nuestra distinción de lo meramente posible y de lo real descansa en que lo primero significa la posición de la representación de una cosa respecto a nuestro concepto y, en general, a la facultad de pensar, y lo segundo, empero, el poner la cosa en sí misma (fuera de ese concepto)»²⁰.

¿Cuál es, por tanto, el conocimiento que se deriva del sentido común? Un conocimiento práctico. ¿Por qué? Porque el

²⁰ Kant, Immanuel, *Crítica del Juicio*, Espasa-Calpe, Madrid, 1991, pp. 380-381.

saber del sentido común no está determinado por causas o principios de orden analítico, sino sintético. El sentido común no construye hipótesis de explicación social de orden lógico-casual. Es un saber práctico y social porque se configura partiendo de lo común real existente. Por tanto, el sentido común es contingente, no algo estático previamente concebido. Se transforma en la misma medida en que lo hace la existencia de los grupos humanos a la que responde. Hay tantos sentidos comunes como experiencias prácticas sociales se dan histórica y culturalmente.

Al ser una dinámica de prácticas sociales, el sentido común constituye y expresa, también, la moral colectiva que identifica a una sociedad. Pensando políticamente, el uso del sentido común está determinado por la búsqueda del bien común, sienta las bases para el surgimiento de un comportamiento ético capaz de realizar una crítica al poder desde el deber ser ético del poder político. La acepción política del sentido común fundada en la ética ha sido un referente de la razón cultural de Occidente, mientras la relación entre ética, conciencia y bien común guió la acción ciudadana de crítica social al poder. Así, el concepto de opinión pública formado durante los siglos XVIII-XIX, según fue defendido por los pensadores ilustrados, desarrolla la trilogía enunciada. Su objetivo consiste en limitar el ejercicio absolutista del poder político, creando un contrapeso ciudadano capaz de asegurar la práctica de la libertad y el uso crítico de la razón práctica.

«Para esta ilustración no se requiere más que una cosa, *libertad*, y la más inocente entre todas las que llevan ese nombre, a saber: libertad de hacer *uso público* de su razón íntegramente. Mas oigo exclamar por todas partes: ¡nada de razones! El oficial dice: ¡no razones, y haz la instrucción! El funcionario de hacienda: ¡nada de razonamientos!, ¡a pagar! El reverendo: ¡no

razones y cree! (solo un señor en el mundo dice: *razonad* todo lo que queráis y sobre lo que queráis pero ¡obedeced!). Aquí nos encontramos por doquier con la limitación de la libertad. Pero ¿qué limitación es obstáculo a la ilustración? ¿Y cuál, por el contrario, estímulo? Contesto: el uso público de su razón le debe estar permitido a todo el mundo y esto es lo único que puede traer ilustración a los hombres [...]». Sin embargo, la complementariedad entre sentido común y opinión pública ilustrada, «buen sentido», se rompe perdiendo su significado. En la actualidad el sentido común y la opinión pública cambian sus referentes explicativos, disolviéndose el vínculo que los une a la condición humana al obtener su significado de los códigos sistémicos y la cultura social-conformista.

En este campo de condiciones, el sentido común se concibe como manifestación ideológica ligada a la falsa conciencia o a la filosofía de los no filósofos. Esta interpretación reduccionista ya la encontramos en los primeros decenios del siglo XX, pero sirve de guía para transformar el sentido común en una cosmovisión colectiva que proyecta los valores de la clase hegemónica y la sociedad dominante. El rol esencial de la filosofía en el seno del bloque histórico se manifiesta en su influencia sobre las concepciones del mundo propagadas entre las clases auxiliares y subalternas: el sentido común. «Toda filosofía "histórica", vale decir orgánica, debe prolongarse por el sentido común, y esto significa que a la vez que elabora un "pensamiento superior al sentido común y científicamente coherente", todo movimiento filosófico orgánico debe mantenerse en contacto con las capas populares, con los "simples" e incluso encontrar en este contacto la fuente de los problemas a estudiar y resolver»²¹.

²¹ Portelli, Hugues, *Gramsci y el bloque histórico*, Siglo XXI, México, 1987, p. 21.

En el orden sistémico, esta concepción se transforma en un código referencial por medio del cual el operador sistémico demuestra el grado de adaptación al medio. El sentido común transferido al sistema se convierte en un indicativo de acatamiento y subordinación. Por consiguiente, el operador sistémico absorbe y asimila en su acción social comunicativa el sentido común emitido por el sistema. Tener sentido común es asumir una diversidad de comportamientos, cada uno de ellos adecuado a las lógicas diferenciadas de actuación que ofrece el sistema para movilizarse entre sus complejas redes. Al soslayarse los principios del sentido común en tanto parte constituyente de la condición social humana, este se atomiza e individualiza, abriendo las puertas y transfiriendo su significado a un ámbito menos confictivo y más controlable por el sistema. Su nuevo significado se homologa al concepto social de opinión pública común.

La opinión pública común, suma estadística de individuos que contestan acerca de lo que se pregunta, es una realidad matemática, socialmente inexistente. Sin embargo, al convertir el sentido común en opinión pública, el operador sistémico se considera portador de sentido común en tanto su comportamiento responde a los valores medios configurados estadísticamente para cada caso concreto. Se consume sentido común. El operador sistémico, partícipe de la cultura social-conformista, se siente seguro cuando observa que su comportamiento no se distingue del común de sus iguales y los sondeos de opinión pública lo ubican en la media nacional. El miedo a la diferencia es lo que esconde la tranquilidad que otorga sentirse parte activa del sistema.

El sentido común, interpretado como un saber eficiente cuyo conocimiento facilita la adecuación de los operadores a las lógicas del sistema, es la «quintaesencia» del bien hacer. Tener sentido común es actuar de acuerdo con los valores pro-

yectados por el orden sistémico. Desprovisto de su capacidad para formular un juicio crítico de razón práctica, solo se reconoce como opinión común legitimadora de una ciencia y un saber social-conformista. «La perspectiva alternativa que se puede delinear es la de una relación constructiva, circular y vicaria entre vínculo y posibilidad, donde las formas siempre diversas asumidas por esa relación indican las grandes etapas históricas efectivamente realizadas. No solo la naturaleza tiene una historia: también lo posible y lo necesario pueden tener una historia [...]. Pero la tienen en el sentido de dictar trayectorias posibles para su reformulación, no en el sentido de imponer la reformulación [...]. *La cuestión de la interpretación de una fórmula como "el vínculo y la posibilidad" es un lugar privilegiado para mostrar la complejidad del anudamiento entre ciencia, filosofía y sentido común.* No estamos en presencia de una ciencia juez implacable ni de una ciencia coleccionista y vasalla»²².

Es en esta nueva ciencia vasalla y coleccionista de datos donde surge el proceso que pretende la eliminación consciente del sentido común como conocimiento práctico. El objetivo final es provocar la descalificación del buen juicio que lo acompaña. Es un ataque concéntrico destinado a paralizar el uso crítico de la razón fundada en el sentido común. Así, los puntos básicos de este ataque los podemos identificar detallando los supuestos de los argumentos del pensamiento sistémico social-conformista:

- 1) Se menosprecia el análisis social de orden cualitativo. Su finalidad es cuestionar las explicaciones teóricas de orden crítico que lo apoyan.

²² Ceruti, Mauro, «El mito de la omnisciencia y el ojo del observador», «Sentido», en Watzlawick, Paul y Krieg, Peter, *El ojo del observador. Contribuciones al constructivismo*, Gedisa, Barcelona, 1995, pp. 57 y 60.

- 2) Se descarta la relación existente entre praxis teórica y experiencia práctica. Con ello se pretende desarticular el vínculo que une la realidad sociohistórica con los proyectos políticos de cambio social.
- 3) La sociedad y lo social se transforman en un orden sistémico autorreferencial definido por la capacidad de adaptación de sus miembros a la dinámica del sistema. Desaparece la subjetividad del sujeto en la construcción de realidad y de pensamiento.
- 4) Se menosprecia el papel de los futuros contingentes desde el cual se construye y planifica el tiempo del sistema. Igualmente, se ocultan los ejes centrales desde los cuales se construye el pensamiento social-conformista, presentando su advenimiento como el único y mejor futuro posible.
- 5) La realidad se presenta como una creación del sistema, algo exterior a la existencia del individuo. Así, puede surgir el operador sistémico «ente» que sustituye el sujeto histórico-social de carne y hueso.
- 6) Emerge la sociedad del conformismo y su cultura puede expandirse.

El proceso de reversión de la cultura del conformismo no está al margen de desvelar y mantener, como parte de la condición humana, la conciencia y la cordura teórica y práctica que abriga el sentido común.

CAPÍTULO 8

REVOLUCIONARIOS, SUBVERSIVOS E INCONFORMISTAS

Salvo excepciones, los revolucionarios del siglo XVIII, los primeros en definirse como tales, eran miembros de la burguesía, de las élites. Hijos de comerciantes, terratenientes esclavistas, banqueros, miembros de la aristocracia. Hombres de éxito. Vestían pelucas empolvadas, medias blancas, camisas de seda y volantes, pantalones ajustados, chaquetas de cuello alto, zapatos con tacón y hebillas. De trato cordial, finos en sus modales y, en muchos casos, conservadores en sus costumbres. Algunos tenían formación militar, otros eran profesionales o intelectuales. Lectores empedernidos, se empapaban del pensamiento emancipador. Voltaire, Locke, Montesquieu, Rousseau, Kant, Condorcet o Diderot eran autores de referencia, cuando no ellos mismos revolucionarios.

Si nos remitimos a la revolución americana (1776) y a la Revolución Francesa (1789), los retratos de Jefferson, Washington o Franklin proyectan la imagen de hombres a la moda, finos y hasta refinados. Dantón, Robespierre y Saint-Just tampoco se quedan atrás. Poca distancia los separa de los revolucionarios del XIX, Francisco de Miranda, José Artigas, Simón Bolívar, José de San Martín, Bernardo O'Higgins o José Martí. Ilustrados, reformadores, con una fe ciega en el

progreso. Sus referentes intelectuales coincidían. Muchos de ellos formaron parte de sociedades secretas, en especial de la francmasonería. Era el tiempo de las revoluciones burguesas. Sus revolucionarios se concentran en la lucha contra el antiguo régimen y por los derechos políticos: «de modo más específico, las peticiones del burgués de 1789 están contenidas en la famosa *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano* de aquel año. Este documento es un manifiesto contra la sociedad jerárquica y los privilegios de los nobles, pero no en favor de una sociedad democrática o igualitaria»¹.

La revolución estaba de moda y los revolucionarios también. Marcaba el ritmo, condensando las demandas de transformación social. Los gritos de libertad de la burguesía enfrentándose a la aristocracia copaban el espacio político de la revolución. Ser revolucionario era una manera de ser. El adjetivo se aplicó a las costumbres, el derecho, la religión, la economía, los países, los estados, los continentes, incluso al planeta entero².

Los revolucionarios burgueses derivaron sus esperanzas, sus reivindicaciones y sus formas de actuar y pensar a la lucha en pro de un orden republicano y constitucional. La apertura política y la reivindicación de derechos ciudadanos fueron sus logros. Así, ni todos los revolucionarios han sido socialistas, comunistas, marxistas o demócratas, ni tienen por qué serlo. Sin embargo, hay un factor que les identifica: forman parte de las anti-élites que luchan contra el statu quo y se enfrentan a un orden social y político degradado y corrupto. Las

¹ Hobsbawm, Eric, *Las revoluciones burguesas*, Guadarrama, Barcelona, 1985, p. 113.

² Koselleck, Reinhart, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Paidós, Barcelona, 1993.

revoluciones tienen su origen en la movilización contra el mal gobierno, el despotismo, la tiranía. Sus idearios conectan la subversión del orden político con la demanda de un mundo mejor. Los revolucionarios encarnan las esperanzas de advenimiento de una sociedad más igualitaria. La guerra justa contra la tiranía y el mal gobierno se convierte en un valor. La violencia legítima hace su aparición en la historia moderna: «Solo allí donde el cambio se verifica en la dirección de un nuevo inicio, donde se hace uso de la violencia para constituir una forma de gobierno totalmente nueva, para dar vida a la formación de un nuevo ordenamiento político, donde la liberación de la opresión apunte al menos a la instauración de la libertad, podemos hablar de revolución»³.

Condorcet, hombre de la Revolución Francesa, ilustrado, diputado de la Asamblea revolucionaria, Presidente de la Academia de Ciencias, de talante moderando, miembro de los Girondinos, defensor de la educación laica, acuñó la palabra revolucionario para designar a quienes luchaban por la libertad. Los revolucionarios de los siglos XVIII y XIX formaron parte de la vanguardia del pensamiento. Imbuidos de las utopías de la modernidad, hacen de la razón y el progreso el leitmotiv de la política revolucionaria. Asimismo, la idea de llevar a la práctica un proyecto político sustentado en la acción colectiva confiere a los revolucionarios una especificidad que los diferencia de los movimientos sociales y determina su singularidad histórica: se trata de la construcción deliberada de un proyecto político como voluntad ciudadana y pública, que moldee la realidad y transforme la realidad. «La singularidad de las perspectivas utópicas que constituyeron el núcleo cosmológico de estas revoluciones no solo radica en la traspo-

³ Arendt, Hannah, *Sobre la revolución*, Alianza, Madrid, 2004, p. 37.

sición al centro del escenario político de elementos perennes como la protesta, la justicia y la libertad, ni que esta se conjuga con la reconstrucción de instituciones políticas capitales. También tiene mucho que ver con la insistencia, nacida de la Ilustración, en las tentativas de llevar la razón a la vida política: asunto que puede encontrarse en la revolución americana, y de forma más radical, en la francesa. Esa singularidad también radica en la idea de que la sociedad es un objeto que puede remodelarse según la visión mencionada. Es este nuevo enfoque de la sociedad como algo que los humanos pueden construir activamente —sobre todo mediante la acción política— lo que constituye uno de los rasgos definitorios de las cosmologías de estas revoluciones»⁴.

Los revolucionarios de los siglos XVIII y XIX encarnan en su ideario los avances de la ciencia y la industria, son adictos al progreso técnico. John Adams, Thomas Jefferson, George Washington, Alexander Hamilton, Benjamin Franklin, Robespierre, Dantón, Saint-Just, junto a los moderados Lafayette, Mirabeau o Condorcet, comparten dichas características. En América Latina, Francisco de Miranda, José Artigas, Francisco Morazán, Simón Bolívar, José Miguel Carrera, entre otros, son revolucionarios doctrinalmente liberales, progresistas, al tiempo que promueven constituciones fuertes. El lema inscrito en la bandera de Brasil, *orden y progreso*, los retrata. El escudo de Chile lo condensa: *por la razón o la fuerza*.

La lucha contra la esclavitud, los derechos del hombre y el ciudadano retrata los idearios revolucionarios de los siglos XVIII y XIX. El sufragio universal, el derecho a la insurrección, al trabajo y al alimento constituyen sus reivindicaciones bá-

sicas. Sin embargo, hay un factor que los identifica, pensar el gobierno y su función según el interés colectivo de la voluntad general, de modo que el bien común sea su objetivo. Ambos factores constituyen la esencia del proyecto emancipador. Las consignas emanadas de la Revolución Francesa, libertad, igualdad y fraternidad, le confieren una fisonomía específica a las revoluciones burguesas.

El llamamiento de los revolucionarios franceses a luchar por la libertad y el decreto de abolición de la esclavitud en sus posesiones de ultramar tuvo un enorme calado, ya que buscó promover insurrecciones y rebeliones populares con el fin de disputar geopolíticamente la influencia al imperio británico, sobre todo en el Caribe. En lo que hay conocemos como Haití, parte francesa de la isla La Española, un esclavo que había recobrado la libertad, llegando a ocupar cargos preeminentes en la administración colonial, tomará la bandera de la lucha contra la esclavitud. Bajo el lema *libertad para todos* agrupará a la mayoría de los esclavos negros y campesinos mulatos. El 29 de agosto de 1793 hizo pública su proclama: «Hermanos, amigos, yo soy Toussaint L'Ouverture, mi nombre quizás os resulte conocido. He iniciado la venganza. Quiero que la Libertad y la Igualdad prevalezcan en Santo Domingo. Luchad por darles vida. Uníos a nosotros, hermanos, y aliaos a nosotros en la misma causa. Arrancad de raíz el árbol de la esclavitud». En ese instante cambió su apellido de Breda a L'Ouverture, cuyo significado literal es *el iniciador*⁵.

El levantamiento será aplastado por los ejércitos de Napoleón. Toussaint, detenido y trasladado a Francia, muere en 1803. Sus tropas fueron perseguidas, los dirigentes dego-

⁴ Eisenstadt, S.N., *Las grandes revoluciones y las civilizaciones de la modernidad*, Centro de estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2007, p. 14.

⁵ James, C.L.R., *Los jacobinos negros. Toussaint L'Ouverture y la revolución de Haití*, FCE-Turner, México, 2003, p. 126.

llados, descuartizados y asesinados. Fue un toque de atención a las clases dominantes criollas para impulsar reformas. El miedo a una revolución fuera de control les hizo tomar la iniciativa. Previamente, el 1 de enero de 1804 se proclamó la independencia bajo la dirección de Jean Jacques Dessalines.

La cuestión social acabará impregnando la ideología revolucionaria y los procesos de cambio político. Su papel protagonista dio otro sentido a los movimientos emergentes. Fue el inicio de un proyecto donde la pobreza y la explotación entraron a formar parte de la crítica a la modernidad colonial. «La cuestión social comenzó a jugar un papel revolucionario solamente cuando, en la edad moderna y no antes, los hombres empezaron a dudar de que la pobreza fuera inherente a la condición humana, cuando empezaron a dudar de que fuese inevitable, y eterna la distinción entre unos pocos que, como resultado de las circunstancias, la fuerza o el fraude, habían logrado liberarse de las cadenas de la pobreza, y la multitud, laboriosa y pobre. Tal duda, o mejor, la convicción de que la vida sobre la tierra puede ser bendecida por la abundancia en vez de maldecida por la escasez»⁶.

A medida que la revolución burguesa y el capitalismo consolidan sus instituciones, los revolucionarios son maldecidos. El revolucionario burgués se acomoda, acaba siendo parte del statu quo. Sus demandas se han realizado. Su sociedad se consolida y el tiempo por venir coincide con el tiempo presente. Se convierten en las élites en el poder. El siglo xx se inicia con nuevas revoluciones, ahora adjetivadas como proletarias, socialistas y democráticas. La imagen del revolucionario se transforma y la revolución radicaliza sus contenidos. En 1910, en México, el levantamiento contra la tiranía de Porfirio

⁶ Arendt, Hannah, *Sobre la revolución*, Alianza, Madrid, 2004, p. 27.

Díaz da el pistoletazo de salida. A la reivindicación de *sufragio efectivo* y no reelección de los reformadores burgueses se une la proclama *Tierra y Libertad* defendida por campesinos, pueblos originarios y clases populares. Fue el comienzo de la revolución mexicana. México pondrá de moda otro tipo de revolucionario. Emiliano Zapata y Francisco Villa son sus iconos. Cartuchera al cinto, fajas de proyectiles entrecruzadas al pecho, forjados en el trabajo, de origen social popular, campesinos, y proletarios, oprimidos y explotados. No eran miembros de la burguesía, ni criollos ni profesionales liberales. Luchaban por la justicia social, contra terratenientes, latifundistas, caciques y el imperialismo. Sus reivindicaciones se sumaban a las demandas de la burguesía progresista.

La revolución cambió de signo, los revolucionarios también. A las demandas de libertad e igualdad se incorporaron la democracia, la reforma agraria y la lucha contra la explotación del hombre por el hombre. La revolución se adjetiva como popular y anti-oligárquica. La justicia social con dignidad se une a la utopía de una sociedad sin clases ni explotadores. La conciencia política de los revolucionarios atisba la lucha de clases en el horizonte. La revolución deja de ser moda. Se conceptualizara como un peligro y los revolucionarios pasarán a ser terroristas y subversivos. Anarquistas, socialistas, comunistas, sindicalistas.

Si la revolución mexicana alertó a las burguesías y las clases dominantes de la revolución democrática, el triunfo de la revolución rusa (1917) cierra el círculo, siendo la primera revolución socialista. Ahora la burguesía luchará contra ella. Se añade una nueva dimensión al prototipo de revolucionario. Esta vez responde a hombres y mujeres en cuyas vidas se entrecruzan la militancia, la conspiración, la elaboración teórica, la propuesta estratégica y un comportamiento casi ascético.

Su acción política adquiere una mística, la entrega a tiempo completo a promover la revolución.

La lucha por el socialismo y la democracia se adhieren a la revolución proletaria. Los revolucionarios son sus promotores y la impulsan. La concepción de la revolución, el rol del revolucionario y del partido político entran al escenario de la confrontación política. Bajo la dirección del partido, sus militantes tendrán una tarea, hacer la revolución. Se transforman en profesionales de la lucha política. Romper las cadenas y promover la revolución mundial es su agenda. La violencia revolucionaria está presente. Los nombres de Lenin, Trotski, Stalin, Bujarin, Plejánov, Zinóviev, Kolontái, entre otros, se popularizan. Hacen la revolución y asaltan los cielos. La toma del poder se convierte en el factótum de la revolución. La consigna *todo el poder a los Soviets* sintetiza el proyecto revolucionario: «Un poder soviético sería el único poder estable y firme, el único poder que resistiría los embates de las más furiosas revolución, el único que garantizaría el desarrollo constante y amplio de la revolución, la lucha pacífica de los partidos dentro de los Soviets. Mientras ese poder no se instaure seguirán imperando, quiérase o no, la indecisión, la inestabilidad, las vacilaciones, "las interminables crisis de gobierno", la comedia de las "cabriolas ministeriales", los embates de la derecha y la izquierda»⁷.

El revolucionario, profesional de la revolución, tendrá una labor: subvertir el orden y agudizar las contradicciones de clase. Crear las condiciones para hacerla posible, para que deje de ser una utopía. El revolucionario encarna la clase obrera y su proyecto emancipador. La revolución «aparecerá no

⁷ Lenin, Vladimir, *La revolución de 1917. Preparando la toma del poder*, Roca, México, 1973, p. 67.

solo como instrumento esencial para la conquista de la libertad, identificada con el fin de la explotación del hombre por el hombre —y por lo tanto con la posibilidad de derrotar a la pobreza—, sino como instrumento para la consecución de la igualdad identificada en la justicia social, y para la plena explicación de todas las cualidades del hombre. No es tanto el hombre consumidor insatisfecho el artífice de la revolución, sino el hombre productor alienado y frustrado que trata de dar pleno desarrollo a sus potencialidades creativas por medio de la revolución victoriosa»⁸.

Durante décadas esta visión fue un parteaguas entre la revolución burguesa y la revolución proletaria y socialista. El halo romántico de los revolucionarios decimonónicos se traspa a los revolucionarios del siglo xx. Conforme se extendían por el planeta y recalaban en los países del llamado tercer mundo, los revolucionarios se convirtieron en guerrilleros. Fueron los forjadores de un pensamiento anti-colonialista, anti-imperialista y de liberación nacional. Perseguidos y combatidos, se les consideró el enemigo interno. Sus aportaciones teóricas y sus textos fueron prohibidos. Se criminalizaron sus saberes y se emprendió una caza de brujas. Es el ejemplo de Franz Fanon, Che Guevara o Erik Williams.

Las lecturas de los revolucionarios del siglo xx cambiaron de signo. A los escritos de Rousseau, Voltaire y Tocqueville, típicos de los revolucionarios del siglo xix, se sumaron las obras de Karl Marx, Friedrich Engels, Bakunin. El pensamiento marxista, la propuesta de una sociedad sin clases, copa el debate acerca de la revolución y los procesos de transición. Las aportaciones de Lenin, Trotski, Rosa Luxemburgo, entre

⁸ Pasquino, Gianfranco, «Revolución», en Bobbio, Norberto y Matteucci, Nicola, *Diccionario de Política*, vol. II, Siglo XXI, México, p. 1469.

otros, dan origen a los nuevos partidos comunistas, bajo el pensamiento marxista-leninista. Son revolucionarios por excelencia del siglo xx. *El manifiesto comunista, El capital, El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado, La ideología alemana, El dieciocho brumario, La lucha de clases en Francia*, entre otros, pasaron a ser lecturas obligadas en la formación política del revolucionario.

El socialismo utópico se convertía en socialismo científico. Los análisis del materialismo histórico y dialéctico, el papel de la conciencia de clase en el proceso revolucionario, la alienación y la explotación de la fuerza de trabajo se reinterpretan a la luz de la lucha de clases y la revolución. El estudio se incorporó como tarea fundamental del militante revolucionario. Más adelante, el debate teórico se enriquece con las experiencias derivadas de la lucha anti-colonial. El siglo xx fue creando un pozo de pensamiento crítico que reinterpretó las revoluciones y forjó nuevos revolucionarios. La lucha contra el fascismo y el nazismo fue sin duda el momento álgido del combate. La resistencia en todo el mundo supuso un cambio en la manera de entender la revolución y el papel de los revolucionarios. En este período, Antonio Gramsci (1891-1937) condensa los aportes del marxismo a la teoría marxista y al concepto de revolución.

El 1 de octubre de 1949 otra revolución derrota militar y políticamente al gobierno del Kuomintang de Chiang Kai-Shek. Bajo la dirección del partido comunista y el liderazgo de Mao Zedong se funda la República Popular China. Precedida de una ardua y sacrificada lucha, la experiencia china aporta una nueva dimensión a la guerra revolucionaria. No se trata de la toma de la Bastilla, ni del asalto al palacio de invierno, la revolución es un período prolongado de lucha. Así, desde el alzamiento comunista hasta el triunfo de la revolución trans-

curren 15 años, del 19 de octubre de 1934, día del inicio de la *larga marcha*, hasta 1949, fecha de la derrota del Kuomintang. A la mística del revolucionario profesional se le suman valores inherentes a un hombre sometido a grandes sacrificios. No habrá vuelta atrás. El revolucionario encarnaba lo más puro de la conciencia social colectiva, un luchador, forjador de comportamiento ejemplar. Su tiempo era el tiempo de la revolución.

La revolución china demostró que la revolución no era un instante, una acción conspiratoria. La revolución se proclama, es un proceso violento y desgarrador. Un acto consciente, cuyo escenario presupone una guerra prolongada, donde el corto plazo se desvanece bajo una acción de desgaste del poder burgués. Los nuevos revolucionarios debían conocer las artes militares de la guerra irregular, ser duchos en la clandestinidad, soportar estoicamente la tortura, discretos en la palabra, sencillos en los comportamientos y modestos en sus virtudes. Sin abandonar ninguno de los valores encarnados en el siglo XVIII, ser revolucionario supondrá luchar por el socialismo. Años más tarde, la moral del revolucionario se condensa en los dirigentes de la revolución cubana (1959). Fidel Castro, Ernesto Che Guevara, Camilo Cienfuegos, Haydée Santamaría. Asimismo, tienen una labor que realizar, la creación del hombre nuevo, forjador de su futuro. El revolucionario, consciente de su responsabilidad, social deberá llevar una vida ejemplar, espejo donde el pueblo pueda verse reflejado y transformar los valores de una sociedad alienada y decadente. Así lo expresa Ernesto «Che» Guevara, en su texto: *El hombre y el socialismo en Cuba*, escrito en 1965 a petición del Carlos Quijano, director del semanario *Marcha* de Montevideo: «... Y ha sido por no comprender la necesidad de la creación del hombre nuevo, que no sea el que represente las ideas del siglo XIX, pero

tampoco las de nuestro siglo decadente y morboso. El hombre del siglo XXI es el que debemos crear, aunque todavía es una aspiración subjetiva y no sistematizada. Precisamente este es uno de los puntos fundamentales de nuestro estudio y de nuestro trabajo y en la medida en que logremos éxitos concretos sobre una base teórica o viceversa, extraigamos conclusiones teóricas de carácter amplio sobre la base de nuestra investigación, habremos hecho un aporte valioso a la causa de la humanidad. La reacción contra el hombre del siglo XIX nos ha traído la reincidencia en el decadentismo del siglo XX [...] Las nuevas tecnologías van alcanzando adecuado ímpetu en el seno de la sociedad, y las posibilidades materiales de desarrollo integral de absolutamente todos sus miembros hacen mucho más fructífera la labor. El presente es de lucha; el futuro es nuestro. [...] resumiendo, la culpabilidad de muchos de nuestros intelectuales y artistas reside en su pecado original; no son auténticamente revolucionarios. Podemos intentar injertar el olmo para que de peras, pero simultáneamente hay que sembrar perales. Las nuevas generaciones vendrán libres del pecado original. Las posibilidades de que surjan artistas excepcionales serán tanto mayores cuanto más se haya ensanchando el campo de la cultura y la posibilidad de expresión. Nuestra tarea consiste en impedir que la generación actual, dislocada por sus conflictos, se pervierta y pervierta a las nuevas. No debemos crear asalaridos dóciles al pensamiento oficial ni 'becarios' que vivan al amparo del presupuesto, ejerciendo una libertad entre comillas. Ya vendrán los revolucionarios que antonen el canto del hombre nuevo con la auténtica voz del pueblo. Es un proceso que requiere tiempo»⁹.

⁹ Guevara, Ernesto, «El hombre y el socialismo en Cuba», en *Obras Escogidas*, vol. II, Fundamentos, Madrid, 1976, p. 380.

Tras la batalla de Argel, la revolución china y la lucha en el sudeste asiático -Vietnam, Laos y Camboya-, la guerra de guerrillas se convierte en una estrategia exitosa para expulsar a los ejércitos de ocupación, a las fuerzas imperialistas cuyo potencial de fuego era superior en hombres y material. La revolución asume una vertiente de liberación nacional, democrático-popular. La batalla de Argel y la derrota del ejército francés marcan una etapa caracterizada por la emergencia de una estrategia contra-insurgente. El uso de las fuerzas armadas y los servicios de inteligencia se transforma en un puntal para la criminalización del pensamiento revolucionario. Se abre la puerta a la guerra psicológica y a la guerra sucia, donde los instrumentos de la violencia física, la tortura, los interrogatorios, las violaciones del habeas corpus son parte de la lucha anti-subversiva.

Desarrollada por los nazis y potenciada durante la guerra de Corea, la guerra psicológica pasa a formar parte de la lucha anticomunista, y se pone en manos de los servicios de contra-insurgencia e inteligencia, tanto civil como militar. «En 1951, el presidente Truman crea un comité de "estrategia psicológica". En 1952 se inaugura en Fort Bragg, en Carolina del Norte, el Psychological Warfare Center [...] En 1953 el presidente Eisenhower se hace con los servicios de un asesor en "guerra psicológica". La primera definición de esta expresión que propone el diccionario de los ejércitos es la siguiente: el uso planificado para una nación en tiempo de guerra o de urgencia declarada de medidas de propaganda destinadas a influir en la opinión, emociones, actitudes y comportamientos de grupos extranjeros, enemigos, neutrales o amigos con vistas a obtener su apoyo para la realización de sus políticas y proyectos nacionales»¹⁰.

¹⁰ Mattelart, Armand, *Un mundo vigilado*, Paidós, Barcelona, 2008, p. 81.

La criminalización del pensamiento marxiano y la persecución de la militancia de izquierdas se generalizan. Es el inicio de sofisticadas campañas de miedo social y publicidad anticomunista. La violencia se adueña del territorio de la contrarrevolución, si alguna vez no estuvo presente. En este camino se entrecruzan los movimientos de liberación nacional y las críticas al estalinismo soviético. La invasión de Hungría por parte de las tropas soviéticas en 1956 supone un parteaguas en el movimiento comunista internacional y en los procesos revolucionarios del tercer mundo. Las discrepancias entre China y la Unión Soviética se hacen patentes. Los nuevos movimientos de la izquierda, surgidos al amparo de la denuncia de la burocratización de la Unión Soviética y el estalinismo, definen un nuevo tipo de pensamiento revolucionario.

Los años sesenta son un punto de inflexión. La revolución cultural China está servida (1966). La lucha contra los dirigentes del partido comunista chino acusados de burocratas y de traicionar los ideales de la revolución se convierte en un terremoto político, afectando el quehacer de los movimientos revolucionarios y de la izquierda mundial. El anti-imperialismo y la toma del poder no eran suficientes para explicar el freno en las reformas políticas emprendidas por los revolucionarios en el poder. «Los revolucionarios [...] compartían dos argumentos fundamentales casi en todas partes. El primero de ellos es que se oponían a la hegemonía de los Estados Unidos y también a la colusión de la Unión Soviética para el mantenimiento de la hegemonía. En segundo lugar, condenaban a la vieja izquierda por «no ser la solución, sino parte del problema»: Esta segunda característica común sacó a la luz la desilusión masiva de los defensores y de los apoyos populares de esos movimientos anti-sistémicos».

micos tradicionales, respecto de su particular desempeño cuando ellos llegaron al poder»¹¹.

La izquierda marxista se reorganiza. El debate teórico y la praxis política enfrentarán a los viejos partidos comunistas con su pasado. Alienados con la Unión Soviética, serán objeto de crítica por su seguidismo y su estalinismo. En América Latina, Asia y África emergen nuevas organizaciones a la luz de los procesos emancipadores. El tiempo de la revolución ha llegado. Por aquel entonces se dice que el capitalismo, inmerso en una crisis estructural, no podrá soportar el embate de las fuerzas revolucionarias. La consigna de crear múltiples *Vietnams* se apodera del espacio político y las movilizaciones mundiales se suceden en los cinco continentes.

Los bombardeos de napalm y gas naranja desde los B-52 norteamericanos y el asesinato masivo de la población civil concitan el rechazo de la opinión pública internacional. Las figuras de Ho Chi Minh (1890-1969) y Vo Nguyen Giap (1911-2013) se erigen en los más destacados revolucionarios y estrategas de la revolución vietnamita. La derrota del ejército estadounidense supone un duro revés al imperialismo, que al mismo tiempo saca lecciones de la derrota. Nunca más será posible el triunfo de la insurgencia bajo la guerra de guerrillas. Las clases dominantes emprenderán una guerra contra-insurgente en la que la revolución pasa a ser considerada parte de las ideologías disolventes de la patria, de la unidad nacional, de la familia, de los valores occidentales. Pensar la revolución será un acto subversivo, y luchar por la transformación social un delito. El síndrome de Vietnam se apodera de la lucha contra-insurgente.

¹¹ Wallerstein, Immanuel, *Historia y dilema de los movimientos antistatistas*, Libros de Contrahistorias, México, 2008, p. 147.

Para el caso de América Latina no encontramos mejor ejemplo que los artículos 3 y 45 del decreto-ley de seguridad nacional promulgado por la dictadura brasileña en 1969: «Art. 3. La guerra revolucionaria es el conflicto interno generalmente inspirado por una ideología, o con ayuda del exterior, que aspira a la conquista subversiva del poder mediante el control progresivo de la naturaleza [...] El Art. 45 define el significado de la propaganda subversiva como: la utilización de cualquier medio de comunicación social, diarios, revistas, periódicos, libros, boletines, octavillas, radio, televisión, cine, teatro, y de cualquier medio similar, como vehículo de propaganda de guerra psicológica adversa o de guerra revolucionaria o subversiva [...] las reuniones en los lugares de trabajo [...] la constitución de comités, reuniones públicas, desfiles, o manifestaciones, huelgas prohibidas [...] la injuria, calumnia o difamación que afecte a la autoridad pública en el ejercicio de sus funciones»¹².

El combate será desigual. Con un presupuesto ilimitado, con la tecnología más avanzada de guerra, con militares entrenados para la lucha antsubversiva, se formará un ejército trasnacional. No habrá tregua. Se criminaliza cualquier tipo de crítica al orden político. Las leyes de protección de la democracia y la persecución de los militantes de izquierda se acompañarán de la ilegalización de partidos de izquierda. La guerra contra-insurgente se desarrolla en todos los órdenes de la sociedad bajo la tirada de ser total, permanente y global. Será total porque concierne a los individuos de todas las latitudes, razas, edades, profesiones y creencias, porque borra la antigua distinción entre civiles y militares. Igualmente, porque los frentes de lucha y las armas utilizadas pertenecen a todos los niveles de la vida individual y

¹² Citado por Mattelart, Armand, *Un mundo vigilado*, Paidós, Barcelona, 2008, p. 92.

colectiva y penetran en todos los intersticios. Las armas son de diversa naturaleza. Lo mismo se trata de negociaciones diplomáticas que de juegos de alianzas y contra-alianzas, de acuerdos o tratados con cláusulas públicas o secretas, sanciones comerciales, préstamos, inversiones, embargos, boicot, dumping, propaganda o contra-propaganda, esloganes, métodos de chantaje, amenazas y terror. Permanente, porque la distinción entre tiempo de paz y tiempo de guerra se ha esfumado. La visión de la guerra y del estado de guerra que resulta de esta perspectiva es la de una guerra abstracta, gestionada en un mundo abstracto, una guerra pura. Global, porque todos los valores que han sentido las bases de la sociedad occidental, que han hecho de ella la cuna de la «libertad», están en juego en el combate contra el «oriental comunista»¹³.

El resultado, la aniquilación de los movimientos guerrilleros y revolucionarios emergentes en los años sesenta. La muerte en combate del sacerdote colombiano Camilo Torres el 15 de febrero de 1966 fue el primer golpe. El asesinato de Ernesto Che Guevara en Bolivia el 9 de octubre de 1967 y de Lucio Cabañas el 2 de diciembre de 1974, en México, cierran de forma dramática el proceso abierto en los años cincuenta. Entre medias, el golpe de estado en Chile, el 11 de septiembre de 1973, con el bombardeo al palacio presidencial, la resistencia y el posterior suicidio del presidente Salvador Allende, inauguran en América Latina un nuevo tipo de régimen político. El neoliberalismo emerge entre la sangre y el asesinato de miles de ciudadanos cuyo único delito era pensar y crear en una sociedad más justa y democrática.

La persecución del pensamiento se generaliza. El cierre de universidades, la quema de libros, la expulsión de profesores y

¹³ *Ibid.*, p. 97.

académicos dan muestra del alcance de la *razzia*. La demonización del revolucionario lo trasforma en delincuente, asesino y terrorista. Este perfil será adherido al revolucionario. Las campañas de desinformación, el uso de la publicidad y la mentira política se adueñan de la lucha ideológica, de los saberes y el conocimiento. Al igual que sucediese con *La utopía desarmada*, escrita por Jorge Castañeda en 1994 para informar del fin de las revoluciones y desacreditar a la izquierda política latinoamericana, otra obra, escrita en 1976 por Carlos Rangel, *Del buen salvaje al buen revolucionario*, se convirtió en un ataque furibundo al pensamiento crítico y a los intelectuales comprometidos con las luchas democráticas, transformados en individuos despreciables, oportunistas, amantes del lujo, alejados de sus convicciones y agentes del marxismo-leninismo. Así: «La nueva ola de los llamados intelectuales latinoamericanos se ha arrimado al marxismo cómo los gatos a la chimenea: el sitio donde, dentro de sus áreas de actividad, están más cómodos consigo mismos y dentro de la sociedad [...] Mientras llega la revolución, los intelectuales filo-marxistas latinoamericanos no se sentirán obligados a compartir la pobreza y las privaciones del pueblo en cuyo nombre hablan, o ni siquiera a llevar una vida frugal, rechazando la parte que como miembros que son de las clases dominantes les fluye naturalmente en el desigual e injusto reparto de los recursos escasos de esas naciones». Rangel concluye con una acalorada defensa del golpe de estado en Chile del 11 de septiembre de 1973, punto de inflexión de la falsa visión romántica del revolucionario: «lo que quedó demostrado una vez más en Chile es algo por lo demás sabido: la incompatibilidad del marxismo-leninismo con la democracia»¹⁴.

¹⁴Rangel, Carlos, *Del buen salvaje al buen revolucionario*, Libros de Monte

Las últimas décadas del siglo xx trascurren asimilando el pensamiento crítico a una actividad que pone en peligro la democracia, la seguridad nacional y el estado. La revolución sandinista, cuyo triunfo en 1979 hacía albergar esperanzas de cambio en Centroamérica, será sometida a la estrategia de la guerra de baja intensidad. Revertir el proceso, declarar a sus dirigentes narcotraficantes y financiar un ejército contra-insurgente y mercenario es la estrategia post-Vietnam.

El discurso se convierte en apocalíptico. El demonio, identificado con la izquierda, la lucha del bien, en manos de occidente y las clases dominantes. El mundo está en peligro y requiere de una acción contundente y sin miramientos. Proteger a la población mediante recortes en los derechos políticos y las libertades ciudadanas es el mal menor para mantener con vida la sociedad occidental. Las llamadas leyes mordaza que proliferan en la actualidad son el resultado de ese proceso de criminalización del pensamiento. Los años ochenta del siglo pasado enfrentan una singular batalla. La nueva derecha y las élites intelectuales liberal-conservadoras emprenden una lucha contra el pensamiento crítico, buscan su derrota total. Es una etapa de concentración del poder, reacomodo de las élites y control del conocimiento científico y técnico bajo las tecnociencias.

Ávila, Caracas, 1976, pp. 194-195 y 241. En 1996, el periodista cubano del *Miami Herald*, cuyos vínculos orgánicos con el Pentágono le valieron la expulsión del periódico, al demostrarse que se encontraba en nómina y escribía a petición del Departamento de Estado, Carlos Alberto Montaner, y Alvaro Vargas Llosa, publican el ensayo: *Manual del perfecto idiota latinoamericano*. Texto en el cual muestran su desprecio hacia los intelectuales que han marcado el desarrollo del pensamiento emancipador y humanista en el continente. Su ensayo responde a esa visión de la nueva derecha en la cual pensar debe ser criminalizado, si no se piensa como ellos. Descalifican desde Fernando Henrique Cardoso a Carlos Fuentes, pasando por Eduardo Galeano o Enrique Gutierrez, teólogo de la liberación.

La preeminencia del capital financiero y especulativo, junto a las empresas transnacionales, configuran un nuevo mapa. El discurso ideológico se centra en desarticular los espacios políticos democráticos. No solamente los representantes del pensamiento crítico se convierten en objeto de persecución, sino todos aquellos que se enfrenten y cuestionen la doctrina del neoliberalismo. La historia se redefine para dar cabida a un nuevo totalitarismo. Refractaria a los derechos del ciudadano, la derecha neoconservadora impone un orden social despolitizante y desideologizado. La existencia de la crítica pone en riesgo la refundación neoligárquica al poder. Ya no hay espacio para la diferencia, ni para la crítica política, menos aún para las alternativas al capitalismo. Cualesquiera que sean, serán combatidas y desarticuladas.

La revolución, con sus esencias libertarias y emancipadoras, los revolucionarios, hombres y mujeres de vidas ejemplares, imbuidos de los valores más nobles de la condición humana, se desvanecen. El pasado se reinterpreta. La guerra psicológica ha cumplido su función. Los revolucionarios no gozan de la simpatía popular, se les identifica con las mafias y el crimen organizado. Se les considera mercenarios, gentes sin principios y con un único objetivo, perpetrar actos terroristas para atemorizar a la población. Ahora se les pinta de crueles, asesinos que desprecian al pueblo. Son escoria. Hay que desmascararlos, ponerlos en su sitio. Son narcotraficantes, mafiosos, terroristas, anti-sistema, comunistas fracasados. Todo un conjunto de adjetivos que convergen en una única denominación posterior: la narco-guerrilla.

Ahora el concepto de revolucionario muta en la dirección contraria. Si resta algo positivo del concepto se emplea para definir los nuevos emprendedores, gentes de bien adaptadas a la economía de mercado. Amantes de la libertad individual y

fuertemente contrarios a los ideales de la democracia social y política. No son inconformistas, ni rebeldes, forman parte del «sí se puede», empoderados y consumidores que aceptan las reglas del juego y solo quieren tener éxito en su anhelo de ser millonarios. La revolución ahora es neoconservadora, crea su estereotipo de revolucionario para convertirlo en defensor de la economía de mercado, de una sociedad ordenada bajo los principios de la explotación y el rechazo del conocimiento y el saber crítico. El buen revolucionario piensa en el mercado, en el consumo. La dominación global en un mundo totalitario se extiende bajo la fórmula de la revolución de las élites.

Sin embargo, donde hay dominación hay rebeldía, resistencia y subversión. Desde las montañas de Chiapas, México, el 1 de enero de 1994 emerge el discurso de la selva. El Ejército Zapatista de Liberación Nacional redefine el significado político de las revoluciones y los revolucionarios, reinterpretando el sentido del poder, la democracia, la lucha por la emancipación, los derechos de los pueblos originarios y, sobre todo, evidenciado los límites estratégicos del neoliberalismo. Es la primera gran resistencia organizada contra el neoliberalismo y en defensa de la humanidad. Sin abandonar los presupuestos de una acción subversiva y rupturista recupera los valores políticos y éticos que durante décadas han sido secuestrados por las oligarquías para realizar una política de engaño y mentira, criminalizado el pensamiento y las luchas democráticas. Es el grito de rebeldía y la digna rabia. El EZLN llama a la participación, a decir basta a la injusticia social, a la corrupción, al mal gobierno, a la ilegitimidad del poder, a la explotación, la destrucción del planeta. Su programa reivindica la fuerza del pensamiento, la dignidad de los principios y convicciones éticas como el fundamento de sus demandas: libertad, democracia y justicia.

«Donde la libertad se refiere al carácter del cambio revolucionario. Se trata de un carácter que incorpora métodos diferentes, frentes diversos, formas variadas y distintos grados de compromiso y de participación. Esto significa que todos los métodos tienen su lugar, que todos los frentes de lucha son necesarios, y que todos los grados de participación son importantes. Se trata de una concepción incluyente, anti-vanguardista y colectiva. La democracia se refiere al objetivo y al resultado de esa revolución. Se trata de construir la antesala del mundo nuevo, un espacio donde, con igualdad de derechos y obligaciones, las distintas fuerzas políticas se “disputen” el apoyo de la mayoría de la sociedad. Mas no se trata de la conquista del poder o de la implantación (por vías pacíficas o violentas) de un nuevo sistema social, una revolución “impuesta”, sin el aval de las mayorías, termina por volverse contra sí misma. Y la justicia trata de las características no ya de la revolución, si no de su resultado. El espacio resultante, las nuevas relaciones políticas, deberán cumplir con tres condiciones: la libertad, la democracia y la justicia. Estamos proponiendo, pues, una revolución que haga posible la revolución»¹⁵. Se trata de construir un mundo donde quepan todos los mundos y, por encima de todo, de reivindicar que la tarea política de llevarlo a la práctica se transforme en responsabilidad colectiva, según lo resume la máxima *mandar obedeciendo*.

Es abajo a la izquierda donde se condensa el valor ético de la dignidad como fuerza que une y construye el proyecto colectivo donde se encuentran la esperanza, la dignidad y la lucha contra la injusticia y el mal gobierno. La revolución suma todas las voces, todos los pasos, todas las experiencias,

¹⁵ Meza, Arturo (comp.), *Documentos del EZLN. La guerra por la palabra. A siete años de la lucha zapatista*, Rizoma, México, 2001, pp. 48-49.

y las reconoce; no hay exclusiones, no hay vanguardias. Con un nuevo lenguaje, el EZLN redefine las estrategias, formas de acción, procesos constituyentes, demostrando la vitalidad del pensamiento crítico, revolucionario, fundado en la justicia social, la dignidad y la democracia. Inconformistas y sobre todo creadores de pensamiento político, preparan la primera gran revolución del siglo XXI. Revolucionarios, subversivos e inconformistas, en definitiva. El EZLN emerge para repensar políticamente la revolución y su sentido democrático, fundado en la esperanza de emancipación, libertad y justicia social. Su eje central supone no olvidar los principios y la DIGNIDAD que nos reconoce como seres humanos:

«Hablamos con nosotros mismos, miramos hacia dentro y miramos nuestra historia: vimos que no todo nos lo había sido quitado, que teníamos lo más valioso, lo que nos hacía vivir, lo que hacía que nuestro paso se levantara sobre plantas y animales... y vimos, hermanos, que era DIGNIDAD todo lo que teníamos y vimos que era grande la vergüenza de haberla olvidado, y vimos que era buena la DIGNIDAD para que los hombres fueran otra vez hombres».

CAPÍTULO 9

A MODO DE CONCLUSIÓN

El proceso de deshumanización avanza a pasos agigantados. Los mecanismos de control social se han generalizado. Oriente y occidente no son muy diferentes a la hora de reprimir el pensamiento crítico. La amenaza se extiende. Existe miedo a pensar libremente, a tener ideas, desarrollar un sistema conceptual para repensar el mundo y sus alternativas.

El capitalismo global ha hecho del planeta una cárcel perfecta. Sus formas de dominación han definido un nuevo panóptico. Los mecanismos coactivos exteriores han sido trastocados por otros más sibilinos. Somos nuestros propios vigilantes, nos mueve el interés particular. Las dinámicas coactivas se sustituyen por actos individuales que buscan la satisfacción nihilista. El individualismo desestima el desarrollo de las virtudes éticas ligadas a la construcción de un sujeto consiente, se fundamenta en el deseo de riquezas y poder: Dinero y dominación. El pensamiento positivo, considerado en la actualidad como el punto de llegada del nihilismo, se impone en todos los aspectos de la vida. El autoengaño se perpetúa para hacerlo viable. Los problemas pierden las raíces sociales hasta convertirse en una expresión de hechos aislados donde la suerte, las emociones y los sentimientos sustituyen las co-

nexiones entre el poder y las formas de dominación. La vida se resuelve en la actitud positiva, en deshacerse de todo aquello que es displacentero y nos distrae del objetivo de tener éxito individualmente. Es la manera de huir de la responsabilidad ciudadana de participar en la vida política y social.

«Si ahora pudiésemos separar enteramente la experiencia, a fin de no poder recordarla, a fin de no tener que incorporar-la continuamente a la persona, día tras día, de momento en momento, entonces ella no existiría ya, por lo que a nosotros respecta. Si no tuviésemos el recuerdo que identifica las experiencias con la persona, ellas desaparecerían, ciertamente, en lo que respecta a su relación con la persona, y al mismo tiempo podrían seguir existiendo como experiencias sensoriales, sin ser incorporadas a la persona. Esta clase de situación se presenta en el caso patológico de una personalidad múltiple, en que un individuo pierde la memoria de cierta fase de su existencia. Ha desaparecido todo lo relacionado con esa fase de su experiencia, y aquel se convierte en una personalidad distinta. El pasado posee una realidad, ya sea que se encuentre en la experiencia o no, pero aquí no entra en la composición de la persona. Adoptamos una actitud de esa clase, por ejemplo, con referencia a otros, cuando una persona ha cometido algún tipo de injuria que provoca una explicación de la situación, una admisión y quizá pesadumbre y luego se olvida. Una persona que perdona pero no olvida es un compañero desagradable; junto al perdón tiene que ir el olvido, la eliminación del recuerdo displacentero»¹.

En una sociedad algorítmica, mutamos en operadores sistémicos, robots funcionales. Muchos son los indicios. No

¹ Mead, G. H., *Espíritu, persona y sociedad, desde un punto de vista del conductismo social*, Paidós, México, 2ª reimpresión, 1993, p. 198 (el subrayado es nuestro).

busque respuesta al margen del sistema. Sea políticamente correcto, acrítico, incapaz de reflexionar, previsible y atento a la voz del amo. Se trata de obedecer las órdenes del sistema veloz y eficazmente, y a cambio recibimos una gratificación por buena conducta. Premios y reconocimientos. Son los fundamentos de la domesticación del pensamiento, escala previa a su criminalización. Es un proceso lento, donde se unen teorías conductistas y el pragmatismo. Una mezcla explosiva, cuyo resultado es concluyente, la pérdida de la voluntad, el sometimiento y la sumisión consentida.

Karl Lorenz, premio nobel de medicina y uno de los creadores de la etología, sentó las bases del conductismo social. Su teoría de los sistemas complejos diferenciaba estímulos y conductas apetitivas dirigidas a un fin placentero, positivas, y conductas cuyo estímulo «perturbador» culminaba en la aversión y el rechazo². Se trata de no tener malos recuerdos, emociones que supongan cuestionar, preguntar y buscar respuestas. Mejor deshacerse de la negatividad, albergar buenas sensaciones. Solo usted tiene la llave del éxito. Supere obstáculos, sea positivo, ¡sí se puede! No proteste, no pida explicaciones, no demande derechos, nada de ello le hará feliz. No se enfade, aproveche los reveses, siempre hay algo positivo en la desgracia. No se queje si lo despiden, le timan, le insultan, le bajan el sueldo, le desahucian, le cobran intereses abusivos, revierta el proceso, piense en positivo. Se podrá cambiar de barrio, hacer nuevas amistades, emprender una aventura. Solo recurra a noticias que le refuercen su positividad, eleve la moral, tenga pensamientos placenteros, domestique su comportamiento. Desconecte del mundo, huya de los problemas que

² Cf. Lorenz, Karl, *Fundamentos de la etología. Estudio comparado de las conductas*, Paidós, Barcelona, 1986, capítulo IV, pp. 173-192.

no tienen solución como la pobreza, la desigualdad, las guerras, la corrupción, le causaran acidez de estómago, le amargarán la tarde y todo seguirá igual. El mundo no cambia, usted sí. Céntrese en sus objetivos, no se distraiga y no permita que le distraigan. Utilice a las personas en su beneficio, no hay nada reprochable en hacerlo. El mundo le espera. Busque la salida, usted está ya empoderado, mejor dicho, domesticado, castrado intelectualmente y atento a la voz del amo. El miedo emerge como la manera perfecta de control social, si en alguna ocasión dejó de serlo. Asaltos, robos, secuestros, asesinatos, violaciones, mafias dedicadas a la extorsión, tráfico sexual, drogas, evasión de capitales, existe una sensación de desamparo. Desprotegida, la ciudadanía busca seguridad, pide más protección, tiene pánico, y el Estado escucha. Los parlamentos legislan, rebajan la edad penal, aumentan los presupuestos en los ministerios de interior y defensa. El gran hermano se consolida. «El miedo constituye, posiblemente, el más siniestro de los demonios que anidan en las sociedades de nuestro tiempo. Pero son la inseguridad del presente y la incertidumbre sobre el futuro las que incuban y crían nuestros temores más imponentes e insoportables. La inseguridad y la incertidumbre nacen, a su vez, de la sensación de impotencia; parece que hemos dejado de tener el control como individuos, como grupos y como colectivo. Para empeorar aún más la situación, carecemos de las herramientas que puedan elevar la política hasta el lugar en el que ya se ha instalado el poder, algo que nos permitiría reconquistar y recobrar el control de las fuerzas que conforman nuestra condición compartida, y definir, así, nuestro abanico de posibilidades y los límites de nuestra libertad de elección, un control que, en el momento presente, se nos ha escapado (o nos ha sido arrebatado) de las manos. El demonio del miedo no será exorcizado hasta que encuentre-

mos (o para ser más exactos, hasta que construyamos) tales herramientas»³.

Las clases dominantes han logrado crear un sistema social sobre bases totalitarias, criminalizando el pensamiento, el nuevo chivo expiatorio, sobre el que trasferir la culpa colectiva. Se ejerce la persecución como un mecanismo de liberación de los perseguidores, que exoneren a sus victimarios. Culpables las víctimas a pesar de su inocencia. Las fuentes de legitimidad de este nuevo capitalismo se encuentran en un pensamiento irreflexivo, sin más ataduras que las ansias de acaparar bienes. La sensación de ser libres, bajo el paraguas de «la libertad de elegir», provoca una falsa sensación de control y dominio de sí.

Las tecnologías del yo, herramientas que facilitan el desarrollo de emociones y sentimientos como parte de la configuración del carácter, se ven afectadas de tal manera que se vuelven irreconocibles los mecanismos de autoconciencia y flexibilidad radical. En otras palabras, nos convierten en seres de la inmediatez, preocupados por ser emprendedores y conseguir cuanto antes el primer millón de dólares, bajo la fórmula mágica del empoderamiento. Proliferan los libros de autoayuda, de pensamiento positivo, de superación personal, manuales de instrucciones para alcanzar el éxito, el poder, el placer y la felicidad individual. Ya no hay espacio para potenciar el desarrollo de la ciudadanía, el conocimiento y la vida en común.

Sobre estas bases se ha «establecido desde hace tiempo otra sociedad completamente diferente, a saber: una sociedad de gimnasios, torres de oficinas, bancos, aviones, grandes cen-

³ Bauman, Zygmunt, *Tiempos líquidos. Vivir en una época de incertidumbre*, Tusquets, Barcelona, 2017, p. 42.

tros comerciales y laboratorios genéticos. La sociedad del siglo XXI ya no es disciplinaria, sino una sociedad del rendimiento. Tampoco sus habitantes se llaman ya 'sujetos de obediencia', sino 'sujetos de rendimiento'. Estos sujetos son emprendedores de sí mismos [...] La sociedad del rendimiento se desprende progresivamente de la negatividad. Justo la creciente desregulación acaba con ella. La sociedad del rendimiento se caracteriza por el verbo modal positivo *poder* sin límites. Su plural afirmativo y colectivo '*Yes, we can*' expresa precisamente su carácter de positividad. Los proyectos, las iniciativas y la motivación reemplazan la prohibición, el mandato y la ley. A la sociedad disciplinaria todavía le rige el *no*. Su negatividad genera locos y criminales. La sociedad de rendimiento, por el contrario, produce depresivos y fracasados»⁴.

La prisión de la mente clausura la acción de pensar, proclamando: «prohibido el paso al conocimiento»; «absténgase de pensar». Se genera un tipo de relación social que desdeña las consecuencias de los actos. La irresponsabilidad se convierte en conducta generalizada, su ejercicio no se penaliza; el lugar de la acción responsable lo ocupa el rechazo colectivo al ejercicio de la crítica y la razón ética. Sobre el nuevo chivo expiatorio, el pensamiento crítico y el sujeto que lo practica, recae el peso de la violencia. La ley se ejercerá sin contemplaciones, buscando ejemplaridad en el castigo. La persecución colectiva, criminalizando la acción de pensar, es la respuesta del sistema para evitar la praxis subversiva y transformadora.

Se trata de ligar la figura del chivo expiatorio con mirar hacia otro lado. Aunque el pensamiento y la subversión sean inocentes, se les declara culpables, mecanismo de purificación

⁴ Chul-Han, Byung, *La sociedad del cansancio*, Herder, Barcelona, 2012, p. 253 y ss.

del poder y sumisión complaciente. Alguien tiene que pagar los platos rotos. «Una vez que esta comprensión se ha adquirido no cesamos de repetir: 'la víctima es un chivo expiatorio'. Todo el mundo entiende perfectamente esta expresión: nadie titubea acerca del sentido que hay que darle. Chivo expiatorio denota simultáneamente la inocencia de las víctimas, la polarización colectiva que se produce contra ellas y la finalidad colectiva de esta polarización. Los perseguidores se encierran en la 'lógica de la representación persecutoria y jamás pueden salir de ella»⁵. Las víctimas se encuentran en los movimientos de liberación, en las antielites, en universidades, centros de investigación, movimientos sociales, culturales, étnicos, de género, ecológicos. Son los nuevos apestados, residuos de una sociedad superada. Ser teórico pasa a convertirse en un insulto. Nadie los quiere, resultan un estorbo para el sistema. Son sujetos peligrosos, subversivos y revolucionarios. Representan la oveja negra, la manzana podrida, los anti-sistema. Su presencia incómoda, no se suman al adoctrinamiento ni se dejan seducir por el pastor que guía el rebaño. No importa que esta figura retórica sea encarnada por el sacerdote o los gurús de turno.

Se abre un mundo sin reflexión crítica, sin vivencia ciudadana, sin experiencia del «nosotros colectivo», condición sine qua non para el desarrollo de un pensamiento crítico. En su lugar tenemos un conjunto de opiniones irrelevantes y banales. Sin el «nosotros ciudadano», o mejor dicho, *sin la tensión* entre lo particular y lo colectivo, la conciencia ética se inhibe, facilitando prácticas individualistas, donde todo vale si se obtiene el éxito personal. El principio de eficacia y egoísmo se convierten en un imperativo para la acción. El interés susti-

⁵ Girard, René, *El chivo expiatorio*, Anagrama, 1986, Barcelona, pp. 56-57.

tuye la ética. Es la imposición del «yo», que niega al «otro», hasta criminalizarlo, combatirlo y anularlo. El pensamiento positivo, sin referentes éticos, amoral e irresponsable se impone. Richard Sennett lo adjetiva como *corrosión del carácter*. Una manera de ser flexible, fútil, construida sobre el interés particular, cuya extensión acaba por reproducirse en todas las esferas de las relaciones humanas. En la pareja, el trabajo, el ocio, la amistad, la familia, la moral, las costumbres.

El mundo se vuelve instantáneo, se vive sin un itinerario para el proyecto vital de cada existencia. Se puede cambiar cientos de veces de principios, de ideología, sin que se fijen nunca los aspectos duraderos, «a largo plazo», de nuestra experiencia emocional, justamente aquellos que expresan la lealtad y el compromiso mutuo. Lealtad y compromiso mutuo son sustituidos por «[...] La consigna 'nada a largo plazo' –de este capitalismo vigoroso– que desorienta la acción planificada, disuelve los vínculos de confianza y compromiso y separa la voluntad del comportamiento»⁶. La condición humana está en peligro. La persecución ideológica y política va de la mano del control del conocimiento y los saberes. En la biología genética y la medicina, por ejemplo, el poder tiende a desvirtuar el papel de la ciencia. Su sentido social muta en interés crematístico. Son las empresas farmacológicas y sus consejos de administración, quienes deciden hacia dónde se dirige la investigación, qué campos son lo bastante relevantes como para disponer de algún presupuesto. Potencian estudios «rentables», cuyo objetivo se concreta en el incremento del beneficio para sus accionistas. Las pujas por las patentes, por controlar medicamentos de última generación, conllevan

⁶ Sennett, Richard, *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Anagrama, Barcelona, 2000, p. 9 y ss.

nuevas guerras para controlar el mercado de la salud y la enfermedad.

La privatización de saberes milenarios de comunidades campesinas, de los pueblos originarios, mal llamados indígenas, se consigue bajo engaño y fraude. Antropólogos, biólogos, sociólogos, etnólogos, a sueldo de las transnacionales y ONGs, se convierten en la avanzada para el expolio de la flora y fauna de las selvas tropicales, los acuíferos, los ríos y las riquezas básicas. Los megaproyectos agroindustriales asentados en el monocultivo no solo destruyen el hábitat de comunidades enteras, poniendo en peligro su existencia, destruyen también la cultura. En cuanto a la producción de alimentos, las empresas orientan la producción en función del campo especulativo de los *hedge funds* y los gobiernos asienten protegiendo a los inversores y dando garantías para su desarrollo.

El secretismo por un lado, la criminalización de la protesta y la crítica por otro, son las dos caras de una misma moneda. Todos los estudios científicos que tienden a demostrar el colapso de la naturaleza, el calentamiento global, el fin de los recursos naturales, por el desenfreno y adopción de un modelo de extractivismo exponencial, son silenciados, desautorizados, acusados de ser obra de subversivos, terroristas verdes, ecologistas radicales, enemigos del progreso. Las campañas de las empresas transnacionales para desprestigiar a los equipos de investigación independientes, cuyos resultados contradicen sus planes y megaproyectos, cuentan con fondo y presupuestos elevados. Investigadores, centros de conocimientos y universidades privadas se han convertido en fábricas de informes espurios para justificar la inocuidad de los transgénicos, y la ineficacia de políticas medioambientales proteccionistas. Cada paso del capitalismo de expolio se adorna por medio de un relato idílico donde la explotación se convierte en libre competencia.

Desde las ciencias sociales, economistas, sociólogos, antropólogos, historiadores, filósofos se unen a esta campaña por un mundo sistémico donde pensar en sentido contrario es un acto de terrorismo que debe ser perseguido y condenado. Se trata de una campaña diseñada para justificar la economía de mercado, la explotación y la globalización neoliberal. Son propagandistas de un orden social pretotalitario que ha criminalizado y puesto en cuarentena la facultad de pensar.

Por primera vez en la historia de la humanidad, los mecanismos para reprimir el conocimiento crítico han aumentado exponencialmente. Nadie está exento de convertirse en chivo expiatorio. Una vez que se ha criminalizado el pensamiento, tildado a sus impulsores de cismáticos, herejes y subversivos, solo resta que sea aplicada la condena de manera ejemplar. El escarnio público y el rechazo social. Mejor quedarse en silencio, enmudecer y asentir al poder. Primero se renuncia a la conciencia. Ya no se juzgan las acciones del poder, simplemente se acatan. Si el poder piensa en verde, se debe pensar en verde, si lo hace en amarillo en amarillo y si decide hacerlo en azul, se piensa en azul. Es el proceso de adaptación conductual.

Por desgracia para el sistema, el pensamiento crítico y reflexivo seguirá existiendo, nunca podrá ser acallado. La conciencia crítica se impone al socialconformismo. Enfrentarse a la domesticación al tiempo que combatir la criminalización del pensamiento solo es posible si se logra subvertir el orden. Hablamos de no dejarse avasallar, de romper el círculo del miedo, en nuestra especie *homo sapiens sapiens*: la dignidad de ser indomables.

BIBLIOGRAFÍA MÍNIMA

- Arendt, Hannah, *Sobre la revolución*, Alianza, Madrid, 2004.
- Báez, Fernando, *Nueva historia de la destrucción de libros. De las tablillas sumerias a la era digital*, Destino, Barcelona, 2011.
- Bauman, Zygmunt, *Modernidad y Holocausto*, Sequitur, Madrid, 1997.
- Chul Han, Byung, *Psicopolítica*, Herder, Barcelona, 2014.
- Flas Borda, Orlando, *Subversión y Cambio social*, Ediciones Tercer Mundo, Bogotá, Colombia, 1968.
- Foucault, Michel, *Vigilar y castigar*, Siglo XXI, México, 1979.
- Girard, René, *El chivo expiatorio*, Anagrama, Barcelona, 1986.
- Goldhagen, Daniel, *Peor que la guerra. Genocidio, eliminacionismo y la continua agresión contra la humanidad*, Taurus, Madrid, 2010.
- González Casanova, Pablo, *Las nuevas ciencias y las humanidades. De la Academia a la política*, Anthropos, Barcelona, 2004.
- Horkheimer, Max, *Teoría tradicional y teoría crítica*, Paidós, Barcelona, 2000.
- Mattelart, Armand, *Un mundo vigilado*, Paidós, Barcelona, 2009.

BIBLIOGRAFÍA MÍNIMA

- Mattelart, Armand y Vitalis, André, *De Orwell al cibercontrol*, Gedisa, Barcelona, 2015.
- Michaud, Yves, *Violencia y política*, Ruedo Ibérico, Madrid 1980.
- Rieff, David, *Elogio del olvido. Las paradojas de la memoria histórica*, Debate, Barcelona, 2017.
- Sadin, Éric, *La humanidad aumentada. La administración digital del mundo*, Caja Negra, Buenos Aires, 2017.
- Schiller, Herbert, *Manipuladores de Cerebros. Mitos, técnicas y mecanismos para el control de la mente*, Gedisa, Barcelona 1979.
- Scott, James, *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos*, ERA, México, 2000.
- Sennett, Richard, *La corrosión del carácter*, Anagrama, Barcelona, 2002.
- Traverso, Enzo, *¿Que fue de los intelectuales?*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2014.
- Virilio, Paul, *La administración del miedo*, Pasos Perdidos, Madrid, 2016
- Wallerstein, Immanuel, *Historia y dilemas de los movimientos antisistémicos*, Libros de Contrahistorias, México, 2008.
- Wolin, Sheldon, *Democracia S.A. La democracia dirigida y el fantasma del totalitarismo invertido*, Katz, Buenos Aires, 2008.

ÍNDICE

Ángel Cappa	
Pensar como el amo.....	7
<i>La criminalización del pensamiento</i>	
Introducción	13
Capítulo 1	
Subvertir el conocimiento.....	33
Capítulo 2	
Poder y saber. La criminalización del pensamiento	39
Capítulo 3	
El poder y la subversión	51
Capítulo 4	
Poder, sumisión y control del conocimiento	67
Capítulo 5	
Violencia, disciplina y mitos políticos.....	77
Capítulo 6	
Reaccionarios y nueva derecha contra el pensamiento crítico...	95

Capítulo 7
La sociedad del conformismo 121

Capítulo 8
Revolucionarios, subversivos e inconformistas 151

Capítulo 9
A modo de conclusión 175

Bibliografía mínima 185

La criminalización del pensamiento
tropieza con la realidad
por la realidad
es un fenómeno
donde se ha producido
una transformación
Social y política
criminalización
Por la criminalización
criminalización
exponen la criminalización
exponen la criminalización
datos de la criminalización
lectura de la criminalización
no política
madura
Ya no se puede
El pensamiento
en aras de
criminalización
Por la criminalización
Hecho de la criminalización
criminalización